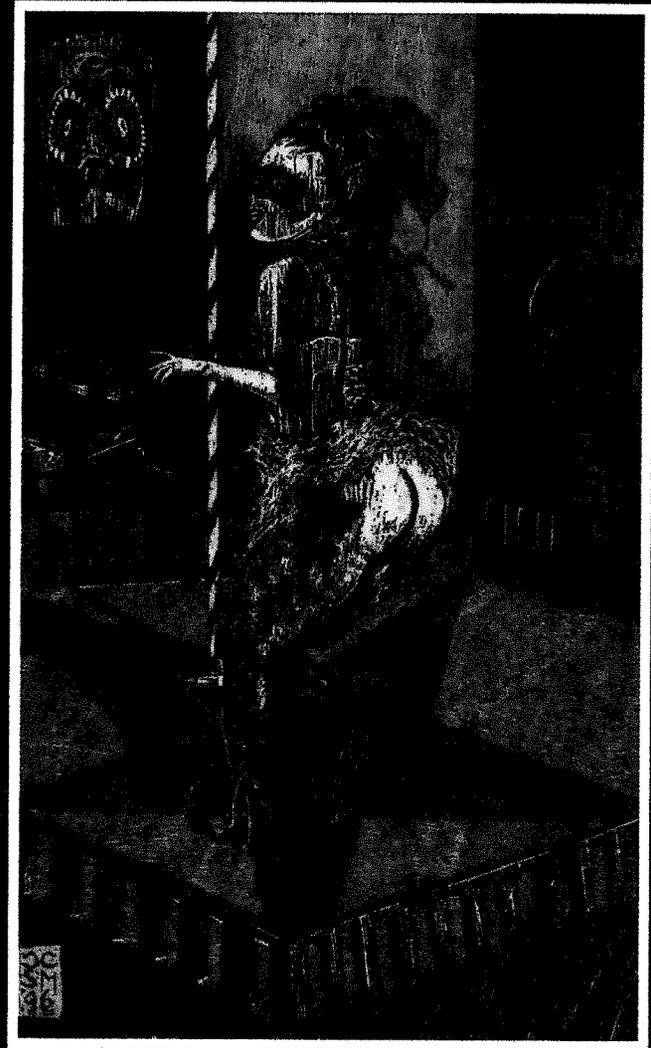
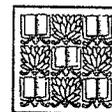


Rosina Conde



EN LA TARIMA

*En la tarima*



Literatura

*En la tarima*

Rosina Conde



México, 2001

Conde Zambada, Hilda Rosina, 1954 -  
En la tarima : cuentos/Rosina Conde. - México : Desliz : Ariadne,  
2001. 160 p. ; 13.5 x 21.0 cm.- (Literatura).  
1. Cuentos mexicanos - Siglo xx. 2. Mujeres en la literatura.  
I. t. II. Serie.

LCPQ

Cuidado de la edición: Rosina Conde, Brianda Domecq,  
Rodolfo Martínez Méndez  
Formación y diagramación: Carlo Caipini  
Ilustración de la portada: Camilo Carrión, *La maca-rena*, grabado  
Cuarta de forros: Rosina Conde en *Those Were the Days* (ensayo  
autobiográfico), 2000, fotografía de Gerardo Hellión.

D.R.© Rosina Conde, 2001

D.R. © Ediciones Desliz, primera edición, 2001  
Universidad 1810-C-3,  
Romero de Terreros, Coyoacán  
04318, México, D. F.  
Tel.: 5658-3695  
Correo electrónico: rconde@laneta.apc.org

D.R. © Ediciones Ariadne, primera edición, 2001  
Ocotepc 188-5, San Jerónimo Lídice,  
Magdalena Contreras  
10200, México, D.F.  
Tel/Fax: 5681-4510, 5595-7254  
Correo electrónico: ariadne9@prodigy.net.mx

ISBN 968 528900 X

Impreso en México/Printed in Mexico

## Índice

Por alguna circunstancia	9
Los dos	13
Gaviota	15
Letanía	19
El agente 86	25
El cable	29
Viñetas revolucionarias	35
De infancia y adolescencia	49
Sonatina	87
Señora Nina	105

## *Por alguna circunstancia*

**E**ncontramos al niño en el fondo de la piscina. Rita empezó a gritar y mis primitos se juntaron para ver su cuerpo hinchado, flácido y morado. Lo acosté en el borde, levanté su cara y soplé, ¿cómo?, sólo sé que soplé. Se escuchó un llanto aguado desde el fondo cavernoso de sus pulmones.

Rita no hablaba; durante el trayecto a casa, Antonio orinó tres veces y Eraclio sólo vio la carretera. El niño temblaba. Nadie se atrevía a preguntar cómo habría sucedido.

Llegamos a la casa y lo acosté porque dijo tener mucho frío y sueño. Una hora después, despertó como si nada hubiera pasado; los únicos indicios del accidente eran una mancha de agua del tamaño de su cuerpo en las cobijas y la palidez de su cara. Cenamos.

No pude dormir. Lloraba tratando de que Eraclio no lo notara. La idea de que el niño hubiera muerto me dio calentura. Eraclio lloró también cuando le dije que lo habría dejado. Entonces me di cuenta de que no lo quería, que me había casado por temor a la soledad futura, a los asedios de los hombres y las presiones de mis padres: porque estaría muy grande para parir.

Creo que Eraclio me amaba todavía; sin embargo, constantemente llegaba tarde a casa y se le veía cansado y taciturno. Mi remordimiento me obligaba a respetarlo cuando menos con la medida de mi presencia. Desayu-

nábamos sin vernos a los ojos, esquivando el tacto, las palabras, el más mínimo roce de los cuerpos. El silencio invadió la casa que empezó a empolvarse, a llenarse de sórdidos ecos, lamentos y plantas marchitas. Me daba cuenta de que estaba envejeciendo a los veintiocho, que me encontraba ajada de la cara y unas profundas ojeras contrastaban con la blancura de mi piel. Me daba flojera salir, lavar y cocinar; bañar a Antonio o llevarlo al parque. Me daban flojera sus juegos y sus risas a pesar de que siempre había soñado con ello —aunque tampoco soñaba con otras cosas—, y me tiraba en la cama durante horas a ver el cielo blanco de mi recámara. Me cambié a la habitación para huéspedes sin dar ninguna explicación. Eraclio me preguntaba llorando que si ya no lo quería, mientras me veía cambiar mi ropa al otro cuarto; a mí me daba vergüenza contestar y miraba el cielo empañado por las lágrimas, no sé si para consolarlo, haciéndole creer que lo sentía.

—Chantaje —me decía consternado—, eso es chantaje.

Después me zarandé una noche en mi recámara porque quería hacer el amor y yo no despertaba... o fingía.

—Entiende que no quiero —dije fríamente.

Y retrocedió asustado, mirándome con desprecio y miles de emociones más.

—Eres mi mujer, no puedes hacerme esto.

Sus tácticas variaron: trató de seducirme con dulzura un día; con gritos el otro; después con ruegos, y cuando se dio cuenta de que estaba convencida, con la burla.

—¡Eres una piedra! —gritaba desesperado—; pero una piedra aguada.

Y salía de la casa dando portazos, riéndose y llorando de coraje. Me asusté cuando me di cuenta de que no sentía nada al verlo así, porque en efecto, me había

vuelto una piedra. No lo amaba, pero creí en la necesidad de inventarme un poquito de dolor y verborrea en homenaje a él, para que creyera en la veracidad de mi sufrimiento. Y lloré de cierto, y al día siguiente me levanté con la cara abotagada.

Salimos los tres. Fuimos a la playa a visitar a su hermano. Rita y Manuel se divertían viendo a Antonio bajarse del auto. Era graciosísimo: ponía sus rodillas en el borde, dejando volar los piecitos; se sostenía con las manos, y saltaba. Yo emití un “hola” de compromiso y traté de sonreír.

—Tienes muy hinchados los ojos —me dijo Rita aparte—. ¿Lloraste anoche?

Contesté que no.

La presencia de otras personas nos distrajo, y Eraclio y yo nos librábamos de la obligación de tener que mirarnos o platicar de algo; pero, de pronto, nos quedamos solos: Rita y Manuel salieron a comprar más cigarros y cervezas y se habían llevado al niño. ¿Por qué Manuel no invitaría a Eraclio?, me preguntaba; era obvio que se habían dado cuenta de nuestro distanciamiento, y quizá pensaron que dejándonos solos recapacitaríamos. Me sentía mareada por las cervezas y, sin saber cómo, tropecé. Entonces Eraclio me pateó soltando un odio contenido de muchos siglos. Yo me hacía un ovillo en el suelo tratando de no gritar. Lo dejé hacerlo. Me violó desesperado por atrás y soltó el semen con una rapidez extraordinaria antes de que llegaran su cuñada y su hermano. Yo sólo esperaba que no fuera a entrar el niño primero.

No lloré por alguna circunstancia. No lloré ni sentí dolor alguno. Me levanté sacudiéndome la falda; me puse los calzones, y salí para siempre.

## *Los dos*

*Para Ernesto Daniel Armenta*

“Tú sabes que yo voy a cambiar cuando tú quieras, linda. Tú sabes que yo voy a cambiar cuando tú quieras, linda..., linda...” Las palabras de Alberto sonaban continuamente en la cabeza de Berta, alargando un leve eco de las pausas intermedias: “tú sabes que yo voy a cambiar cuando tú quieras, linda”, repitió él como tres veces, y volvió a repetirlo otras tantas; él, siempre tan sórdido, tan clandestino con sus cosas; siempre a la expectativa y cuestionando en voz baja “¿quién es?”, y diciendo “di que no estoy” o “pregunta para qué me quiere”, y hasta no cerciorarse de lo que se trataba, contestaba desconfiado; después reía en el teléfono y hacía chistes y citas.

“Tú sabes que yo voy...” Para Berta era como un disco rayado, cuando que para Alberto era una espera del grito y el reclamo; pero Berta nunca preguntó adónde iba ni con quién, aunque de repente él llegara a las tres de la mañana con una ceja abierta y ella buscara algodón, tela adhesiva y agua oxigenada para curar la herida en silencio.

“Tú sabes que yo...”, repetía la voz como reclamando algo que de Berta nunca surgiría. “Tú sabes...”, y Berta

serena limpiaba la sangre que bullía de la ceja, con una docilidad que a él lo tenía harto, y mientras el “tú sabes...” sonaba y retumbaba en su cabeza.

Hasta que un día, los dos, hartos de esperar, explotaron y al unísono dijeron “ya no te quiero”, y los dos pusieron cara de asombro y sintieron tristeza de ya no ser amados y no poder herir al otro con el desprecio. Y partieron con el dolor de no tener ninguna alternativa para recuperar al otro, aunque Alberto dijera “tú sabes que yo voy a cambiar cuando tú quieras, linda”, y Berta no preguntara ni reclamara ni hiciera nada para cambiarlo.

## Gaviota

*para Zita y Aquiles*

Marta dejó la silla, Homero la tomó con una mano y la levantó hasta arriba. Los niños empezaron a aplaudir con emoción y Marta te miró con complicidad. Aplaudiste. Homero puso la silla en el suelo y se subió en ella haciendo gestos. ¡Bravo!, ¡bravo!, gritaban aclamando al vencedor, ¡bravo! ¡Oquey!, cortó Marta, es hora de sentarnos a comer. La familia obedeció. Te fuiste a la sala. ¡Qué!, ¿no vienes?, preguntaron. No, ya comí, gracias. Insistieron: ¿Estás segura? Segura, repetiste. El olor de la comida te atormentaba: tenías hambre; pero te daba pena sentarte; dos días estaban bien, quizá tres, solo que cuatro..., seis..., no sabías cuántos, te daban pena. Yo sí quiero comer, mamá, dijo Ramirito agüitado. Vente, le ordenó Homero. El niño te miró antes de aceptar. Llégale, contestaste. Voy a recostarme un rato, dijiste levantándote y te fuiste a la recámara. El estómago te gruñía, tenías dos días sin comer y no querías que se dieran cuenta, no fueran a pensar que los visitabas solo por eso; aunque lo supieran. Tenías sueño también; te habías pasado la noche entera en el Denny's tomando café con el Ramirito dormido a un lado de ti en el sillón, mientras tú leías y alucinabas por el sueño y las miradas

de las meseras, y la mañana había transcurrido en la oficina de una maquiladora llenando exámenes estúpidos y haciendo pruebas de velocidad que fallaban por el temblor de tus manos. Marta y Homero no quisieron insistir; se daban cuenta de tu vergüenza. Marta llegó con discreción. Elena, susurró, ¿no quieres aunque sea un taco? Te hiciste la dormida y se alejó en silencio. Tratarías de venir menos, tendrías que buscar otra casa para repartirte, no era justo gaviotearle solamente a Marta y Homero. ¿A quién llegarle?, a Pedro y al gordo ya los tenías hartos.

Despertaste al atardecer, con el *Himno a la alegría* y un charco de baba en la almohada. Tenías sed. Te dirigiste a la cocina por un vaso de agua. ¿Dormiste bien?, te preguntó Marta. Sí, muy bien. ¿Qué onda, qué vas a hacer?, ¿encontraste trabajo? Aún no. Estaba cabrón encontrar trabajo; las maquiladoras querían mujeres solteras, pero sin hijos; ya habías pensado en declarar que no lo tenías, sólo que te parecía deshonesto negar a Ramirito. ¿Y si después se daban cuenta...? ¿Qué harías? Ya me voy, dijiste, disculpen que me quedara dormida. No hay bronca, contestó Marta. ¿Cuándo le llegas? No sé, quizá cuando encuentre trabajo; a propósito, ¿no se enojaría Homero si digo que vivo aquí? Marta sonrió. No, no hay cuento. ¡Órale!, gracias; oye, otra cosa. ¿Sí? Si vienen a pedir referencias o si hablan, no vayan a decir que tengo un hijo, ¿okey? Okey, no te preocupes.

¿En dónde dormir esa noche? Casi todos tus amigos te miraban con enfado cuando les caías; además, no soportaban al niño, al mion, al chillón, al latoso, al chiple, al fregón, al mamón... Sentiste coraje. ¡Qué se chinguen! Llegaste al departamento de Pedro y el gor-

do. ¡Gordo!, gritó el primero al abrirte, ¡ponle más agua al caldo!, y se fue a sentar con su cerveza. Lo miraste con rencor. No te agüites, pinche vieja, era broma, dijo con mirada de carcajada. El gordo también se rió. ¡Qué onda, Elena!, masculló a pedacitos entre la risa saludándote, y se dirigió hacia Ramirito. ¿Qué hay enano? Lo miraste encabronada. ¡Uy!, ¡qué sentimental andas!, no aguantas nada. ¡Déjala, pinchi gordo!, seguramente no tuvo con quién pelearse ahora. ¿Qué pasó, ya encontraste jale? No, aún no. ¡Ah!, con razón vienes a desquitarte. Te quedaste callada, te sentaste, miraste el desorden de la mesa, las camas, el piso, las paredes. ¿Quieres una cerveza? No, gracias. ¿Un pisto? No. ¿Un toque? No. Entonces, ¿qué quieres? Se rieron. Los miraste con enfado. Nunca van a cambiar, ¿verdad? ¡Uy!, Pedro, ya llegó doña Sermones. No los pelaste, te arrellanaste en el sillón mullido y empezaste a quedarte dormida. ¿Quieres cenar?, alcanzaste a escuchar. Despertaste. ¡Órale!, ¿qué hicieron? Caldo de oso, ¡delicioso! Se rieron otra vez y empinaron la cerveza. ¡Eyl!, pinchi morro, gritó el gordo, deja eso, le vas a pegar lo roñoso. Volvieron a reír. Ya no hiciste caso. Te levantaste. ¿Pongo la mesa? De menos, reclamó Pedro. ¿Cómo que de menos...? Pues sí, si vas a cenar... ¡No te agüites, pinchi Elena!, apuró el gordo cuando vio que ibas a llorar, no lo peles, ya sabes cómo es él. No hay pedo, dijiste dirigiéndote hacia la cocina. Empezaste a servir; el vapor del caldo penetró tu nariz; tus glándulas empezaron a salivar; tus manos, a temblar. ¡Huele rico!, le gritaste al gordo para complacerlo. Volteaste con el plato. ¿Qué te pasa?, preguntaron. Nada. Quisiste caminar, pero las piernas no te respondieron. ¡Qué onda, pinchi vieja!, tienes cara de asustada. No contestaste y volviste

a hacer el intento. ¡Apúrate, pues; si no, mejor servimos nosotros! Sí, sí, allá voy, dijiste con debilidad, pero te quedaste mirando el foco que empezó a dar vueltas junto con la náusea que invadía tu estómago, tu garganta y tu cabeza. ¿Está temblando?, alcanzaste a preguntar. Pedro y el gordo se levantaron de un salto, uno agarró el plato y el otro te sostuvo. Minuto y medio después, despertaste.

## Letanía

“ ¡Qué hueva ir a la escuela..., y qué hueva quedarme en casa!, hace demasiado frío como para salir.” Beatriz recorrió con la mirada el interior de su cuarto y cayó sobre la cama. Tenía ganas de hablar con alguien, pero..., ¿con quién? Acababa de leer la carta de su madre dándole gracias a Dios porque en casa se hallaban todos reunidos y contentos; porque después de cuatro años, ¡por fin!, la felicidad “reina entre nosotros”. Sin embargo, se sentía pesimista: por un lado, sentía gusto por la alegría de su madre; pero, por el otro, congoja porque tendría que escribir para avisarles que había terminado con Francisco, y romper con ello la armonía. Lo más seguro era que papá Díaz ya no querría verla después de un fracaso matrimonial, independientemente de que siempre dijera que las puertas estarían abiertas para ella y los que la siguieran.

Recordó la última vez que los visitara y notara el cambio; el terrible cambio: al entrar había observado ese ambiente tranquilo y abrasador de hacía cuatro años; había visto a Martín de traje (¡aquel activista que vistiera de mezclilla y criticara a su padre de desgraciado capitalista explotador!; aquel que dijera que cuando lo viera le mentaría la madre ahí estaba, con su dulce sonrisa diciendo “hola Beatriz”); a Leticia (quien tanto

odiara a papá Díaz y le deseara la muerte) con su marido y su panza a reventar preparando el desayuno para Martín y sus amigos (quienes en torno a la mesa discutían sobre política y plusvalía); a su madre, como siempre, lavando; a papá Díaz, más calmado, más apacible. Ya Verónica, quien al verlo venir exclamara con flojera “¡ay, mi padre!”, la había visto también, agazapada, sumisa y altanera. Hacía mucho tiempo que no se respirara esa paz en casa; su madre, por lo pronto, ya no lloraba.

Ahora tendría que ser ella quien rompiera ese letargo, esa apacibilidad fraguada. Y tendría que ser ella, quien, al igual que hacía cuatro años, la ultrajara. Revivió los días cuando se fuera de casa con el que sería su esposo; papá Díaz había puesto en movimiento a la secreta por todo el estado, y cinco días después ya estaban los dos en su casita, cada uno en la suya; la había amenazado con no volverla a ver si se casaba con Francisco (pero aclaraba que, si algún día quería regresar, las puertas estaban abiertas para ella y los que la siguieran); trataba de convencerla de que Francisco era muy joven y a los cuatro años ella estaría llena de hijos y de criada de la suegra, mientras él andaría con muchachas “propias de su edad”, y ella cuidaría de chamacos sarampionientos (pero terminaba la frase con que, si algún día quería regresar, las puertas estarían abiertas para ella y los que la siguieran); argumentó que Francisco no era un muchacho a la altura de su categoría social, por lo que siempre la vería con desconfianza, que era, además, un estudiante, que a los cuatro años ella se vería mucho más grande, y él, lógicamente, ya no querría vivir con ella, y que mientras estuvieran casados no volverían a saber absolutamente nada de ellos

(pero terminaba la frase con que, si algún día quería regresar...). Luego vinieron los pleitos con Verónica, quien acababa de terminar con su novio ya para casarse, y de quien no se supo nada durante casi cinco meses; posteriormente con Martín, quien no se había decidido a dejar la política; después Leticia, quien se había ido de viaje con su amante y tuviera un aborto a los dos meses y un matrimonio a los tres de haber ingresado a la preparatoria.

Entonces papá Díaz, quizás un poco gracias a las distancias, había renunciado a su promesa de no verla, aunque se hubiera casado con Francisco, e intentaba reconciliarse con los demás; aunque nunca lograba hacerlo con todos a la vez. (Porque ya uno iba y el resto venía: ya Martín se metía en líos con la policía por sus actividades clandestinas; ya Verónica levantaba pancartas en las manifestaciones estudiantiles; ya Leticia se largaba a Avándaro; ya Martín aparecía de traje en el periódico declarando apaciguamientos y convenios sindicales; ya Leticia hablaba desde Real de Catorce pidiendo perdón; ya Verónica elegía el vestido de novia para casarse por la Iglesia; ya Leticia abandonaba al marido y se encerraba en Tepoztlán; ya Verónica rompía con el novio; ya Leticia volvía con el marido y se embarazaba y por fin no abortaba; ya Verónica se volvía a comprometer; ya Martín abandonaba la política...) Y ahora, después de cuatro años de demostrar que ella no era la oveja descarriada, y que a pesar de haber mordido la manzana de la discordia, su matrimonio iba de maravilla, y que aun cuando había puesto el mal ejemplo entre los hermanos, era quien tenía una visión de la vida más sólida, y que ella y su marido no tenían nada que ver con todo eso que pronosticara papá Díaz

cuando se escaparan de casa; ahora ella, de nuevo, rompería con el hechizo de la felicidad de los viejos.

Beatriz reflexionó un poco. El segundo movimiento consistiría en demostrar que ella no podía decepcionarlos con sus actitudes; que no asestaría la puñalada en el corazón de sus padres, quienes insistirían en vencerla de que el mundo era redondo, aunque pareciera un dodecaedro. O, ¿sería capaz, acaso, de volar la tapa del cilindro que configuraba la memoria de dos viejos que, finalmente vivían en la tranquilidad, y permitir que fueran ellos quienes decidieran lo faltante por hacer respecto de su matrimonio, sus hijos, su tiempo, su libertad, su permanencia? Sería muy fácil escribir una misiva con la llave de la felicidad materna, que dijera: todo está bien; en casa nos hallamos, igual que en ésa, con el destino contenido en el puño; con las sonrisas infantiles a flor de piel; con el calor humano encerrado en una pareja que se ama y respeta a sí misma. Sería muy fácil, también, evadir la responsabilidad, y quedar como la mala de la película, y decir sí padre, usted tenía razón, yo mártir inmaculada acúsome de tener la culpa de todo aunque no sea cierto; porque sí, padre, usted me lo advirtió desde el primer momento y me dijo qué sería lo que me depararía el destino si no me conducía por el camino de la cordura y la sabiduría del viejo que aconseja; porque no tuve la capacidad para comprenderlo y entender que usted sólo lo hacía por mi bien, y yo, de necia y por contradecirlo, hube de aceptar mi rebeldía casándome con un hombre que no merecía el menor de los respetos por haberlo retado cuando usted se opuso a nuestro matrimonio; porque si yo me hubiera recluso cuando usted me lo pidió, no estaría ahorita humillada por una vida de sufrimiento e

incertidumbre, y así como mis hermanos se arrepienten, me arrepiento yo también, dándome cuenta de que siempre estuvimos comprometidos con el oprobio, etcétera, etcétera. O sería muy fácil, también, aceptar que el rompimiento se debe a una decisión mutua porque simple y sencillamente no se entienden, y no debido a "diferencias" sociales o a similitud de edades; ni a celos personales o profesionales, ni a una lucha por el poder, ni a una riña con la suegra. Sería fácil, también, callarse.

En el primer caso, habría que esperar a escondidas el desenlace del asunto y convertirlo en tragedia cuando sus padres se enteraran. En el segundo, esperar la llegada del padre volando al rescate de la hija que nada en el desierto de la agonía; regresar arrepentida al seno familiar durante algún tiempo, y huir más adelante con la convicción de demostrar su valentía, jugando el papel de la heroína que arremete con sus tres hijos y su conciencia. En el tercero, negociar los sermones de la madre primero, y del padre después, y negarse a admitir una reconciliación con el marido chantajeado, porque en realidad no hay ningún problema, el único es que no se entienden, pero no existen celos de por medio, ni una lucha por el poder, ni una riña con la suegra, y la similitud de edades y las diferencias sociales en realidad no afectan, y aún es tiempo de salvar el matrimonio y a unos pobres niños que no tienen la culpa de nada más que de las que ustedes les endilgan. En el cuarto: el apocalipsis.

De cualquier forma, una u otra alternativa, con el tiempo, daría el golpe en su contra; con mayor o menor intensidad, pero le daría el golpe; ya fuera presentándola como cobarde, como mártir, puta o irresponsable. Todo dependería de la decisión que tomara o del

papel que más le gustara jugar. Los dos primeros se presentaban ante ella como detestables; los dos últimos, como inauditos ante su forma tradicional de proceder. (Porque nótese que, a pesar de haberse escapado con el novio, lo había hecho porque “estaba enamorada y no sabía lo que hacía a la edad de quince años”, y se le perdonaba porque “al fin y al cabo era mujer, y una mujer a los quince años piensa igual que dos hombres de veinte”, porque la época que le había tocado presenciar —¡qué época!, con los jipis de moda y todos esos movimientos estudiantiles— había influido de tal forma en su persona que en realidad no se podía esperar otra cosa con tanto muchacho atarantado; porque había aceptado que papá Díaz siempre había tenido la razón, y porque se había resignado a vivir con su papel de madre y el destino que desde un principio se le pronosticaba.) Ahora había que decidir, de la mejor forma posible y sin arrebatos, la actitud más adecuada a su persona, ya que ante los demás esto significaría su derrota y demostraría su incapacidad para decidir por sí misma.

Aunque, como decía Beatriz, ultimadamadrementemente, ¿a cuál mundo le interesaba a ella complacer?

“¡A la madre con el frío”, se dijo, “es hora de ir a la escuela!”

## *El Agente 86*

*Para Bernardo González Aréchiga*

**E**sa es la imagen de fragilidad que proyectas, dijo Eliseo cuando me quejé porque todos me pegaban. Los demás rieron. Yo me quedé en silencio y una lágrima escurrió amarga. Sin decir nada, me alejé. Eliseo me siguió hasta la puerta de la barda; pero se quedó allí, viéndome partir solitaria. Me encerré en la recámara y puse el seguro. Me quedaría allí arrinconada como perra con la cola entre las patas. No volvería a acercármeles ni a jugar con ellos. No volvería a hablarles, es más.

Al día siguiente no quise salir a la calle. Desde la ventana de mi recámara los vi rencorosa mientras jugaban beisbol: los vi cómo lanzaban la bola, cómo ésta volaba a lo ancho de mi cuarto y se estrellaba contra el clóset. Grité de alegría: tendrían que venir hasta mí. Tendrían que rogarme para que se las entregara. Tendrían que hincarse para que los perdonara y se las devolviera. Pero no lo hicieron.

Durante varios días permanecí adentro de la casa. Mi madre se extrañaba porque en lugar de buscar a los vecinos me sentaba durante horas a ver la televisión mientras me pintaba las uñas. Pareces rata de agujero,

me dijo en algún momento, pero no la pelé. Ponte a leer en lugar de ver la televisión, agregó. No le hice caso y seguí como imbécil frente al aparato, pintándome las uñas; limpiándome la cutícula, y embarrando el esmalte sobrante en la mesa de centro de la sala. Parecían estrías. El cristal se veía agrietado, dando la impresión de que en cualquier momento se estrellaría. Ponte a hacer algo, me gritaba, prefiero verte de machurrón en la calle que allí sentada. Yo no tengo la culpa de que no haya mujeres, le contesté, por qué no tuve hermanas, a ver, por qué. Ya no me hizo caso, se fue a la cocina y se puso a lavar platos. Al rato gritó de nuevo. Al menos, vente a ayudarme; ya que no piensas salir, ponte a hacer algo de provecho. No contesté. El Agente 86 sacaba su zapato y retiraba el tacón mientras volteaba con supuesto disimulo para ver si no lo observaban; marcaba los números en un disco enorme, quizás más grande que el zapato, y se pegaba la suela a la boca para hablar sin ser escuchado. Sólo yo sabía lo que le diría a la Agente 99. Siquiera vente a hacer un pastel; ya es hora de que aprendas a cocinar; cuando te cases, no vas a saber hacer nada y te van a botar en menos de un año. Te van a botar, dijo. ¿Pues con cuántos me tendría que casar? Pues así como vas, yo creo que con ninguno.

Eliseo tocó el timbre. Mi madre salió a recibirlo y le dijo algo en secreto. Él sonrió. Me miró atento. El Agente 86 ya doblaba con su carro por la entrada de un estacionamiento; después detuvo el Mustang y se bajó. La Agente 99 se acercó de espaldas; cambió de portafolios con el Agente 86. Con esas uñas no vas a poder jugar beisbol con nosotros, se te van a maltratar. El Agente 86 empezó a silbar y se cruzó con la Agente 99. Anda, no seas rencorosa. El Agente 86 salió caminando del es-

tacionamiento y la Agente 99 se subió a su carro. Ten, límpiame esas uñas. El algodón y el quitaesmalte se interpusieron entre el aparato y yo, justo en el momento en que dos tipos de saco de poliéster a cuadros rodeaban el carro de la Agente 99. Si sigues allí sentada, vas a perder condición y no vas a poder correr cuando batees. Anda, ordenó uno de ellos apuntado con la pistola escondida en la bolsa del saco. Anda, ordenó Eliseo apuntando con los desembaradores de uñas. La Agente 99 salió del carro. Los dos tipos se pararon uno a cada lado de ella y caminaron sin voltear a verla. Danos el portafolios. Salían del estacionamiento cuando Eliseo me tomó del brazo. El Agente 86 hablaba desde un teléfono público. Suéltame, gritamos lanzando una patada. El Agente 86 aventó el teléfono y corrió hacia la Agente 99. Nos aventaron. La Agente 99 se estrelló contra un auto, y yo contra el sillón de la sala. Uno de los tipos se escondió detrás de la caseta telefónica y el otro disparó hacia el Agente 86, corriendo por un callejón. Despíntate esas uñas, pareces puta. La Agente 99 y yo nos quedamos viendo estupefactas. El Agente 86 disparaba contra el tipo de la caseta. Eliseo disparaba verbalidades deliberadamente hirientes. ¿Cuánto tiempo vas a permanecer allí como estúpida? El Agente 86 tumbó a la Agente 99 debajo de un auto estacionado en el borde de la acera. Cúbrete, le dijo, y le dio el portafolios. Eliseo y el Agente 86 se quedaron viendo cómo nos acomodábamos: la Agente 99 se estiró debajo del carro y yo encima del sillón. Cada una sostuvo el arma. Me rindo, dijeron el tipo de la caseta y Eliseo. Pero después no vengas a llorar para que te defienda; si piensas que pintándote las uñas vas a parecer mujer, estás equivocada. Un niño corre en el patio de la escuela; choca con-

tra una niña, y le muestra sus dientes blancos. Una pasta dentífrica sale de la pantalla; se me acerca jugosa, y me enseña su olor a menta. ¡Ah!, dicen los niños con cara de pendejos, se toman de la mano y caminan rumbo al salón de clases. Eliseo me mira con la misma cara de los niños. La Agente 99 y el Agente 86 platican con su jefe sobre cómo prendieron a los tipos; se ríen; se miran alegres, y salen por la puerta de la oficina. ¿Cuánto tiempo vas a durar enojada? Me levanto; tomo el esmalte para las uñas, y lo vacío sobre la mesa de cristal. Siempre, contesto, y me río enseñándole los dientes. Eliseo y yo salimos, atravesando puertas, mientras las del Agente 86 se cierran infinitamente.

## *El cable*

**E**stoy calentando la máquina de escribir para empezar a trabajar en un lugar en el que no se puede hacer nada por su mucha gente y su mucho ruido y sus trabas burocráticas; en una máquina que estuvo un mes descompuesta, un mes en el taller de reparación, y un mes más sin cable para conectarla, hasta que me pelié con mi jefe para que me dejara ir a conseguir uno al Administrativo, sentármele enfrente al subjefe y hablar y hablar y hablar durante más de media hora, y corretearlo otros cuarenta y cinco minutos para conseguirlo.

—¿Y qué quieres que haga? —me decía—. Llama a Intendencia; eso no depende de mí.

Pero yo sabía que allí tenían una máquina idéntica a la mía que nadie usaba. El mismo Humberto, jefe del Administrativo, había dicho que podía llevármela; sólo que iba a llamar al taller para que le dieran servicio, pues tenía más de un año guardada. Obviamente, la mía llegó antes de que recogieran la de Humberto.

—Sólo te pido el cable —le decía al segundo de Humberto.

—¿Es la primera vez que trabajas en el gobierno? —me preguntaba sin prestarme atención.

¿Por qué todos preguntarán lo mismo?

—Sí.

—¡Ah!, no te preocupes, ya te irás acostumbrando. Tres meses no son nada, otras han esperado más que tú —dijo con delicadeza burocrática, muy propia para tratar a las mujeres—; vete a la oficina y al rato te mando uno.

Al rato; fue cuando me enojé realmente. ¿Acostumbrarme a eso?

—Lo malo es que todos piensan como tú.

—¿Eres secretaria?

—No.

—¿Y para qué quieres el cable, entonces? Para eso están las secretarias.

—Humberto dijo que podía llevarme la máquina completa; yo sólo pido el cable.

—¿Y qué voy a hacer yo sin el cable?

Lo convencí cuando le dije que iría con el director.

Llegué feliz a mi oficina. ¡Por fin iba a dejar de aburrirme! Mi jefe me miró incrédulamente.

—Deja que el encargado se ocupe del cable —me había dicho cuando lo jodía para que me dejara ir al Administrativo—. Lo que pasa es que quieres ir a coquetear con los jefes —agregaba con recelo.

Y, sin embargo, cuando regresé con el mentado cable, no me felicitó ni nada, sólo me dijo que había que sacar rápido el trabajo de tres meses. ¡Cómo si le preocupara tanto el trabajo! Y me lo dijo en un tono de jefe responsable, muy paternalista, como reclamándome que mi máquina hubiera estado inactiva por huevona. Sin embargo, cuando me veía apurada con algún estudio o reclamando porque los demás no hacían nada o no me entregaban la información a tiempo, me decía:

—Yo no sé por qué te preocupas tanto, estamos en la burocracia, comprende.

O con eso de que tengo máquina de escribir me quieren tratar como secretaria y que les mecanografie sus informes y demás, o saque tal o cual cosa del archivo, o conteste el teléfono o tome los recados. Y luego mi jefe me pregunta por algún papel y yo le digo que está en su archivo y me contesta autoritariamente que me lo está pidiendo, que se lo dé... ¡Como si no hubiera tanta gente sin hacer nada!

Para mi jefe todas somos unas pinchis viejas. Según él, él es muy liberal, está con la emancipación de la mujer; pero si una madre no quiere amamantar a su bebé o dejó al marido o se casó con un hombre rico después de enviudar o andar con algún jefe o, simplemente, no se quiere acostar con él, entonces es una pinchi vieja. Al principio me cortejaba y trataba de maravilla; pero cuando se dio cuenta de que yo era una buena amiga y no pensaba acostarme con él, me convertí en una pinchi vieja. En ese entonces, cuando nos quedábamos solos en la oficina por las tardes, platicaba experiencias de su temprana juventud; me contaba dos que tres aventuras sexuales como si se había cogido a una pinchi puta o si le había hecho el amor por atrás, y creo que hasta casi se venía recordando con los ojos entrevelados. Cierta vez, trajeron películas pornográficas para verlas a la hora de la comida. Yo los veía salir a comprar tortas y refrescos, incluso para los que se iban a su casa por las tardes. Preguntaron si me iba a quedar a la función.

—¿Cuál función?

Se sorprendieron cuando les dije que no.

—¿Qué tiene? —reclamaron—, ¿ya has visto alguna?

—No.

—¿Y cómo puedes saber que no te gustarían?

—¿Y cuál es el pedo? —contesté—, ustedes pueden verlo que quieran; no me interesa.

Mi jefe buscaba justificaciones y trataba de convencerme. Nunca me han llamado la atención las películas pornográficas, y así como ellos tienen derecho a verlas, yo también tengo derecho a no querer, expliqué.

—Pinchi vieja mamona —dijo alguien por allí—, ni que nos la fuéramos a coger.

—Yo nunca pensé que me fueran a querer coger. Total, si me dan ganas, me llevo un chavo a mi casa sin necesidad de ver películas.

—Saliste peor —dijo otro.

No daban crédito a que yo hablara tan naturalmente de llevarme un chavo a mi casa, y, que, sin embargo, no me interesarán las películas ni acostarme con ellos.

—Yo no me acuesto con mis compañeros de trabajo —les dije cuando entré a laborar a la oficina después de sentir sus miradas sobre mi ropa—. Mucho menos con mi jefe —aclaré.

Y éste se me quedó viendo a los ojos con una especie de complicidad secreta, como si todo fuera a quedar entre él y yo. Los otros, por su parte, se rieron maliciosamente.

—Al jefe no se le escapa ninguna. Todas son para el jefe —dijo uno con sonrisa morbosa.

Y cuando se salió Verónica se volvió insoportable, sobre todo cuando se dio cuenta de que hablaba en serio y no iba a agasajármelo como lo hacía ella. Su rencor creció cuando tuvo que agarrar lo primero que se le puso enfrente, y más porque estaba en otra oficina y no con nosotros, y tenía que esperarse hasta la noche para poderla ver.

Con Verónica se agasajaba todo el día, según esto cuando los demás no nos dábamos cuenta, o cuando apagaban la luz para revelar fotografías; así es que Juanito preguntaba antes “¿se puede?”, para que el jefe tuviera tiempo de abrocharse el pantalón. Y la silla..., sólo se oía rechinar...

¡Qué horribles son las oficinas burocráticas! Todo tiene que ser improvisado, y todos estamos apretados en un mismo cuarto. Hasta el amor tiene que improvisarse, y los amantes y la decencia, y la amistad y la cordura y las travesuras...

—Cuando tengas siete o diez años, te acostumbrarás.

Creo que es suficiente para calentar mi máquina y empezar a trabajar en un lugar en el que no se puede hacer nada, porque cuando no es porque apagan la luz para revelar, es porque mi máquina de escribir está descompuesta o porque realmente no hay nada que hacer. Creo que voy a empezar a redactar mi renuncia, para cuando me enfade de no hacer nada, pasarla en limpio y entregarla.

## *Viñetas revolucionarias*

*Para Gilberto, hermano de armas*

Por qué decir humillación y vergüenza  
si la luz de los reflectores ilumina  
sin piedad el escenario  
si la actriz esgrime sus gestos  
sin pudor frente al público  
o con la exacta dosis de pudor necesaria  
para hacer más punzante su deseo.  
Amelia Vértiz, "Días de veneno y rosas",  
en *Elegías para un muerto indócil* (inédito)

### I

**V**irgen abre la boca junto con los ojos para tocar suavemente las pestañas con el pequeño cepillito. Se han pegado tres. Toma un alfiler, lo introduce entre ellas por la raíz con cuidado, suavemente, y da el estirón; pero han quedado chuecas. Lava el cepillito, lo embarra de rímel de nuevo y las vuelve a pintar enderezándolas. ¡Si tan sólo las tuviera un poquitito más largas! ¡Un milímetro quizás!; habría que comprar esa crema para hacerlas crecer y más abundantes.

Estaba nerviosa. Pablo vendría a verla y habría que ser sensualmente bella, sobre todo después de lo de las flores.

El maestro de ceremonias la está anunciando: “¡Virgen, Virgen!”, escucha, y ya es la hora. Habría que bajar lentamente la escalera, apretando las piernas sin ver al público; con la cara en alto, muy alto, cruzando las rodillas para esconder aquello con los muslos, dar la vuelta por el escenario a lo sumo tres veces jugando con el cabello y volver a subir marcando el paso con las caderas. A él le gustaba así: sexy e ingenua...

“¡Vir-gen! ¡Vir-gen”, se escucha exclamar al maestro de ceremonias incitando al público, y Virgen, aún virgen, se asoma por la escalera.

## II

Dorada, fantástica, Lyn Su dejó caer la pesada capa cobriza. Un dragón de lentejuelas verde se enroscaba por su cuerpo, arrastrando su larga cola, aferrándose con sus manitas a los senos y lanzando fuego por los ojillos alargados de Lyn. Los timbales emitieron un forzado sonido oriental y Lyn se movió lentamente, bañándose en las cascadas de las fuertes luces que se proyectaban sobre su cuerpo. Los hombres, estupefactos, mudos, codiciaban la abertura que salía por el escote.

Era una diosa, una diosa extravagante: luces, miradas y música eran exclusivas para su danza y su destello. Unos ligeros movimientos tahitianos insinuaban su sensualidad de extraña deidad, mientras los platillos trataban de sonar lo más chino, japonés u oriental posible.

De pronto: el silencio. Lyn aventó tacones, vestido y peluca, descubriendo una larga cabellera de ébano, y la banda empezó a sonar de a de veras, con su ritmo candente y tropical, para que Lyn, descalza y despojada de dragón y maravilla, se convirtiera en la reina de la rum-

ba. Los *marines*, recuperada el habla, gritaban *more!*, *more!*, desesperados, alargando los brazos hacia la pista, tratando de tocar las nalgas de Lyn cuando ésta aventaba caderazos. Las dimas y las coras gringas empezaron a sonar sobre el parquet de la tarima, y Lyn Su movía caderas, brazos y senos aún más rápido, extasiada, poseída, hasta salir exhausta corriendo del escenario, arrastrando el flácido dragón y la peluca; sólo quedaron la banda, tacones y capa alumbrados por una luz que se hacía cada vez más tenue.

La diosa, bruja, reina se había marchado sin esperar los aplausos y los *marines* gritaban su *more!* desgañitado, frustrados porque el maestro de ceremonias aparecía bajo una luz lateral.

## III

El guangalón cuelga de la cintura del maestro de ceremonias, cuyo pecho se expande dentro de una camisa floreada: su voz recorre el escenario y eleva el tono cadencioso que parece subir de los Florsheim chatos hasta sus ojos. Su vista se refleja en unos lentes oscuros que la proyectan sobre sí mismo y acercan el micrófono hasta su boca como para ser devorado.

—¡Y ahora, mis queridos catedráticos *de la lengua*...

Una carcajada torpe es emitida por el público que lo mira expectativamente.

—...vamos a cantarles una bella cancioncita.

Se escucha un aplauso desde abajo y la voz roncoaguardentosa del maestro de ceremonias se revuelve con los chiflidos, y Granaaaada, tu tie-rrestá lleena de lindas mujeeres sube hasta los camerinos y sale a tirar un *boogie* por la ciudad.

## IV

La delicadeza se asoma por los labios de la ninfa; veinte gasas blancas penden del collar de plástico que simula perlas; flotan entre sueños de luz negra, y se pegan al cuerpo estilizado y brillante. Los pezones, de color platinado, hacen juego con la armadura que carga sobre su pubis, ostentando un león fiero con grandes ojos de fuego, colmillos de coral y una larga lengua roja que baja y la aprisiona hasta las nalgas. Zoraida danza por la plataforma al ritmo de la síncopa; presiona el chifón sobre su vientre; se acaricia los glúteos, y se tira sobre unos cojines inmaculadamente blancos para hacer giros ágiles y veloces con las piernas.

Desde ahí descubre al iniciado: un adolescente de dieciocho años que la observa de reojo a punto del colapso; cuatro compañeros lo estimulan entre risas, ofreciéndole vino e invitándolo a voltear a verla; pero el niño permanece en actitud hierática.

Zoraida se abre de piernas sobre el piso, se levanta girando para que las gasas floten, toma una copa de hielo seco y bebe de ella entre brumas. Lentamente se acerca al muchachito paralizado y lo invita a probar. Una bola de espejos da vueltas en el techo y las luces empiezan a prenderse y apagarse intermitentemente. Él se resiste un poco. El encendido y apagado de las luces los hacen verse como dos robots. Él, vestido de mezclilla y camisa jaguayana, se deja conducir por la sacerdotisa que lo dirige soñoliento hasta el lecho de satines y hule espuma. Zoraida baila en círculos rozándolo con los trapos que, antes tersos, ahora parecen ser de estaño. Sus amigos aplauden y gritan desaforados al ritmo de las luces, como si fueran ellos quienes se encontrarán con la

belleza, y el adolescente sale corriendo avergonzado en busca de las luces de la avenida Revolución.

## V

Después de discernir entre reír o llorar por el plantón de Nico, Mariela optó por abrir el estuche de malaquita, tomar un poco del talco con el índice y retocarse las ojeras y los párpados. Se miró en el espejo para comprobar que todo rastro de cansancio había desaparecido: parpadeó un poco mientras tocaba con la yema una pelusa que nadaba sobre la superficie gelatinosa del iris, y con cuidado, sacudió el exceso de polvo de las mejillas. Con meticulosidad, alineó por tamaño pestañitas y pestañotas sobre el tocador, y, después de poner a tip de pegamento, con esa misma meticulosidad las colocó una por una alrededor de cada ojo. "Tarda más uno en arreglarse que lo que se dura allá afuera", pensó; "tengo que blicharme el cabello de nuevo".

El estuche de malaquita seguía despidiendo el aura azul del encanto de sus ojos, y Mariela tomó un poco más, ahora con el meñique, para marcar en el párpado la profundidad de la mirada ante una luna que encerraba los secretos de su hermosura: plumas, gasas y lentejuelas; velos de chifón con diamantina; bragas y brasieres de cinco kilos de anchura con esmeraldas de fondo de botella.

"Primera llamada", percibió por detrás de la puerta, y Mariela finalizó el acondicionamiento de sus ojos; los vio de fijo y aprobó la apariencia presentada a distancia; ensayó dos o tres miradas de arrogancia, y se abrió la aturquesada bata china para revisar su cintura, el busto después y la cadera. Limpió sus dedos con un al-

godón aceitoso; con prisa se desnudó de su ropa interior, se enfundó en una malla de cuerpo entero y aplicó un brillante prendedor en cada seno. Tembló un poco. La presión del público de los viernes era más densa incluso que la de los sábados, y, antes de agarrar las bragas que detenían los cristales del derrame, extorsionó el cuarto con el pensamiento. "Segunda llamada", dijo el mensajero tras la puerta al tiempo que daba un fuerte toquido con los nudillos. Se puso las bragas y las zapatillas de vinil transparente.

Iba a salir, cuando decidió regresar al centro del camerino, visualizar de reojo su figura y tomar el estuche de malaquita. Escondió el aura maravillosa del azul y lo abrió por el fondo; tocó con cuidado el talco —ahora blanco— con la yema del anular, lo acercó a la nariz, e inhaló.

## VI

Rumba-rumba/rumba-rumbera  
and now, my dear friends...  
rumba-rumba/rumba-rumbera  
it's the moment for... lunch time!  
Rumba-rumba/rumba-rumberas  
agitan serenas  
manos-brazos-antebrazos-hombros-senos  
cinturas inmutables se desplazan entre mesas  
cimbrando coloridos satines de fineza  
Para bailar con Micaela  
porque es el ritmo que enamora  
Alguno levanta la mano  
y rumba-rumba/rumba-rumbera  
se acerca viéndolo a los ojos

zangoloteando los hombros  
con rapidez sediciosa  
rumba-rumba/rumba-rumbera  
las congas suenan con tensión  
y rumba-rumba/rumba-rumbera  
sube un pie a la mesa  
del *marine* jala la cabeza  
y la cubre  
rumba-rumba/rumba-rumbera  
con las floreadas  
coloridas  
enaguas de tafeta

## VII

Las diminutas lucecitas de los tacones empiezan a centellear en la completa oscuridad, y, como iluminada por los dioses, la Darling aparece de repente bajo una luz que cae recta y pesadamente desde quién sabe dónde. Su cara, rígida y radiante, apenas se distingue entre las sombras que producen las plumas de avestruz de su cabeza. El táca-taca/táca-taca/táca-taca-tá de los bongoes discurre lento y cansado pero rítmico y, discretamente, va aumentando velocidad. Sin prisa, la Darling mueve las caderas, los brazos, uno a uno, y los ojos, que se esconden bajo unas largas pestañas postizas, se estremecen sonrientes, alumbrados. Los hombros firmes y torneados empiezan a quebrarse entre espasmos junto con las plumas, y las pantorrillas permanecen duras y bien paradas sobre las enormes zapatillas titilantes, que se deslizan con sus destellos por la pista ante las pupilas excitadas que las observan. Varios empinan la cerveza, el tequila, el ron con Coca Cola, los clamatos, como para quitarse la sed que

les produce su presencia. Alta e imponente, la Darling meneaba ahora las plumas de las nalgas. ¡Es tan poderosa!, que basta una sola de su oleada para producir un huracán en el recinto. Su musculatura no le resta delicadeza y los espectadores se emocionan, gritando y levantándose a su paso para ser observados por ella.

Las plumas empiezan a caer de dos en dos desde el gran abanico de las bragas; alguno se trepa en la tarima para besarlas o tocarlas, y la Darling, desdeñosa, las aleja coquetamente con la punta de la zapatilla, guiñando el ojo a la concurrencia. Unos aplauden y el resto los imita, y ella, entre gritos de histeria y chiflidos, muestra unas nalgas redondas de donde sale un hilito de piedritas tan brillantes como las lucecitas de sus tacones.

Súbitamente, un columpio baja del cielo, se trepa en él y empieza a volar por la pista jugando con sus largas piernas sobre las cabezas, y un sinnúmero de manos tratan de atraparlas; pero es imposible: el columpio gira, sube, baja; se aleja, baja, sube, y cada vez se eleva más y más. Se ha ido, piensan, y algunos se enojan y gritan reclamando su presencia hasta que les es devuelta por el cielo. Los bongoes emiten su táca-taca/táca-taca/táca-taca-tá enloquecido, ya sin ritmo, y la reina de la fiesta baila sudorosa ante quinientos ojos afiebrados. Un tipo sube a la pista; se planta valiente ante ella; se toma de un trago su tequila, y la besa, la besa, la besa ante el furor del público, la besa ardiente y apasionadamente doblándola sobre un brazo. La Darling da un grito de alegría cuando la suelta, y él baja pavoneándose y se tira orgulloso y satisfecho en una silla, mientras sus compañeros lo felicitan: ¡si yo tuviera tu valor, hermano!

Los minutos no pasan para la Darling, quien sigue estremeciéndose con los bongoes como si acabara de

empezar a bailar, y ahora desabrocha lentamente el brasier de lentejuelas de espaldas al público, que aplaude o golpea sobre las mesas acompasadas por su respiración. La Darling avienta penacho y lentejuelas y, sonriente, triunfante, muestra de lleno el fletap y un pecho plano y brillante ante los ¡ohes! estupefactos de sus admiradores.

Un hombre vomita.

## VIII

Todo podría llegar a ser tranquila, esperanzada y comodamente alegre, solo que después de leer los carteles que habrían de anunciar su aparición y de comer tres papas fritas, Zarina volteó a verse el vientre. "Estoy panzona", se dijo y siguió comiendo avorazadamente las hojuelas que tenía frente a sí. El cielo negro de brillantes esferas giraba junto con su estómago y se tocó la cabeza; "estoy panzona", se dijo de nuevo y continuó en su desesperado masticar de papas.

Papas. Su mente sólo pensaba en papas; le valían madre los carteles y las fotografías y los clientes y todo lo demás. Ella solo quería papas: papas-a-la-francesa, papas-cocidas, papas-asadas, papas-al-horno-con-mayonesa-o-mantequilla, papas-con-huevo, papas-con-chorizo... En fin: papas. No le interesaban la fama, ni ser el centro de atención ni codiciada. Quería papas, papas y más papas. Hartarse, enfermarse, morir de papas. ¿Cómo era posible que los hombres, y algunas mujeres, no pudieran comprender lo que es tener antojos? Don Pancho le había dicho que eso a él no le importaba, que se preocupara por los clientes, aunque le dieran asco, aunque tuviera que ir a guacarear cada tres minu-

tos; pero que cumpliera si le interesaba el trabajo, porque esta vez no le iba a consecuentar otro embarazo. Zarina eructó con la boca abierta y el rugido llegó hasta los oídos del cantinero que volteó asombrado.

—¿Fuiste tú? —le preguntó riendo.

—No, fue la papa que se tiró un pedo —contestó ella con seriedad.

—¡Si te oyera don Pancho!

—Si me oyera, ¿qué? —dijo Zarina mirando la papa al revés y al derecho.

—No, pues, no sé; ya ves como es él. No le gustan las vulgaridades.

—Ay, Tula; pero las putas sí que le gustan, ¿no?

—Pues no creo, ya ves que nunca se acuesta con ninguna —contestó Fernando, limpiando una copa coñaquera y sin voltear a verla.

—Uy sí, muy puritano el ruco. Pero bien que vive de nosotras.

—Pues si no te gusta, no trabajes más aquí y punto.

—¡Híjole, como sé hacer tantas cosas! —respondió ella alzando los brazos; después se plantó frente a él por encima de la barra y lo miró interrogadora—. ¿Tú vas a mantener a mis hijos?

—¡Nombre!, ¿y yo por qué?

—Pues entonces no estés chingando.

Zarina se sentó de nuevo; tomó una papa muy dorada y empezó a mascarla con la boca abierta, viendo a Fernando con burla.

—Ya te toca, ¿no? —dijo él para cambiar de tema.

—Ya casi, nomás me termino las papas y subo.

—Don Pancho se va a enojar si te tardas.

—¡Y dale con don Pancho!, ¿te da comisión? Pues sábelo que me vale madre que se enoje; yo no voy a dejar

mis papas nomás porque él quiere que suba a enseñarles la panocha a los borrachos. Mira cómo estoy de tanto que se las enseño.

—¿Cómo?

—¿Como que cómo?; ¿por qué crees que no puedo dejar las papas, imbécil?

Zarina puso cara de tonta frente a Fernando y se levantó.

—Ahí trágetelas tú, cabrón: a ver si se te quita lo pendejo.

—Vieja malhablada.

—¡Vieja tu abuela!

Se quitó el caftán y subió a la tarima en biquini, sacudiendo las nalgas y las chichis aumentadas de tamaño por el posible embarazo. Sentía asco; asco del olor a licor y a tabaco; asco de los clientes babosos que se disolvían en la penumbra de las mesas cubiertas con cortinas transparentes como tiendas árabes; asco de esa luz que proyectaba el alumbramiento; asco de sí misma y de las papas. Quería vomitar todo el asco que sentía. Vomitarlo junto con el almidón que había tragado minutos antes. Vomitárselo a los clientes y a don Pancho y a Fernando y a las demás putas que se meneaban en las mesas de aquéllos.

En la primera vertiente del salón, Zarina encontró a un vaquero viéndola de fijo hacia las nalgas, embobado con el movimiento de las mallas que sujetaban la celulitis de sus piernas, con la boca abierta y musitando mamacita con los ojos gachos.

—Ahí te va un nicle por lo bien que las meneas —dijo el vaquero, y le aventó la plata a la tarima.

Zarina recogió el in god we trust, se acercó a su mesa bajándose tímidamente el biquini y, despótica, con asco, lo vio desde arriba, se agachó de espaldas, abrió las piernas y le aventó la moneda.

—¡Cierra el hocico que se te salen las moscas! —gritó en el momento en que se disparaba el metal directamente hacia la boca del vaquero.

—Así me gustan —contestó él con la moneda entre los dientes—, broncudas..., ¡y buenotas! —y remató chupando el metal—: ¡mamachita!

—Y tu chingada madre, ¿cómo está? —preguntó ella riendo, mirándolo a los ojos todavía por debajo de las piernas.

—Pues no tan buena como tú, pero las levanta también. Si no me crees, hacemos la prueba.

Zarina olvidó el asco y se sentó a su lado, le abrazó la nuca y lo besó en la boca jalando la moneda.

—Entonces, ¡qué! —preguntó él.

—Pues avientate con uno de a veinte y el cuarto aquí arriba —le respondió, arremedándolo, haciendo ruido con el metal.

—¡Hecho!

El vaquero se levantó abrazándola por la cintura, y desde su cuerpo de uno ochenta y cinco miró a Zarina, quien subía pendiendo de él por una escalera de caracol. Ella se sintió pequeña a su lado, y se alegró ante la idea de que, tal vez, el sabor de la moneda postergaría, al fin, el de las alucinadas, maravillosas y vomitables papas.

## EPÍLOGO

Las bombillas eléctricas se encienden alternadamente dando la impresión de que una luz recorre el gran rectángulo del cielo neónico enmarcando las ostentosas letras capitulares que anuncian a las estrellas del centro nocturno sino de por vida, quienes día y noche se presentan dejando atónitos a los turistas que a las

ocho, diez u once de la mañana recorren la avenida Revolución en busca de un restaurante para curar la cruda de la juerga de hace apenas unas horas.

“¡Camín, sir! ¡Camín, sir! ¡Biutiful señouruitas!”, dice el anfitrión a la entrada a los *marines* arrastrando las erres y agringando el señoritas, mientras los adolescentes miran maravillados su reloj para dejarse conducir por el tipo hacia un salón que a cualesquiera hacen pensar que a las diez de la mañana o a las seis de la tarde, ya es de nuevo la noche. La noche..., noche eterna revolucionaria que compite con las del polo norte; noche densa, tersa, falsa; noche de luces y sombras; una sola noche de por vida, vida alegre, intensa, mansa.

La jovialidad frustrada de los adonis que acaban de regresar de Vietnam; los sueños húmedos de los adolescentes de la ciudad; la inutilidad del tullido o mutilado, revientan en la euforia de la danza y piedras artificiales de las bellezas compuestas para la imaginación y fantasía. Viejas leyendas eróticas reviven entre las penumbras de los salones pintados de negro, y los anfitriones exaltan la lujuria contenida de los morigerados. Vírgenes en potencia o fabricadas se deslizan exagerando sus formas con costillas de ballena e irradiando irrevocables su itinerario constante de semidiosas.

“¡Camín, sir, camín, sir! ¡Biutiful señouruitas”, grita competitivo el del centro nocturno de al lado, mostrando a los transeúntes las fotografías de las afroditas mortales de su predilección, y tomándolos del brazo para arrastrarlos por la boca que eructa síncoas excitantes y platillos timbrantes y remedadores de víboras de cascabel que los sume en la incógnita del paraíso revolucionario.

“¡Camín, sir!, ¡camín, sir! ¡Chou taim nau sir...!”

## *De infancia y adolescencia*

*Para Omar, el único que no ha desertado de mí,  
y también para Charlie y Graciela  
y Robert Jones*

One of these mornings  
you're gonna rise up singing  
because you're gonna spread your wings  
and you'll take to the sky  
Gershwin, *Summertime*

• Que por qué siempre empiezo un cuaderno por la segunda hoja? No lo sé. Costumbre tal vez. Hay ocasiones en que compro una libreta, la abro al azar y allí empiezo la escritura. Mancho dos, tres, cuatro, no sé cuántas páginas, según lo que quiera escribir, y lo guardo para no tocarlo más. Lo respeto y lo conservo alejado del mundo, incluyéndome a mí, y las hojas del principio y del final me dan la impresión de formar una coraza para las hojas secretas.

La o las hojas en blanco me inspiran confianza en que nadie va a descubrir lo que escribí, ya que siempre lo he hecho para mí. Lo peor es que ni siquiera para mí, ahí hay que rectificar, escribo para el cuaderno, ya que ni yo vuelvo a leerlo.

De chica me gustaba mucho un Diario rojo que me regaló Carmina, mi prima, porque tenía seguro, y yo guardaba la llave debajo de una losa desprendida del piso —aunque más bien no era una losa, sino un cuadro de *tile*— de mi recámara, influida por las películas de televisión como las del Zorro con sus pasadizos secretos, o las de vampiros, en donde siempre había una llave misteriosa o una torre iluminada por una tenue luz y que en algún lugar oculto tenía un hueco que guardaba algo, o las de piratas que también tenían un sitio especial para esconder tesoros en un barco o una isla desierta.

Siempre quise tener un guardapelo para ella, ya que en esas películas, las damas acostumbraban usar uno para conservar un poco de cabello del novio. El pelo del enamorado era su tesoro. La llave era mi tesoro. Y en el Diario no necesariamente apuntaba lo que me sucedía todos los días: me parecía demasiado estúpido. Algunas de mis compañeras de la escuela que me enseñaban el suyo anotaban detalles como si les había dado comezón en el ombligo o si no habían podido robarse los envases para cambiarlos por dulces en la tienda. Yo escribía imágenes al azar que se me ocurrían, o cuentos, o simplemente cosas que yo misma me inventaba sobre cómo me habría gustado que sucedieran. Me imaginaba el hijo que tendría, la casa que haría cuando estuviera grande, llena de pasillos y escaleras, o los muchachos que me gustaban, quienes generalmente eran mucho más grandes que yo y no me hacían caso por niña. Y tejía sucesos como si todo eso existiera y ya hubiera convivido con ellos. Una vez escribí un cuento con mi personaje favorito de la televisión. Por cierto que fue lo único que hice a máquina; lo escribí con tres copias al carbón y se las regalé a mis mejores amigas. Y es

lo único que conservo de ese tiempo, gracias a que Gloria se encontró la suya ahora de grandes, hará algunos años. Cómo nos reímos, lloré al releerla y me la regaló. En la dedicatoria le digo que no se vaya a reír de las faltas de ortografía y no, no nos reímos de eso. Teníamos once años cuando se la regalé y veintitrés cuando nos vimos de nuevo, y lo primero que me dijo fue “¿sabes qué me encontré el otro día, mientras limpiábamos la covacha?”, ni siquiera nos preguntamos “¿ya te casaste?” o “¿a qué te dedicas?” Nada sobre lo que estábamos viendo, era como si ya supiéramos lo que habría de sucedernos, y el rato se nos fue en un continuo “¿te acuerdas cuando...?” Y nos citamos para después, únicamente con el objeto de releer la copia. Me la entregó y nunca más nos hemos vuelto a ver.

Lo que nunca previne fue que el Diario se podría abrir sin necesidad de la llave, y no me preocupé por conseguirle un escondite. Lo tenía allí, en el cajoncito del tocador, que sí, estaba cubierto con unas cortinas blancas de bolitas color pastel y holancitos; pero que se abrían exactamente a la mitad, enfrente de él. En ocasiones lo dejaba encima de la coqueta o en la cabecera, ya que siempre escribía en mis noches de insomnio, escondida en el clóset o adentro de la cama, ayudada de una lámpara de baterías para que no se dieran cuenta mis padres de que estaba despierta en la madrugada o de que aún no me había dormido. Cuando terminaba, guardaba la llave y no me preocupaba del Diario.

Y algún día mis padres lo leyeron. Digo “algún día” porque yo no supe cuándo exactamente. Ni tiene importancia. Sólo sé que lo hicieron cuando me fui de la casa, buscando algo que les dijera por qué, hacia dónde y con quién. Pero lo que encontraron fue otra cosa.

Y creo que fue peor, ya que muchas cosas que leyeron yo no quería que las supiera nadie, y gran parte de las historias que me había inventado las creyeron ciertas —por eso me da risa cuando oigo alegar si lo que escribió Fulano es o no autobiográfico; lo más chistoso es que todo esto lo es y nada es cierto—. Cuando regresé a casa, más bien, cuando me hicieron regresar, mi madre me hizo preguntas sobre él. Ella lloraba mucho y yo también, no tanto por lo que ocurría, sino por ver mi Diario violado.

Lo quemé. No quería que, nunca, nadie lo volviera a leer. Fue cuando perdí la confianza en las personas por no saber guardar los secretos ni respetar las cosas de los demás. Para mí, siempre ha sido un sacrilegio hurgar sin permiso en lo que otros escriben. Todos tenemos secretos y cada quien los manifiesta a su manera o se los confía a quien quiere. Es un derecho. Y si no se confían a alguien no son secretos, sino traumas. Aquéllos necesitan de dos. Para mí, el confidente siempre había sido el papel. Desde entonces, dejé de respetarlo también y no volví a escribir en muchos años. Así que mi memoria se fue reduciendo, ya que no volví a darle importancia a las fechas ni a las fisonomías de las personas ni a los nombres ni al tiempo. Fue también cuando dejé de soñar despierta y mi imaginación se agotó, y ya no pude solucionar los problemas con la fantasía. Desde entonces, le tuve miedo a los exámenes y dejé de enviar correspondencia. Temblaba ante el papel, sentía que me había traicionado.

Por esos días, me atormentó una pesadilla que tenía de niña, entre los seis y siete años. Al principio, el sueño consistía en bolitas negras que veía desde que mi madre apagaba la luz de la recámara. Al dormirme pasa-

ban desfilando, en primer lugar, una cafetera azul que lentamente derramaba miles de bolitas azules hasta cubrir el espacio; posteriormente, una taza verde, un bote de basura de metal rojo, y, por último, una cuchara amarilla, hasta dejarlo todo cubierto con bolitas de estos cuatro colores. Cierta vez, empezaron a reunirse para formar una casa amarilla con un largo camino azul y un jardín muy verde a los lados con flores rojas. Enriqueta y yo caminábamos rumbo a la casa y se le ocurrió cortar camino por el césped y éste se la tragó. Yo metía desesperada la mano para sacarla, pero no lo conseguía. Desperté llorando y decidí dormirme de nuevo para imaginar un sueño donde pudiera encontrarla. Nunca la saqué.

No me arrepiento de haber quemado el Diario, ya que de lo contrario estaría leyéndolo, pues me he vuelto muy curiosa con las cosas de los demás. En ocasiones pienso que sería padre vivir de nuevo esos momentos; pero tal vez me quise prevenir de mí misma al hacerlo, y tengo que respetar los deseos de la que fui entonces.

When trumpets flare up  
I keep my hair up  
I just can't make it come down  
believe me, pappy  
I can't get happy  
since my everlovin' baby left town  
Ellington, *I ain't got nothing but the blues*

La única forma que tengo actualmente de vivir momentos pasados es mediante la música o algunas fotografías que conservo, sólo que éstas se limitan a la reali-

dad y la música se extiende hasta los vividos en mis fantasías. Hubo una canción incluso que me sirvió de título para uno de los melodramas que escribí entre los once y doce años. Se llamaba *As tears go by*, y la versión en español la interpretaba un conjunto tijuaneño, los Tijuana Five (por quienes conocí *Summertime*), y se titulaba *Ya nunca más*. Lo que recuerdo de él es que se desarrollaba en la época de los westerns —uno de mis temas favoritos—, y empezaba en una noche de tormenta con una mujer que caminaba solitaria en medio de la calle del oeste contra el viento y llorando en la oscuridad. “Las lágrimas de Blanca se confundían con la lluvia”. La mujer empezaba a recordar los sucesos por los cuales había llegado hasta allí. Y ahora me doy cuenta de que el final estaba muy relacionado con una película —cuyo nombre no recuerdo— que vi por aquellos años, de un muchacho que decide tirarse al mar después de una decepción amorosa en una noche similar, y cuando su amante lo alcanza y le grita por su nombre, él voltea emocionado llorando, y, ya a punto de correr hacia ella, una ola furiosa salta al muelle y se lo traga. Mi “novela” nunca la terminé, mas ésa era la idea del final para mi personaje, y el enamorado empezaba a cantar:

La lluvia empieza a cae-e-e-er  
mi soledad veo crece-e-e-er  
pienso que estás conmigo;  
pero triste yo me digo:  
ya nunca más regresará-a-a-á

Cómo me gustaban los finales trágicos. Yo sola me emocionaba con lo que escribía. Mi padre enfurecía porque, según él, yo quería vivir los melodramas que

veía en la televisión o que leía en novelitas por entregas. Se reía siempre que empezaba a llorar con alguna película triste, sobre todo cuando vimos *Cuando los hijos se van*.

Casi todas mis “novelas” empezaban de noche y con lluvia. “A lo largo se distingue una tenue luz en la oscuridad del campo. Por la ventana de la alcoba, Ester lloraba sobre la almohada.” En esa época leía a Caridad Bravo Adams y Corín Tellado, solo que pronto me enfadé pues no me satisfacían mucho las soluciones que daban a sus panfletos. Me convencían más las películas de terror o las realistas mexicanas o argentinas. Por eso siempre tuve problemas con mis compañeras de escuela que gustaban de las de Alberto Vázquez, Enrique Guzmán y Angélica María. Fue a los quince años cuando descubrí a Sartre. José Luis se enojaba conmigo cuando le leía algo. “No sé cómo te puede gustar eso”, me decía. Y a pesar de que a él y a mis amigos no les gustaban mis lecturas, ¡qué parecidos eran a los personajes sartreanos!

Con los Beatles recuerdo mi etapa en la secundaria. Y no necesariamente porque me gustaran cuando aparecieron, sino por todo lo contrario. Me parecían demasiado sosos después de haber escuchado durante años a Ella Fitzgerald, Louis Armstrong, Bessie Smith o Pearl Bailey en los discos de mi madre. Me emocionaba más con el rock *underground* que surgía con los Kinks, Aministrals, Rolling Stones o Doors, los cuales eran demasiado agresivos para los oídos de mis amigas. Los Beatles realmente me gustaron a partir del *Sergeant Pepper*, después de terminar con Rogelio.

Hay otras canciones que me reviven la infancia y adolescencia, sobre todo las del jazz y los tangos, ciertos

instrumentos musicales o algunos cantantes. Por ejemplo, el jazz y los tangos me recuerdan a mi madre, y el acordeón, el órgano y el contrabajo a mi padre. El contrabajo me hace recordar un momento de mi niñez, antes de irnos a radicar a Tijuana. Tendría yo dos o tres años. Lo veía inmenso, imponente, desde abajo, parado sobre la pared, y de nuevo me siento pequeña, con un vestido de seda de pañuelos rojos y crinolina con encajes y florecitas en las puntas. Algún día le haré uno como ése a mi hija que tanto le gustan los vestidos fuera de lo común. Me percibo, cada vez que lo recuerdo, como una piñata. Otra imagen de esa etapa es una sombrilla que les rompí a mis padres al querer usarla como barco, también influida por las caricaturas de la televisión.

El órgano me hace añorar un cuento perdido que hice junto a él con dibujos en cuadritos, así como las historietas, y monitos según yo árabes y no sé qué más. Para la escenografía utilicé unas tarjetas de mi hermana mayor. Eran de un muestrario que ella tenía para vender, y cuando me descubrió, lloró, gritó y no me quiso hablar durante algunos días. Era cuando se creía hada y yo le dije que apareciera otro. Se enojó.

You say either  
and I say aither  
you say neither  
and I say naither  
either, either, neither, naither,  
let's call the whole thing off  
Gershwin, *Let's Call the Whole off Thing Off*

Después de quemar el Diario me dediqué a leer. Me encerraba en mi recámara y no hablaba con nadie. Co-

mo ya no tenía secretos, me entregaba a los de los demás y me deleitaba violando libros "raros", libros que a nadie le gustaban. Era como desquitarme de lo que me habían hecho, y ya que no habían respetado mi decisión de irme de casa, quería que respetaran mi soledad. Mis amigas me hablaban por teléfono para investigar qué habían hecho mis padres cuando me fui o para burlarse contándome chismes de mi novio. Me decían que lo habían visto con otra sentada en sus piernas o borracho en algún bar. Yo también me burlaba de ellas inventándoles historias para cultivar su morbo y, posteriormente, les mentaba madres irónica y agresivamente, y les colgaba después de hacerles ruidos raros en el auricular.

Algunas me espiaban en la escuela para ver qué hacía. A pesar de que me censuraban, me guardaban cierto respeto, y ya que como no podían decidirse a hacer lo que yo, me consideraban un héroe. Eso a mí no me importaba; me molestaba que no me dejaran en paz y me dedicaba a sacarlas de onda. Las preguntas de todas eran las mismas: "¿y qué dijeron tus papás cuando te fuiste?", "¿y qué cuando te encontraron?", "¿y qué cuando...?" Solo contestaba que "nada", argüía cualquier trabajo y las dejaba paradas en la calle.

Mi padre, hasta cierto punto, no se metió conmigo, y trataba de complacerme modificando su actitud para que no me fuera a ir de nuevo, ya que la causa de la huida había sido una cachetada que me dio al creerse un chisme de un maestro que le habló por teléfono diciendo que me estaba besando con mi novio en la esquina de la escuela. "¿Has visto a los perros cuando fornican en la calle?" ¡Qué horrible es sentirse culpable!; pero más horrible es sentirse sin identidad, que el ape-

llido no te pertenece, que dependes del padre o del marido y que cuando haces algo que no vaya de acuerdo con sus principios, estás pisoteando su nombre, como si a propósito hicieras las cosas para zapatear sobre ellos y no sobre ti misma.

Solo cuando se enojaba me llamaba "señora"; pero después se reprimía porque no le constaba. Quiso que siguiera yendo a la escuela y me compró ropa, y cuando sus amigos le decían cómo debería de actuar conmigo, les pedía que no se metieran en lo que no les importaba. Unos opinaban que lo mejor sería encerrarme en un convento; otros que me mandara adonde no me conociera nadie para "salvarme"; otros que me "guardara" para que no me viera la gente... Mi madre lloraba y trataba de convencerme de las desventajas de una mujer sola, contándome la vida triste y amarga de mi abuela. Ésta, por su parte, se complacía en hacerme sentir puta.

Mis amigos me trataban como hombre, y los que no, veían si se podían acostar conmigo. Yo les decía que era lesbiana y dejé de pintarme y usar faldas. Me compré unos Hush Puppies y unos Florsheim; caminaba como macho y usaba blusas o camisas aguadas que me hicieran ver gorda y sin forma. Los liváis no los lavaba y me pasaba el día con mis amigos en la motocicleta. Decía malas palabras y me portaba agresiva con todos los que no fueran de mi clan. Solo Silvia y Belinda me comprendieron; lástima que las tres tomamos rumbos distintos. Silvia se fue a estudiar oceanología a Ensenada, y después le perdí la pista en Acapulco; Belinda se casó con un ingeniero gordo de Maneadero y se volvió mujer de sociedad, con vestidos y peinados de señora y casa a la manera gringa. Mi padre enfurecía porque saludaba de apretón de mano: "¡Pareces macho!", gritaba, "¡yo no sé

cómo no sacaron a su madre!", o por la forma de caminar. En ocasiones se ponía a enseñarme cómo "debe" saludar una mujer: con la palma hacia abajo, la mano recta extendida y suavemente tocando la del otro sin apretar.

Todos los días, antes de llegar a casa, me cambiaba de zapatos y me quitaba la camisa en la esquina para que mi madre no se diera cuenta si me encontraba. Trataba de emocionarme con los maquillajes y ella misma se arreglaba mejor cuando iba a ayudarle a mi papá. Como yo cosía, mi madre me compraba revistas femeninas y telas de colores e impresos de moda; me hablaba de los vestidos que se usaban en sus tiempos, de los bailes a los que iba cuando era joven y me enseñaba fotografías; me llevaba a fiestas con sus amigas e insinuaba que me juntara con sus hijas.

Todo era inútil. Las revistas me parecían insulsas y pretenciosas. Me espantaba, sin ser consciente, la comercialización que hacían de la mujer, que en lugar de liberarla la prostituían más con sus escotes y artículos persuasivos: "Qué hacer si su esposo la encuentra con su abogado"; poses de perra en brama y miradas de seducción. Labios temblorosos y pestañas postizas como arañas bocarriba.

Las hijas de las amigas de mi madre pretendían ser como las modelos. Se maquillaban y vestían igual; seguían los consejos seductores con sus límites tradicionales, y las más aventuradas llegaban a masturbarse con el novio en el auto. Sus dientes era lo único natural, aunque algunas se los arreglaban, y al reírse, desencajaban totalmente del contexto de la cara que parecía una máscara. No en balde en inglés se le llama *mascara* al maquillaje. Nunca he podido concebir el masturbarme con

un hombre, y el mismo deseo de ellos por seducirme al saber que me había escapado, me creó cierto recelo en su contra. Las mujeres me parecían demasiado superficiales como para decidirme por ellas, así que me fui encerrando en mí misma hasta casi odiarlos. Las miradas morbosas de algunos maestros al verme con mis camisas aguadas y zapatos de hombre me alejaron de la escuela, y prefería ir a la playa o subirme en la motocicleta con Darío. La playa me gustaba a las seis de la mañana o al atardecer. Ver salir el sol hasta casi tocarlo o verlo meterse en el mar me reconfortaba. Una tarde, sentada en El Vigía, ideé un cuento sobre un niño que se había quedado tonto en un accidente. Él sólo recordaba las palabras de su madre durante la recuperación de la anestesia y estaba columpiándose en una casa de verano. Una casa como la que había visto en La Jolla, California, a la orilla del mar, con techo de dos aguas y uno de ellos de cristal frente a la costa. Allí estaba el cuarto de juegos; era el atardecer y el niño trataba de agarrar el sol desde el columpio, y a medida que se ocultaba tras la playa, aceleraba los impulsos para alcanzarlo hasta salir disparado por el cristal. Nunca lo escribí y mi memoria se resistió a trabajarlo.

Por su parte, José Luis dejó de verme y yo de buscarlo. Me daba coraje cuando trataba de saber qué tanto conocía. "Si no has leído *El retorno de los brujos*, no has leído nada", se burlaba, y desde entonces, a todo lo que me preguntaban contestaba que no sabía. Me encabronaba que trataran de medirme por mis conocimientos o mi apariencia, y no por mí misma. Le tomé aversión a la intelectualidad, y tal vez por eso me identifiqué tanto con el personaje femenino de *Los pasos perdidos* y con La Maga. Sí, me imaginaba que sería como ellas.

Y seguía leyendo a Sartre y a Onetti. Leía y releía "Justo el treintaiuno" y *La náusea* hasta olvidarlos por completo para volverlos a leer. Cuando leí *Santa* odié a Gamboa, al maestro de literatura mexicana y al de ética, y cuando "La increíble y triste historia de la cándida Eréndira y su abuela desalmada" comprendí a mi madre. Eran iguales, solo que ésta nunca se decidió a hacer que mi padre matara a mi abuela, ni mucho menos a salir corriendo con el oro. Cuando mi hermana mayor se lo regaló y le comentó la semejanza, se enojó: "¡Pero cuando menos tu abuela no me traía de puta!", le gritaba. Ni Enriqueta ni yo la comprendíamos, para nosotras, el parecido era perfecto.

Mi abuela siempre odió a los hombres. De los ocho hijos que tuvo, solo le vivió mi madre. Ésta me contaba algunas de las desgracias que le había tocado presenciar de mi abuela. Por las fotografías, me di cuenta de que había sido hermosa, alta, nariz respingada y grandes ojos hundidos; lástima que no me parezco a ella. Aún conservo un vestido suyo de los años veinte, de crepé morado, bordado en lentejuelas, y cada vez que escucho *Mi querido capitán*, me la imagino con ese atuendo. "Los amigos no existen", me decía, "lo traicionan a uno a las primeras de cambio", y cuando me veía llegar a la casa con Darío en la motocicleta, me gritaba puta o machurróna. Cierta vez, mi hermana le dijo que me tenía envidia porque ella ya estaba aguada. Mi abuela se nos encaró con las manos en el pubis: "¡esto, esto es lo que ellas quieren!", le decía a Darío, "¡pero lo que no saben es que cuando estés harto las vas a mandar a la chingada!" Darío no supo que hacer, y mi abuela seguía gritándonos mientras salíamos huyendo en la motocicleta. Terminamos riendo en la playa, y por pri-

mera vez experimenté el deseo de acostarme con un hombre. Todo era un reto para mí, y el solo hecho de contenerme lo fue también. Creo que me propuso matrimonio. “Pero..., ¿es que acaso eres mujer?”, preguntaba. Yo rara vez me enojo; pero en esa ocasión sentí coraje. “Y tú qué crees, ¡qué crees que soy!” Dijo que no lo sabía, que nunca se había puesto a pensar, que le gustaba mi compañía, pero que no entendía por qué. ¡Qué chistosos son los hombres!, después de ser muy amigos de una mujer, cuando andan con ella y quieren disimular ante los demás, fingen que no la ven a una y se hace más notorio. Finalmente llegué a pensar que mi abuela tenía razón.

De todos los amigos que he tenido, solo dos han sabido comportarse como tales. Darío dejó de serlo cuando se dio cuenta de que yo tenía sexo. Miguel Ángel me dijo un día que cuando estaba conmigo se sentía mi eunuco. Alejandro, en una borrachera, me reprochó que anduviera con su hermano. “Es que nunca he tenido una mujer”, renegaba delante de su novia. Pancho, cuando me casé, lloró. “No me lo vuelvas a hacer, pinchí vieja –me dijo cuando volvimos a vernos–, ni conmigo ni con nadie”. Nunca comprendí que los hombres no pudieran entender la amistad de una mujer.

Gonna take a sentimental journey,  
gonna set my heart on ease,  
gonna take a sentimental journey  
to renew old memories  
Green, Brown y Homer, *Sentimental Journey*

Mi casa estaba llena de pasillos y escaleras. Generalmente, la entrada de las casas da a la sala. En la mía no.

En ésta, la entrada daba a un eterno pasillo con ventanales arqueados y largas cortinas color vino a mano derecha y una puerta a la izquierda. La idea de los pasillos siempre me ha atraído porque aíslan el resto de las habitaciones, dado que no hay un contacto directo con ellas y nunca se sabe lo que hay detrás ni hasta dónde llegan. En éste solo había una puerta, sin puerta, en forma de zaguán, que daba paso a un salón en desnivel, cubierto de tapices y cojines persas y grandes macetas con plantas de sombra. En una esquina, disimulada por una palmera, se encontraba la única entrada a mi recámara. Al fondo del pasillo había una gran sala con muebles blancos modernos y una escalera de caracol que conducía a las habitaciones del segundo piso. Por mi recámara se llegaba a la biblioteca, la cual se encontraba en el sótano, frente a un jardín interior.

En realidad la casa no era grande, solo que la distribución, la profundidad de los pasillos y las escaleras la hacían parecerlo. El resto no lo recuerdo. Tengo una vaga idea del contexto general solamente. En el Diario guardaba los planos y dibujos de la fachada en hojas sueltas. Como, según yo, estudiaría arquitectura, me daba por diseñar casas y edificios. Mi padre decía que esa no era una carrera para mujeres, porque tendría que tratar con albañiles y carpinteros; en fin, puros hombres que me podrían faltar al respeto. Y no es que realmente lo creyera, sino que, simplemente, buscaba pretextos que me hicieran desistir de la idea. Lo mismo sucedió con los novios, quienes le parecían infantiles y aburridos. “Una mujer debe buscar un hombre que le dé respeto y la proteja”, decía.

Su sueño era ponerme una boutique de alta costura para que me quedara a vivir en Tijuana. Siempre tuvo

miedo de que me viniera a estudiar a México. Incluso el día de mi boda se sorprendió cuando nos despedimos; él daba por sentado que nos quedaríamos a vivir con ellos.

Mi casa era de piedra, de paredes anchas. En mi recámara había una chimenea y el piso era de madera. Todos los momentos que pasé en ella fueron con mi hijo, entre días de sol en el jardín o frente al fuego durante el invierno. Nunca pude imaginármelo pequeño o grande, siempre fue entre los ocho y catorce años. Desde chica he pensado que las madres debemos ser jóvenes, porque así podemos otorgarles a nuestros hijos todo el romanticismo de nuestra juventud. Somos más espontáneas y menos rigurosas y hay más oportunidad de convivir con ellos durante la adolescencia.

Yo soñaba con ser madre joven y es por eso que me lo imaginaba adolescente, creo yo, corriendo y brincando por la casa o de locos en la motocicleta o patinando en el *skate board*. Mi problema fue que a la edad en que pude tenerlo para llevarle pocos años, no me decidí por mi recelo contra los hombres. Me disgustaba su desprecio al tratarme; según esto, las mujeres solo servíamos para fornicar y educar hijos, aunque a veces ni para eso; éramos unas brutas sin capacidad para entablar una conversación, además de débiles y pretenciosas. Lo que más coraje me daba es que la mayoría de las mujeres que conocía eran así. Mi madre no era pretenciosa, pero sí débil, siempre viviendo a la sombra de mi abuela y mi padre. "Al hombre se le llega por el estómago", decían para convencerme de que aprendiera a cocinar. Ya mí me gustaba experimentar en la cocina, pero desde entonces dejé de hacerlo. Desde entonces, dejé de hacer todo lo que se suponía que debería de hacer una mujer para atrapar a los hombres.

A mi hijo le enseñaba tiro al blanco por las tardes y, en las noches, antes de acostarnos, le leía cuentos o poemas o nos íbamos al cine. Nunca me imaginé con esposo o con otros hijos; solo éramos él y yo. Algunas veces teníamos visitas; pero, generalmente, eran personas que no tenían qué ver con mi familia ni conocidos de esa época. Imaginar que mis compañeras de la escuela pudieran llegar a tener hijos algún día me era imposible. Cuando descubrieron el coito, se asustaron y dijeron que era una cochinateda, que ellas se esconderían en el clóset el día que se casaran.

Since you went away  
the days grew long  
and soon I heard old winter songs  
but I miss you most of all, my darling,  
when autumn leaves start to fall  
Kosma y Prévert, *The Autumn Leaves*

Siempre he sido muy ordenada con las cosas a mi alrededor; pero siempre he tenido también un cajón de sastre, que viene siendo el lado anárquico de mi personalidad. En él tiro todo aquello que no tiene un lugar específico para mí: clavos, pinturas, cartas, fotografías, tarjetas, pasadores del cabello, muestras de perfumes, pomadas, hilos, alfileres, pases, pedazos de boletos del cine, listones, moños..., y, a veces, cuando necesito algo, revuelvo todo para buscarlo sin darme cuenta de lo que tengo. Esporádicamente lo reviso para "acomodarlo", pongo todo por género en cajitas que también guardo, rompo papeles y tiro lo que no tiene uso o valor sentimental, y las cosas para las que no encuentro cabida las dejo rodando por ahí.

Mi primer cajón de sastre fue la caja de unos zapatos color hueso que me gustaban mucho, de piel de cocodrilo y taconcito de pico. El segundo, una caja de la Broadway de un regalo de mi primer novio, con la tapa roja y unos violines delineados en verde. El tercero fue el primer cajón de mi chifonier, y me fascinaba porque le cabían infinidad de cosas.

El segundo aún existe en algún clóset de la casa de mis padres, y casi todo lo que guarda son recuerdos de Rogelio, en especial, una fotografía que me regaló una amiga suya cuando supo que éramos novios. Yo tenía trece y él quince años, y nos conocimos en casa de Carmina con quien me iba a dormir todos los fines de semana, durante las vacaciones de verano. Yo tomaba clases de corte y confección cerca de su casa. Un día, "pasó por allí" a la hora de la salida y me acompañó a tomar el camión. Era emocionante sentir la cercanía del English Lather. Se me declaró por teléfono, ya que como mi padre no quiso que siguiera yendo a las clases de corte, no pudimos vernos seguido; pero todos los días me llamaba y hablábamos durante una hora o dos. Recuerdo que para que no me oyeran los demás, me escondía en el baño o en la biblioteca o en el clóset de las toallas. Un domingo fue por mí para ir a la función de las cuatro y a la mitad de la película me agarró la mano. La tensión fue terrible. Casi ni vimos la pantalla por voltear a vernos las manos de reojo. Sudamos. La segunda vez que estuvimos juntos, me abrazó por el hombro y llegó a besarme la oreja en casa de Carmina. La tercera fue para darme mi regalo de Navidad en la caja de la Broadway con un gran moño rojo que hizo su hermana. Mi mayor expectativa fueron los arreglos para la tardeada del día de Reyes; me hice una falda que com-

binara con el suéter que me había regalado Rogelio. La emoción era pensar en que nos daríamos el abrazo de año nuevo.

Llegué temprano a la tardeada. Él llegó después muy serio, con unos Florsheim nuevos. "Ven", me dijo, y lo seguí hasta el patio. Se paró frente al jardín sin verme, y muy tétrico me dijo: "Ahí nos vemos". Me sentí ridícula con mi suéter rosa de la Broadway. "Oquey", contesté como si no sucediera nada y entré como sonámbula a la fiesta, temblando. Susana y Patricia me acompañaron al baño, pues me dio un ataque de risa y llanto y asfixia y llanto y risa. Pocas veces lo volví a ver, y siempre sentí brincar mi corazón y doblárseme las piernas, incluso una vez después de casada. Durante varios días lloré sin saber por qué y simplemente con que me tocaran.

Me pasé dos años soñando con él e inventando historias en mi Diario en las que nos reconciliábamos; guardaba todos los recortes de "Sociales" en los que aparecía, y llegué a ir a dos campeonatos de fútbol americano en los que participó. Era *right half back*, y cuando entré al equipo de soccer en la *high school* de La Jolla, escogí la misma posición.

Some day will come along, the man I love,  
and he'll be big and strong, the man I love,  
and when he passes my way  
I'll do my best, to make him stay.  
He'll look at me and smile, I'll understand  
and in a little while he'll take my hand...

Gershwin, *The Man I Love*

Conocí a Edgardo en casa de mis padres. Yo tenía once y él diecinueve años. Era amigo de la prepa de mi her-

mana mayor y andaba con una compañera mía de la secundaria. Por más que traté de llamar su atención, Edgardo no se fijó en mí. Enriqueta me regañó dos veces por querer intervenir en la conversación. Él me dio dulces para consolarme. Me decepcionaba que me tratara como niña, siendo ya señorita.

Edgardo no era el único que me gustaba; tenía otros tres amores platónicos, también amigos de Enriqueta; pero todos se fijaban en muchachas de su edad e incluso mayores que ellos. Siempre fui chaperona de mi hermana y me aburría terriblemente, pues nadie me hacía caso. Todos eran de cuatro a ocho años mayores que yo. En las fiestas me desesperaba porque quería bailar y nadie me invitaba; además, Enriqueta no me dejaría si se diera el caso.

Siempre fui la más chica en edad y estatura de mi salón de clases, así que cuando yo tenía entre once y doce años, mis compañeras andaban entre los doce y los quince, y muchas se pintaban e iban a tardeadas y tenían novio. De vez en cuando me dejaban salir con ellas; pero les parecía molesta por no tener pareja y "hacer mosca". Estaba en esa edad crítica en que ni era niña ni adolescente, y las pocas que se me acercaban en edad gustaban de otras diversiones. A mí me llamaban la atención los muchachos entre los quince y los diecinueve años, y, a veces, hasta de veintiuno, y mi única forma de ser feliz era inventándome historias de amor con ellos en mi Diario.

En la escuela tenía muchos amigos; conocía a los muchachos por Enriqueta y me trataban bien por ser su hermana. Tony y Alberto eran de la Sociedad de Alumnos, y, para recabar fondos, fotografiaban a los muchachos para venderles las fotos a las chicas y vice-

versa; pero sin que el fotografiado supiera para quién posaba. A mí nunca me retrataron, era cosa de grandes. Algunos de los más codiciados eran Humberto, Edgardo y Miguel. Obviamente, yo compré una de cada uno y las guardé en el cajoncito de la coqueta.

Hasta los trece-catorce años, empecé a tener pretendientes. Uno de ellos, Alejandro, me esperaba en la entrada de las fiestas a las que sabía que iba a ir y no nos separábamos en toda la noche, si acaso en los intermedios de las tandas para ir al baño o por un refresco. Mis compañeras me criticaban porque casi no estaba con ellas, ya que desde que llegaba, me la pasaba bailando y platicando con mis amigos. Me desesperaba su presunción y sus aires de grandeza para con los muchachos. Desde una semana antes, empezaban a pensar en el vestido, las medias, el peinado y el maquillaje que usarían. Casi todas estrenaban y nunca repetían la ropa, y si alguna llevaba un vestido que ya hubiera usado en otra reunión, era el centro de la crítica femenina; así que, si no tenían "qué ponerse", preferían no ir. Yo sí me preocupaba por coserme algo; pero no era una necesidad el estrenar o no repetir, por lo que algunas se referían a mí como "la chola" sin que me diera cuenta.

Lo que observé fue que los muchachos no se interesaban en cómo andábamos arregladas y ellos mismos eran descuidados al vestirse, y fue por eso que no me preocupé mucho de la crítica. Lo que me desesperaba al estar con ellas era que, aunque tuvieran ganas de bailar, nunca salían con el primero que las invitara, o nunca en la primera tanda, por lo que después los hombres no sacaban a nadie y se iban a la barra a tomar y a platicar. Y estando con ellas yo ya no bailaba, a

menos de que hubiera sido a la primera a quien le preguntaran, lo cual era raro, pues otras eran más bonitas y mayores; de manera que solo las que tenían pareja disfrutaban de la música.

En una fiesta, los hombres decidieron no sacar a bailar a nadie y las mujeres se indignaron. Como a las dos horas llegó Alejandro y, antes de que nos viéramos, sus amigos lo pusieron de acuerdo. Había huelga de hombres. Cuando me harté del teatro, decidí irme a la casa, solo que como yo llevaba carro y a algunas compañeras del salón, éstas no me dejaron ir con la esperanza de que todo pasara pronto, por lo que algunas trataron de reivindicarse sacando a bailar a los muchachos; pero fueron rechazadas. Esto a mí me dio gusto y decidí irme al bando contrario, no tanto porque me sintiera macho, sino porque me daba coraje haber tenido que pagar un castigo que no me correspondía, cuando ni siquiera se había tomado mi opinión. Al atravesar el patio me encontré a Alejandro, ya que como los sexos se había dividido, las mujeres quedamos sentadas en el jardín y todos los hombres parados en el extremo opuesto de la pista, bebiendo y contándose chistes. A él y a sus amigos les dio gusto verme y me hicieron partícipe del goce de su venganza. Su felicidad se debía al hecho de haber retado a las mujeres y haber ganado. Éstas se aburrían terriblemente y su frustración era haber perdido una oportunidad para conquistar al que más les gustaba. Yo me divertí con esto y por primera vez se me hizo sentir diferente al ser aceptada como cómplice.

Mis amigas se enojaron cuando se dieron cuenta de que estaba en el lado opuesto del jardín, y muchas dejaron de hablarme. Ya no bailé, cosa que me gustó

siempre, pero me reí mucho con los chistes y comentarios masculinos. De pronto, la fiesta se quedó sola. Algunas se fueron enojadas al saber que los muchachos habían decidido irse a bailar al Mike's, un centro nocturno de la avenida Revolución muy frecuentado por los tijuaneños. Este lugar tenía fama entre ellos porque iban muchas gringas y "arañas", quienes andaban con uno y con otro y dejaban que les acariciaran y besaran los senos, pero sin acostarse con ellos. Las niñas de sociedad no iban muy seguido a fiestas para no "quemarse", por lo que tampoco pisaban los centros nocturnos. Todos los muchachos tenían su novia y su araña, y con la primera se iban al cine los domingos a la función de las cuatro, tomados de la mano, y después se iban con la segunda a bailar o agasajar en el auto. Generalmente, la araña sabía de la novia, pero no ésta de aquélla, ya que se le veía como la oficial, se le respetaba y cuidaba, y si alguien andaba cortejándola, los amigos del novio se encargaban de ahuyentarlo. Cuando algún muchacho terminaba con su novia, se iba a la primera función con su araña para darle picones, y las amigas de aquélla se entretenían espíandolos y tomándoles el tiempo de los besos para contarle después: "Se dieron un beso de ¡cuatro minutos!"

En cuanto a las mujeres, la que llegaba a andar con el exnovio de una compañera era considerada traidora, por lo que algunos muchachos quedaron vedados para muchas de nosotras.



verme, no tanto por mí, sino por la amistad con mi hermana y el que fuera de Tijuana. Me propuso ir a tomar café después del concierto y luego llevarme a mi departamento.

Platicamos mucho: de mi huida, del regreso, de mis conflictos interpersonales, su exmujer, su divorcio, su hijo, y terminamos casi llorando abrazados y mareados por el vino que habíamos comprado. Fue mi primera experiencia sexual, y los momentos más felices vividos con él en mi Diario trascendieron mágicamente mi recelo y desconfianza hacia los hombres. Fue, además, mi primera recuperación de lo que había perdido al salirme de casa.

Let her go, let her go, God bless her  
 wherever she may be,  
 she can search this wild world over,  
 yes, but she'll never find a sweet man like me.  
 Anónimo, *Saint James' Infirmary (gambler's blues)*

Estar con Edgardo era agradable. Trataba de complacerme invitándome a conciertos, exhibiciones de pintura, conferencias, teatros, y todo lo que sabía que me gustaría. Platicábamos mucho de literatura y le gustaban mis lecturas. Fue la primera persona que gustó de mis lecturas. A veces me regalaba libros y decía que lo revivía con mi espontaneidad y rebeldía. El problema surgió cuando su exmujer quiso reconquistarlo. Nos encontró abrazados en una galería y nos saludó como una gran amiga; le dijo que le llamaría y se despidió con un beso en la mejilla. Edgardo volvió con ella tres meses después. Lo que argumentó fue que era muy grande para mí, que yo apenas tenía dieciocho años y el veintiséis

y que yo creía estar enamorada por haber sido él el primer hombre con quien había tenido relaciones.

Tardé diez meses en animarme a andar con Fidel, un estudiante de medicina, dos años mayor que yo, que vivía en un departamento con tres amigos de Guanajuato. Le gustaba tomar mucho y organizar fiestas los fines de semana, y "ligarse una chava diferente en cada una". Fidel y yo teníamos relaciones a pesar de que me platicó que tenía novia en Guanajuato. Al tiempo de andar con él, empecé a sentirme araña, ya que me di cuenta de que su meta era terminar la carrera y regresar a su ciudad natal a casarse con su novia y poner ahí su consultorio. A pesar de eso, era celoso y posesivo. Solo duramos cuatro meses. Llegué a tener otras experiencias; pero me di cuenta de que caía en lo mismo, y todas me dejaron la misma sensación de vacío.

Poquísimas veces he tenido deseos sexuales estando sola. La mayoría de mis relaciones fueron un producto espontáneo como complemento de una vivencia de identificación, y no necesariamente con alguien de quien estuviera enamorada. En varias ocasiones tuve que dormir con amigos en la misma cama y no sentí ansiedad por hacer el amor con ellos; puedo ver muchos hombres atractivos a mi alrededor y no me llaman la atención. Todos mis amores han sido a primera vista, y todos me han dejado plantada. Me he dado cuenta de que, generalmente, la que se enamora soy yo. Y soy yo, también, la que llega temprano a las citas, la que busca, la que pide disculpas... Cuando me dejaban esperando yo misma argüía justificaciones; pero cuando llegué a faltar nunca hubo perdón. Fui tan inocente en mis relaciones que se prestaba a malinterpretaciones. Reconozco que mi pareja, por mucho que me quiera, no siempre tiene ganas

de estar conmigo, y no porque quiera estar con otras. Todos sentimos la fuerza de la soledad alguna vez.

Siempre busqué un cómplice. Creo que el estado de pareja es eso, una relación de complicidad, no de protección o de obligaciones. Creo que ese fue uno de los malentendidos con mis amantes: que como yo no exigía una presencia constante y aceptaba sin enojo cualesquier disculpas, dejaron de tomarme en cuenta y no me dieron importancia. Creo que, hasta cierto punto, fui yo la culpable de que no se me valorara, al aceptar todas esas cosas que yo no veo como anormales y que los demás no comprenden, y que después llegaron a pensar que el estar presente era únicamente una obligación mía.

Como fantásticamente viví con tantos hombres, sabía perfectamente lo que quería encontrar en ellos, y desde el principio me daba cuenta si la persona era o no lo que me gustaba. Nunca me conquistaron, ese fue otro problema. Cuando alguien me gustó lo exterioricé desde el principio, y no con el afán de seducir, sino como un acto propio de mi carácter, que tendía a identificarse inmediatamente con los demás.

Al año y medio de terminar con Edgardo, me lo encontré en una librería. Me saludó un poco nervioso y tomamos un café. Se había separado nuevamente de su mujer hacía apenas un mes. "No sé qué onda", me decía. Fuimos al departamento y quisimos emborracharnos y estuvimos recordando detalles de nuestra relación y riéndonos de la gente. Se fue al día siguiente, y quedó de pasar a recogerme dos días después para ir a un concierto; sin embargo, no regresó. Fui yo entonces quien lo buscó. Llegué a ir hasta tres veces diarias a su departamento y dejaba recado. A las dos semanas me llamó por teléfono borracho.

—Tengo ganas de estar solo —decía—, yo te llamaré después.

Al mes me di cuenta de que no volvería.

ain't got the change of a nickle  
 ain't got no bounce in my shoes  
 ain't got no fancy to tickle  
 I ain't got nothing but the blues  
 ain't got no coffee that's perkin'  
 ain't got no willings to loose  
 ain't got a dream that's workin'  
 I ain't got nothing but the blues.  
 Ellington, *I ain't got nothing but the blues*

Empecé a girar el vaso rápidamente. Mi primera manifestación de nerviosismo. Mi acostumbrada actividad me impedía aguardar más tiempo. La espera de Agustín era lo que aumentaba gradualmente mi agitación en esa mesa octagonal. El sabor de los cigarros y el café absorbido en menos de cinco minutos me exasperaba. Estaba a punto de salir corriendo del restaurante de la misma forma como había salido con Darío en motocicleta al huir de mi abuela.

—Tus adjetivos han disminuido —dijo la última vez que lo viera.

—Es el ambiente —contesté.

Me dio coraje no haber llevado algo para leer. Nunca debí haber hecho esa cita. Después de todo, ¿qué necesidad tenía él de saber lo del aborto? Me preguntaba si su conciencia le permitía asimilar que también era su responsabilidad. Me sentí humillada.

—Te prometo que no me voy a venir dentro de ti —aseguró dos meses antes, cuando le comenté que no llevaba óvulos.

Y se había venido tan rápidamente que no tuve tiempo de rechazarlo en el momento. Había reclamado.

—¿Es que no te das cuenta que lo más frustrante para un hombre es venirse fuera?

Vi el reloj y decidí salir del café. El ginecólogo había dicho muy claramente:

—Si no llegas a las tres, no se podrá hacer nada; tengo una cita a las cuatro.

Disfrazada de señora, guardando un luto que no me correspondía, caminé por Reforma sintiendo que todos me observaban. La ciudad parecía maqueta. Sus edificios grises incrustados en el cielo me daban la impresión de encontrarme en un estanque. El tráfico era lento y pesado, y la gente caminaba como sonámbula. El esmog me hizo llorar. Pensé que había escogido un mal día. Sin saber cómo, llegué hasta la glorieta de Insurgentes. La música de rock se diluía en los oídos de los transeúntes sin permitir que llegara bien hasta mí. Me acerqué. Todos, emocionados, pedían más y más música con gritos. El cantante, feliz, contó chistes ridículos que a todos encantaron. Agustín estaría divirtiéndose con el norteño de paliacate en la rodilla y celando al requintista que coqueteaba con las mujeres. Si me hubiera visto ahí, entre la "chusma", mirando indiferente a los músicos que tocaban rock anacrónico, habría dicho que estaba buscando penes.

La gente se dispersó por la glorieta como abejas en busca del néctar de las flores, solo que sin buscar nada. Tenía que regresar a Reforma y tomar el pesero que me llevaría hasta Las Palmas; ya había perdido demasiado tiempo.

Felipe me preguntó si podría ir alguien a recogerme, pues el medicamento era fuerte y quizás no podría salir

sola. Hablé con Josie, quien quedó de ir lo más rápidamente posible.

—¿En media hora más o menos? —pregunté.

—¿Tan rápido? —me dijo.

Contesté que había dicho Felipe que era cuestión de minutos. La enfermera me llevó al cuarto de consulta y me aplicó las inyecciones. ¿Cuántas veces había estado enamorada? ¿En cuántos hombres había gastado mis palabras? Palabras que no fueron dichas solamente por decirlas. Palabras que me daría vergüenza repetir por temor a que perdieran su sentido a fuerza de gastarlas. Me preguntaba si sería yo la del problema, ¿por qué no había podido llegar a tener una relación estable? Algunos me habían amado, pero no comprendido, y trataron de acabar con todo lo que significara una imagen de mí. Agustín fue uno de ellos. Me costó mucho trabajo decidirme a hablar con él para comunicarle lo del aborto. Josie me había convencido.

—Es también su responsabilidad; además, ni siquiera pidió tu opinión cuando se vino sabiendo que no te estabas cuidando.

—¿Duele? —preguntó Felipe.

—Yo en ningún momento me he comprometido contigo —había exclamado Agustín cuando le informé lo del embarazo.

—Entiende que no es por eso que vine a hablarte —contesté apenada, mientras encendía un cigarro.

Yo nunca he querido comprometer a nadie y discutimos un rato sobre eso.

—Y qué, ¿esperas que me case contigo?

Me sentí personaje de telenovela, y empecé a dar disculpas sin saber por qué; a justificar estúpidamente mi actitud al buscarlo; a explicar que no trataba de chantajearlo. Nunca había entrado a su departamento. La al-

fombra era café-oro muy lanuda y me dio la impresión de que la estaba ensuciando. La actitud de Agustín cambió de pronto. Empezó a tratarme más serenamente para consolarme cuando me vio llorando. Nunca me ha gustado que me vean llorar, me siento culpable y como si quisiera doblegar a los demás; pero en ocasiones no puedo remediarlo.

—Bueno, bueno, no te desesperes mujer. ¿Ya sabes con quién ir?; ¿necesitas un médico?, ¿tienes dinero? —dijo preocupado.

—Ya tengo ginecólogo, solo quiero que me acompañes, pues no puedo ir sola, emití apenada.

—Sí, sí, claro que te acompaño. ¿Cuándo quieres que vayamos?

—¡Andrea! —gritó de pronto Agustín cuando salí de su casa.

Recordé los melodramas de mis doce años e imaginé que voltaría emocionada, correríamos a encontrarnos para vernos larga, amorosa y tiernamente a los labios, los ojos, uno por uno, los labios, los ojos... Él me abrazaría arrepentido y yo contestaría: "¡dime, Agustín!", para besarnos apasionadamente mientras apareciera el letrero de "fin" en la pantalla. Yo, como norteña bronca que soy, contesté un "qué onda" seco, resentido, y él no supo reaccionar.

—No-nos vemos a la una y media —titubeó.

Al irme de allí me sentí como puta al salir del hotel después de cobrar la cuota, y no quise voltear hasta que me senté en el camión por temor a quién sabe qué.

—Listo, si hay dolor o hemorragia me llamas a este número, y si es por la noche, a este otro. Ven dentro de diez días para revisarte, ¿okey? —dijo Felipe al salir—, Josie te está esperando.

Felipe me dio un beso en la mejilla y me acompañó hasta la sala de su consultorio.

—Cuidala —le dijo a Josie en la puerta—. Está un poco borracha por la anestesia.

Tomamos el pesero hasta Insurgentes y después la misma ruta de camión que utilizaba cuando salía de la casa de Edgardo rumbo a la mía. Se subió el mismo merolico de entonces, con las mismas plumas para vender, las mismas palabras, las mismas pausas... El día era como los demás, nublado, con gotas de lluvia pequeñísimas que apenas mojaban. Los mismos anuncios y leyendas por la calle, las mismas paradas del autobús. Todo me parecía un mundo de repeticiones. Una mujer leía fonovelas; otra veía fotografías; más allá escribían una carta. Dos comadres platicaban trivialidades. Los hombres callaban. Aparentemente, nadie tenía problemas. Aparentemente, la ciudad estaba en calma. Aparentemente, yo también. Pero había que seguir.

Ninguna de las dos hablaba. Por primera vez sentí miedo de llegar a casa, y tuve ganas de pedirle a Josie que me permitiera quedarme con ella; pero supe que si lo hacía, ya no tendría valor para seguir viviendo sola. Nunca había reparado en la soledad, por el contrario, la había disfrutado durante mucho tiempo.

Me sentí mal. No acostumbro decir cosas que vayan en contra de lo que pienso; pero en esa ocasión solté las palabras por despecho. Me dolía, hasta cierto punto, haber abortado. Mi oportunidad de ser madre, ya no muy joven para lo que había idealizado en mis fantasías de niña, se había quedado quién sabe en qué lugar del consultorio de nuestro amigo. Empecé a mentarle la madre a Felipe y a Rogelio y a Agustín y a Fidel y a todos los hombres en general. Me quejé de mi pa-

dre por no haberme educado como una mujer tradicional. Evoqué a Edgardo, y junto con él, una canción de Johnston de un disco rayado de mi madre:

I've met so many who had fascinating ways  
 a fas/ng g/s in their eyes  
 some who took me up to the skies  
 but their attempts at love  
 Were only imitations of my old flame  
 I can't even think of his name  
 but I never be th/same  
 untill I discover what became of my old/ me  
 I've met so many who/  
 I've met so many who/  
 I've met so many who/  
 I've met so many who/

Durante horas permanecí sentada en posición fetal en el sillón de la sala, viendo de cerca el solitario de mis quince años y sintiendo los cólicos por las contracciones de mi matriz. Y a medida que cambiaban las luces del brillante, entre violetas, azules, amarillos y verdes, recordaba mis sueños infantiles de infancia enamorada, del amor aprendido en la voz melancólica de los tangos cantados por mi madre, de los blues entonados por la Fitzgerald, la Bailey y la Holliday..., del cantar sonámbulo de las serenatas para Enriqueta...

Esa noche soñé bolitas.

Oh, my man I love him so, he'll never know  
 all my life is just to spare, but I don't care  
 when he takes me in his arms  
 the world is bright, it's all right.  
 What's the difference if I say, I'll go away  
 when I know I'll come back, on my knees someday  
 Pollack e Yvain, *My Man*

Encontré a Fidel y a sus amigos a la salida de un concierto de rock; me sentía sola e incomprendida, veía el mundo en mi contra y un gran vacío sin futuro.

—De aquí nos vamos a ir a bailar, ¿quieres ir con nosotros?

Yo me dejé conducir como una llanta que se mueve al antojo del volante. Desde el día del aborto me había encerrado en el departamento sin abrirle a nadie, aunque se dieran cuenta de que estaba allí, y solo había salido para que me revisara Felipe. Durante ese mes pude refugiarme de nuevo en el papel y, entre otras cosas, escribí algunos poemas para Edgardo.

Como les pareció inútil ir a bailar cuatro hombres y una mujer, fuimos a ver estrip tis a un tugurio de la zona. Me sentí ridícula viendo mujeres desnudarse. Quise emborracharme. Cuando me harté del chou y vislumbé que mis amigos estaban muy excitados, fui al baño a meterme el dedo en la boca para vomitar. Fidel era el que estaba más emocionado con el espectáculo, y al ver que me sentía mal se ofreció a llevarme a casa. En el taxi me abrazaba y trataba de besarme; yo pretendí que por el mareo no me daba cuenta. Fingí no encontrar las llaves.

—No sirve el timbre de la portera y en mi casa no hay quién me abra —dije y le ordené al chofer que se fuera rumbo al cine Diana.

—¿Quién vive allí? —preguntó Fidel—, si quieres vamos a mi casa.

No contesté hasta dar con la casa de Edgardo, "espero que me abra", pensé; bajé y toqué el timbre. Contestó por el interfono.

—¿Puedo dormir en tu casa?

Dijo que bajaría.

—¿De dónde vienes? —preguntó, riéndose asombrado de verme, y me abrazó por la cintura.

—¿Puedo dormir en tu casa?, te prometo no molestar, vengo de macho.

Caminamos al taxi, le pagué al chofer y me despedí de Fidel, quien se había bajado del auto.

—Él es Fidel.

Edgardo extendió la mano riéndose, volteó a verme.

—Venimos de ver estrip tis —agregué tambaleándome.

—¡Ah!, por eso dices que vienes de macho. Mucho gusto, Fidel, y gracias por acompañar a esta adorable borrachita.

Fidel no entendía nada. Veía a Edgardo abrazarme y consentirme por mi gracia y después me observaba asustado.

—¡Buenas noches! —dijo malhumorado y subió al taxi.

Edgardo no paraba de reír mientras me ayudaba a subir a su departamento.

—¡Suéltame, cabrón!, ¡vengo de macho y ahorita no me gustan los hombres!; además, si vine a tu casa fue porque si me quedaba en la mía, ese idiota se bajaría conmigo y no hallaba cómo desafanarlo.

—¡Qué bueno que viniste!

—¿Por qué?

—Me da gusto simplemente.

Edgardo no volvió a separarse de mí. Me recogía en la facultad y después nos íbamos a tomar un café, al cine o al departamento. Me casé con él, y ahora que tengo treinta años, soy una perfecta ama de casa y madre

ejemplar, que cocina pasteles para sus hijos, y a las niñas les confecciona lindos vestidos.

Aunque..., la verdad es que nada de esto es cierto  
 la verdad es que yo nunca he existido  
 la verdad es que solo tengo quince años y acabo de descubrir a Sartre y quiero ver mi vida adelantada para imaginar cómo me vería desde los treinta años  
 la verdad es que no comprendo a nadie  
 la verdad es que este es un mundo de locos que gritan y brincan y se maquillan y actúan en contra de sus principios  
 pero la verdad es que eso tampoco es cierto  
 la verdad es que nunca, nadie a exis/  
 la verdad es que Descartes no es cierto  
 la verdad es q/  
 la verdad es q/  
 la verdad es q/  
 la verdad es q/

México, D.F., Semana Santa de 1980

## *Sonatina*

Varias veces he tratado de suicidarme. Pilar dice que lo hago por puro chantaje, que si en realidad quisiera morirme, ya lo habría hecho. Pilar dice que es muy sencillo, que en la yugular está la clave, o que un balazo en la sien bastaría. Probablemente se burle de mí. Pilar está loca, no sabe lo que dice. ¿Me cree tan vulgar como para suicidarme derramando sangre? Tengo la suficiente imaginación como para morir bellamente. ¡Si yo supiera tocar el piano!, me pasaría todo el tiempo interpretando a Mahler en lugar de estar maquinando formas de suicidio.

¡Qué enfado estar todo el día sola en la casa!; pero Pilar no quiere que salga; tiene miedo de que me agarren de nuevo, o de que me vaya con mis amigas "las putas", como las llama ella. Y sí, sí lo son, pero no hay necesidad de llamarlas así. Lo que le da coraje es que me vaya a acostar con alguno de sus amigos; dice que me mataría. Lo que a mí sí me da coraje es que ella pueda salir con sus amigos y que yo sí tenga que entenderlo.

Pilar ya quiere deshacerse de mí; lo sé muy bien. Trata de enfadarme, eso es todo. ¡Pero ni crea que va a ser tan fácil! No le conviene que me suicide aunque ya no me quiera; sabe que se le haría un escándalo y eso, por su reputación, no le conviene. Ella siempre ha tratado de mantener cierto estatus y cierta imagen en su traba-

jo y ante la sociedad. Ella dice que le vale madre; pero yo sé que no es así. Cuando voy a su oficina cuida mucho de que no le diga "mami" o la salude de beso. ¿Por qué todos los hombres serán iguales? Porque Pilar es un hombre; si no físicamente, sí como todos ellos. Porque camina y habla y se ríe y trabaja como hombre. Y se emborracha como hombre también y piropea a las mujeres como hombre.

"Casi todos sabemos querer, pero pocos sabemos amar", dice José José y Pilar lo afirma; ella asegura que soy una egoísta y que solo la quiero para que me mantenga...; pero, ¿qué únicamente ella me podría mantener? De hecho, tuve pretendientes con dinero.

Pues sí, antes andaba con puros niños popis de la escuela hasta que me metí al talón. Pedro tenía un coche importado que le había regalado "papi" en su graduación y tenía un amigo bien reventado que siempre invitaba a puras chavas de Insurgentes. Así fue como conocí a Lula, quien posteriormente me conectó con el jale. Al principio no me iba mal; más bien me iba bien, a pesar de que cuando empiezas es medio duro: no les agarras la onda a los chavos y les dedicas demasiado tiempo y entonces ya no sacas tanta lana; además, como aún vivía en la casa de mis jefes, no me hacía falta la lana, pues mis gastos no significaban gran cosa: mis jefes me pagaban la prepa y yo solo me compraba la ropa... Aunque a veces ni eso, porque como los cuates con los que andaba sabían que me gustaba vestirme bien, me regalaban ropa y medias y hasta zapatos. Pedro, cuando fue a Europa, me trajo unas medias de seda y otras de lana para el invierno, porque sabía que el poliéster no me

gusta mucho que digamos. Para cuando mis jefes se dieron cuenta de que andaba en el talón y me corrieron de la casa, yo ya había conocido a Pilar y fue cuando me fui a vivir con ella, quien ya tenía rato diciéndome que me fuera a su departamento; solo que yo le sacateaba un poco por mis jefes. Lo más curioso es que ahora que saben que estoy con Pilar y que fue ella quien me sacó del talón, están más conformes y hasta podemos ir a saludarlos.

A Pilar la conocí en el talón una vez que fui con unas compañeras a Los Veintes, porque decían que allí había rucas que pagaban mejor que los chavos. En ese lugar nos encontramos a unos trasvetis amigos de Lula y nos pasamos al Le Baron con ellos. Ahí estaba Pilar con un grupo de conocidos. Yo tenía muy poco tiempo haciéndoles el jale a las chavas y me faltaba mucha experiencia y, entonces, en ese campo no me iba tan bien; solo que la chamba había bajado un poco, según esto por lo de una epidemia de gonorrea que se había soltado en Insurgentes, así que no nos quedaba más remedio que llegarle a las chavas, además de que ellas, por demostrar que podían más que los hombres, pagaban mejor. El caso es que en la mesa en la que nos sentamos estaba una ruca bien peda y bien lanzada, como de unos cuarenta años que empezó a coquetearme. Yo me saqué mucho de onda porque se veía medio sádica, y yo creo que Pilar se dio cuenta, porque ya tenía rato sintiéndome observada, y se paró a sacarme a bailar, y la ruca que se encabrona y que inicia la bronca. Ya te imaginarás el desmadre que se armó en el Le Baron. La ruca aventó a Pilar de espaldas y los chavos que venían con ella se le-

vantaron de volada a defenderla y los de la mesa de nosotros también, y se armó el despelote. Total, cuando Lula y yo pudimos sacar a Pilar, ya tenía la nariz toda hinchada y ensangrentada, aunque te diré que la ruca quedó peor, porque Pilar le pegó un puñetazo en un ojo y se lo cerró, nos lo dijo luego uno de los travestis.

Yo al principio no quería a Pilar; es más, ni me gustaba. En realidad salía con ella porque me pasaba muy buena lana y me llevaba a restaurantes muy elegantes, y como ella dejaba muy buenas propinas, los meseros ya la conocían y la atendían de maravilla: nos daban las mejores mesas y los tragos nos los servían bien cargados, así es que yo siempre salía hasta atrás. Luego, te diré que Pilar me fue acaparando poco a poco y fui haciendo a un lado a los chavos, pues en realidad ella me trataba muchísimo mejor: los chavos de "putita" no me bajaban y no soltaban la lana así como así. En cambio, Pilar no; ella me trataba de "mami" y luego hasta empezó a comprarme ropa y zapatos, porque siempre le gustó verme muy femenina, con las uñas largas y pintadas, y con tacones altos y vestido. No le gustaba que usara pantalones, porque decía que para eso los traía ella, y que con una que los trajera era más que suficiente. Y en realidad tenía razón, porque a mí siempre me ha dado hueva decidir; por eso, hasta cuando vamos a un restaurante decide ella; al fin y al cabo ya conoce los menús, y como es de muy buen diente, siempre sabe lo que escoge. Por otra parte, yo sé que le complace chiquearme y sugerirme y aconsejarme qué comer. Además le gusta sentirse como mi protectora y yo la dejo. Finalmente, es mi protectora.

La primera bronca que tuve con Pilar fue una vez que le dije "mami" en su oficina. Se me quedó mirando bien encabronada y sus compañeros soltaron una risita medio morbosa, porque parece que ya se las olían, pero no estaban seguros. Además de que entonces ya había conocido a Meche. Entonces me llevó afuera y me dijo que no volviera a aparecerme en su oficina, que nomás le quitaba el tiempo. Me dijo que yo era una huevona; que no trabajaba ni estudiaba, ni hacía nada por superarme; que nomás me la pasaba viéndome en el espejo y pintándome las uñas, y que ella necesitaba una mujer y no un títere. Yo me enojé un chingo, pues era en realidad yo quien le estaba haciendo el favor funcionando como su esposa, encerrada todo el tiempo y haciéndole el desayuno. Así que me largué a Insurgentes a buscar a mis amigas a quienes no veía en mucho tiempo —porque has de saber que Pilar las detestaba por putas y nunca quería que saliéramos con ellas—. El caso fue que agarramos el reventón para festejar el reencuentro; sólo que nada más nos duró cinco días, porque entonces nos encontró Pilar y me llevó a rastras a su departamento. Y digo a rastras porque yo andaba bien peda. Tuvimos un agarrón bien grueso; tan grueso que ni Lula ni las demás se atrevieron a intervenir; pero no grueso en el sentido de que nos agarráramos a madrazos ni nada por el estilo; por el contrario, Pilar me trataba como si yo fuera una chamaquita que se hubiera escapado de la casa. Yo le dije que ni mis jefes me trataban así y que ya la iba a dejar y que no quería que me volviera a molestar porque no pensaba volver con ella. Se puso a llorar, ¿sabes? Y entonces no pude aguantarme porque nunca creí que pudiera actuar ella así: siempre tan fuerte, tan mesurada..., tan serena...,

siempre con el tacto y la palabra adecuados; siempre toda ella en su sitio. Porque fue eso lo que me gustó de ella desde el principio, y tal parece que a mis jefes también: su elegancia para vivir. Yo no quiero decir con eso que ella fuera elegante; aunque sí, sí lo era, con su saco y pantalón de lana o casimir, y sus blusas de seda y algodón tan femeninas con grandes moños y corbatas de colores —aunque te diré que su andar no era nada elegante: usaba botas vaqueras que la hacían verse tosca, más tosca que los hombres; porque los hombres como que están hechos para las botas—. Sin embargo, su manera de vivir y ver el mundo sí que eran elegantes; con su departamento todo lleno de antigüedades y objetos de plata, cojincitos y cortinas de encaje con holanes; con esos muebles de caoba tan finos y lustrosos.

La primera vez que fui a su departamento a llevarla después de ese pleito que te platiqué, me impresioné muchísimo. Nunca pensé que una mujer pudiera vivir sola en un departamento tan grande y tan elegante. Vivía en Tlatelolco, en uno de esos edificios que se volvieron tan famosos con lo del sesentaiocho. Te parabas en la ventana y mirabas hacia afuera y veías La Plaza.

—Hija de perra —gritaba Pilar mientras le poníamos el algodón en la nariz con vinagre—, pero un día de estos me la voy a volver a encontrar, y ni crea que la voy a dejar ir así como así —y como una madre que aconseja a su hija, me decía—: cuídate de ella, nenita, porque esa vieja es una mafiosa.

Pilar es fuerte. Tan fuerte como un hombre. Y con los pantalones muy bien puestos. Una vez que llegamos en

la madrugada al edificio de su departamento, nos siguieron dos chavos hasta el elevador. Nosotras íbamos hasta el doceavo piso. Y eran dos chavos salidos del rescaldo del edificio que bien parecía nos estaban esperando. Nadie los vio a pesar de que pagamos por la vigilancia. Se metieron al elevador junto con nosotras; uno se paró del lado derecho y el otro del izquierdo, y Pilar y yo nos quedamos en medio. Entonces uno sacó una manopla y empezó a jugar con ella, golpeándola con la palma mientras nos miraba fijamente. El otro nada más soltó una risita sorda. Yo me quedé helada; pero Pilar, nada cobarde, sacó la navaja de botón que carga siempre en el cinto y que usa para su trabajo.

—Nos van a chingar —les dijo con voz grave—; pero del navajazo, de menos uno no se escapa.

El de la derecha presionó un botón del elevador; segundos después, la puerta se abrió y los tipos salieron.

Nunca se esperan que *una* reaccione —me dijo después subrayando la palabra una.

Porque siempre se refirió a sí misma como *una*, recalando la *a* para reafirmar su condición femenina. Pilar es ingeniera agrónoma, y estudió en la UNAM porque, dice, es la única universidad en América Latina que te da el título en femenino. Y eso a mí al principio me agradó; aunque después de tanto escucharla me molestó porque me di cuenta de que, finalmente, era como los hombres que se la pasan reafirmando su condición de machos, y que a la vuelta de los años, también dudan.

Pilar siempre se ha enorgullecido de su virginidad. En su vida, dice, ha sido tocada por un hombre. Por eso, la vez que me largué a Insurgentes le dolió un chingo, porque sabía de sobra que nos la habíamos pasado con puros chavos.

—Ponme los cuernos con quien quieras, pero que no sea hombre —me dijo varias veces—; porque cuando te toco, se me figura que estoy tocándolos a ellos.

La sola idea de sentirse rozada por un macho la encabrona, por eso no se sube nunca al Metro ni a los camiones, y en su trabajo siempre marca una línea por la que no pasa nadie, ni siquiera la Meche o su secretaria, y la vez que yo traté de hacerlo, me paró el alto en seco. Es por eso que detesta a mis amigas, porque dice que ellas tienen la culpa de que yo me hubiera metido de prostituta; pero tampoco se pone a pensar en que yo ya había empezado antes de conocerlas, y que si no hubiera sido por ellas, Pilar y yo nunca nos habríamos encontrado. Aunque a veces pienso que tal vez habría sido mejor, porque ahora no estaría yo aquí, sintiéndome culpable de mi pasado y pensando en suicidarme a cada instante. Y sí, tal vez tenga razón y únicamente lo piense para chantajearla, porque me doy cuenta de que ya no me quiere y se avergüenza de mí.

La segunda vez que me le desaparecí fue porque me agarró un tira en Insurgentes con el pretexto de que yo era prostituta, y en parte tenía razón porque sí lo era; pero ya no en ese momento. El caso fue que me quiso sacar una lana y yo lo mandé a volar y empezó el forcejeo, hasta que llegamos al jaloneo y yo a defenderme porque él me quería subir a la patrulla, y yo a aventarle de manotazos y arañazos en la cara. Como te imaginarás, terminé toda madreada en un separo para mujeres. Al principio Pilar no me buscó porque pensó que me había ido de reventón con mis amigas; pero luego le entró la desesperación y salió a Insurgentes a buscarme, y fue cuando se dio cuenta de que yo no andaba en esas. Entonces llamó a Locatel, vio que no estaba ni en

la cárcel ni en los hospitales ni en la morgue ni con mis padres ni en ningún lado. Tal parece que le costó un chingo de trabajo encontrarme, y solo varios días después y mediante unos contactos y unas mordidas que les pasó a unas tiras de los separos, logró sacarme. Cuando la dejaron entrar, Pilar se soltó llorando, y yo la vi todo lo flaca que estaba cuando me decía:

—Perdóname, Sonatina.

Yo no entendía muy bien por qué me pedía perdón con ese tono tan sumiso, y observaba sus ojeras y su profunda desesperación.

—Perdóname por pensar tan mal de ti —me suplicaba.

Las demás rucas nos veían un tanto extrañadas, y como que se enternecían con las lágrimas de Pilar y mi dureza y rencor contrastantes; sin embargo, en ese momento no me dio lástima verla llorar como la primera vez; creo que hasta me dio gusto, porque yo ya estaba pensando en suicidarme para ver si la hacía sufrir. Me reventaban su aplomo y falta de sentimientos a veces.

La actitud de Pilar cambió de lleno cuando conoció a Meche, una buga que le presenté una vez que fuimos a la Balbuena a visitar a mis jefes. La Meche era una economista que había crecido en los multifamiliares; una de tantas que estudiaron gracias a que la UNAM costaba doscientos pesos al año. Era una de esas izquierdizas que se las daban de codearse con los intelectuales del sesentaiocho. La Meche, como te dije, era buga y no se metía con las viejas; pero Pilar se prendió desde el principio porque para ella era toda una mujer: dinámica, activista, inteligente, profesionista, vanguardista y no sé qué tantos adjetivos más. Lo que le impresionaba

de ella era que no necesitaba ser lesbiana para poder actuar como los hombres, y eso a mí me jodió, porque entonces yo pasé a un plano muy lamentable: yo era débil, pretenciosa, interesada, inferior intelectualmente porque sólo había estudiado hasta la preparatoria (es más, ni siquiera la había terminado), conformista, dependiente y, además: puta. ¡En fin!, todo lo que no se quiere ver en una pareja. Sin embargo, ella me tenía allí, esperándola, atendiéndola y sin poder hacer nunca nada porque no me dejaba. Por fin, después de tanto escucharla alabar a Meche, decidí meterme a terminar la prepa; pero me fue imposible: en cuanto empecé a ir a la nocturna inventó no sé qué cuentos de que me estaba largando con mis amigas del talón o que le estaba poniendo los cuernos con algún cabrón de la escuela; empezó a alucinar con que la iba a dejar por otro, y que qué casualidad que ya no salía con ella a ninguna parte; entonces, empezó a estorbarme cuando tenía que hacer las tareas, o a llegar a media mañana, como si se le hubiera olvidado algo, para ver si no estaría acostada con alguien. Una vez que tenía que hacer un trabajo de investigación con un equipo de estudio, me salió con que me invitaba a Bahía Concepción a uno de sus viajes de trabajo. ¡Nunca me había querido invitar a sus viajes de trabajo!, porque argumentaba que serían muy pesados para mí porque yo no estaba acostumbrada a estar en el desierto a la intemperie, sin agua para bañarse y no sé qué más. El caso es que entonces sí no había pedo que yo me fuera con ella a un viaje lleno de incertidumbre entre puros hombres de su trabajo, con botas vaqueras y pantalón de mezclilla. Obviamente se encabronó cuando le dije que no porque tenía que hacer una investigación para un curso de la escuela. Me

dijo que yo era una mamona que solo pensaba en mí, y que ni estudiaba ni trabajaba y que nomás quería quedarme en su departamento para invitar a mis cuates y hacer reventones durante su ausencia. Luego empezó a criticarme porque dejé de arreglarme por hacer las tareas. El caso fue que llegó el momento en que me salí de la preparatoria para no tener problemas. Pilar siempre encontraba pretextos para hacerme faltar o para que dejara de hacer lo que me encargaban. Y en la escuela empezaron a llamarme mucho la atención; así que mejor me salí antes de que me corrieran y antes de llegar a tener un altercado mucho mayor con ella.

Esa vez que no quise ir a Bahía Concepción, Pilar se quedó más tiempo del acostumbrado y yo me quedé sin dinero; solo que entonces no me fui al talón, no sé si porque tuve miedo, o me daba vergüenza encontrarme con mis compañeros de la escuela. De lo que sí me di cuenta fue de que no sirvo para nada: no sé escribir a máquina, no sé taquigrafía ni tengo buena ortografía, así que de secretaria no la hago. Tampoco sé coser. Por otra parte, me faltan muchos estudios como para hacerla de auxiliar de alguien. En fin, no sé hacer nada. Un amigo de la prepa me recomendó con su tío para que le ayudara con un trabajo de investigación haciendo unas entrevistas para una encuesta y, para variar, hubo alguien más preparado que yo. El caso es que de lo único que podría conseguir trabajo sería de recepcionista o de obrera y, sin embargo, me daría miedo o hueva salir a buscar en un ambiente desconocido. ¡Hace rato te decía cómo me cuesta trabajo decidir! Estoy tan acostumbrada a vivir bien, y a lo mejor Pilar me tiene demasiado chiqueada adrede. Total, esa vez que me quedé sin dinero, me di cuenta de lo mucho que dependo de

ella, y cuando regresó, cambiaron los papeles: yo ya no podía amenazarla con largarme y empecé a exigirle que llegara más temprano y que no me dejara tanto tiempo sola. Unos días después de su regreso, fui a buscarla a su oficina para que nos fuéramos a comer con mis jefes, y allí estaba Meche platicando con ella. Francamente, me dieron celos. Fue la primera vez que sentí celos de Pilar, ¿sabes?, y ella se dio cuenta. Esa fue mi derrota: que Pilar se diera cuenta de que sentía celos. En realidad yo ya le había hecho una que otra escenita en Los Veintes o en el Le Baron, pero nunca con una buga, y siempre era yo quien ordenaba y reclamaba que me defendiera de la rival. En esta ocasión no fue así; vi a Meche sentada en su oficina y me sentí hervir de incertidumbre. Me flaquearon las piernas y la voz. Pilar me miró con satisfacción y cierta ventaja. Meche ni se las olió, pues no le interesaba Pilar. Sin embargo, a Pilar sí le interesaba Meche y eso a mí me dolió. Además, se notaba que estaban hablando de mí. Después me enteré —por Pilar— de que ésta se había quejado con Meche, como si ella fuera la responsable de que hubiera caído conmigo. Meche le dijo que lo que ella, es decir Pilar, necesitaba era una pareja a la altura de su “nivel intelectual”; una pareja con la que pudiera hablar de igual a igual; una pareja que tuviera el mismo dinamismo y una actividad profesional “tan importante” como la de ella. A mí eso me encabronó muchísimo. Me sentí traicionada, ¿sabes?, nunca pensé que Meche, siendo mi amiga, pudiera hablar en contra mía; finalmente, Pilar no es ninguna mujer liberada: lo que ella ha querido siempre es una esposa; ella nunca podría vivir con alguien tan imponente como ella, porque, entonces, ya no tendría a quién proteger. Y a Pilar le en-

canta proteger; le encanta agasajar a la gente, así sea a sus amigos, para demostrar que ella puede tanto o más que ninguno.

El caso fue que durante esos días me di cuenta de que ya nada tenía sentido para mí. Ya solo pensaba en que Pilar podría estar tratando de impresionar y seducir a Meche. Porque entonces Pilar quiso conquistarla, y parecía chamaquito haciendo dengues alrededor de ella. Yo me sentía chinche y ya no encontraba cómo darle gusto: si no iba a la escuela, por huevona, y si iba, porque me quería ir de reventón; si me pintaba las uñas, por vanidosa y si no, por antihigiénica y mamarra. Meche era perfecta para ella: la medida al hablar; la disciplina en el trabajo (porque has de saber que la metió a trabajar con ella); la armonía al caminar; la distinción para comer...; ¡qué sé yo! Y entonces, ya no me invitaba a salir a ninguna parte porque le daban vergüenza mis hábitos y mi vocabulario y mi ropa y mis uñas y mi cutis y etcétera y etcétera. Ya te podrás imaginar. Entonces me sentí peor que cuando era puta y los chavos se burlaban de mí. No sé si porque entonces no tenía conciencia y solo lo hacía por el desmadre, o porque en realidad las burlas de los cuates no eran en serio como las de Pilar. ¡El caso es que empecé a sentirme tan pendeja!, que me acomplejaba a cada rato. Lo que sí me dio coraje fue darme cuenta de que Meche solo estaba utilizándola y que, aun cuando no pensaba hacerle caso, le coqueteaba para obtener ciertas ventajas laborales. Cuando se lo dije a Pilar, se encabronó. Opinó que eran celos y envidia de mi parte y que era demasiado estúpida como para entender a una mujer de su categoría, y que, ultimadamente, Meche valía eso y cualquier otra ventaja laboral. Me volví a sa-

lir; pero entonces ya no me fui de reventón; me fui a casa de mis jefes durante cinco días y Pilar ni me buscó ni nada. Cuando regresé, me la encontré bien encabronada, bien déspota. Me había comprobado que ella siempre saldría ganando. Se me quedó mirando con odio cuando abrí la puerta y me dijo que ni entrara, que ya no me quería en su casa. Yo me puse histérica y a gritarle que era una cabrona, autoritaria, desgraciada e injusta, y que solo me había utilizado mientras me había necesitado, y que ahora no le hacía falta porque pensaba que Meche le iba a hacer caso; pero que no se daba cuenta de que Meche no era más que una buga hipócrita que solamente se estaba valiendo de su amistad. Meche, ¡la Meche!, ¡la maldita Meche!

—No des un paso más —me dijo en seco y recordé a mi padre—; si vas a entrar en esta casa, te vas a sujetar a las reglas.

Yo no hablaba, lloraba con llanto grosero y me mesaba los cabellos como en las tragedias griegas que leía en la preparatoria. Su voz sonaba dura, microfoneada igual que en las patrullas.

—¡Si no me aceptas, me mato! —grité desesperada—; me aviento ahorita mismo desde el balcón, porque no podría vivir sin ti.

—Estás loca —me dijo con desprecio—, solo quieres chantajearme porque eres una inútil y no tienes quien te mantenga. ¡Si quisieras morirte, ya te habrías muerto desde cuándo!

Corrí al balcón. Pilar salió detrás de mí. Yo seguía llorando como histérica y traté de lanzarme hasta que no pude vencer la fuerza de Pilar y me aflojé a su voluntad.

—Claro que yo no quiero a Meche —me decía con ternura—, solo te quiero a ti.

Y yo no sabía si lo decía en serio o solo para evitar que me lanzara; pero desde entonces me gustó la idea, desde entonces no he podido quitármela de la cabeza y, como te decía al principio, ya lo he intentado varias veces.

Otra canción de José José dice: “Amiga, hay que ver cómo es el amor,/ que vuelve a quien lo toma gavilán o paloma;/ pobre tonto, perfecto charlatán,/ que fui paloma, por querer ser gavilán”, y eso fue lo que me pasó a mí, que fui paloma por querer ser gavilán, y esa vez, esa tercera vez, me salí de la casa para que Pilar me buscara y se diera cuenta de que no me había ido ni al talón ni a los separos; pero de nada me valió, porque ni se dio cuenta ni me pidió explicaciones, y cuando traté de dárselas, dijo que no le interesaba saberlo, que todo sería borrón y cuenta nueva, y que todo empezaba para nosotras: como si acabáramos de nacer. Al principio acepté de pendeja y lo tomé como una muy buena onda, porque no me di cuenta en ese momento de las consecuencias; pero, ¿sabes?, fue lo más horrible que pudo sucederme, porque entonces yo existía a partir de que la conocía en ese preciso momento, y todo pensamiento anterior no tenía sentido ni validez. Yo tenía que fingir, o pretender, que acababa de nacer efectivamente, y cada vez que trataba de mencionar algo que se relacionara con mi pasado, Pilar volteaba toda cariñosa y me decía que me callara con el dedo en la boca, y que nada de eso tenía importancia; que lo único verdadero era que estábamos allí, la una para la otra, mirándonos y sirviéndonos. ¿Te das cuenta? Y entonces ya

no quedaba nada por decir; ya no había recuerdos ni para bien ni para mal porque, según ella, íbamos a empezar una vida nueva, diferente, sin resentimientos ni rencores. Pero, obviamente, éstos aumentaron, pues yo me quedaba con las cosas atoradas en la garganta y desde ahí empezó a dolerme la boca del estómago. Pilar se largaba a su trabajo y yo me quedaba sola en la casa tragándome las dudas y los recuerdos y los sentimientos que se detenían por las mañanas al irse Pilar. La soledad empezó a convertirse en mi musa, mi macabra musa, y empecé a darle vueltas a la idea de suicidarme para hacerla sufrir. Porque no aparentaba sentir nada, ¿sabes? Ante mí ella actuaba como si efectivamente acabara de conocerme y no supiera nada de mi antigua existencia. Por eso es que al principio te decía que Pilar está loca, ¿te das cuenta?, loca de remate: vives con una persona durante año y medio, y luego finges no saber nada de ella. Cuando menos, al conocer a una persona le preguntas sobre su vida; pero Pilar, nada; aunque, según esto, acababa de conocerme, no preguntaba nada sobre mi vida, ni siquiera para inventármela, porque yo “acababa de nacer”. Ella no, pero yo sí. ¿Ves? Era lo mejor: porque ella sí tenía una vida intachable que merecía la pena ser recordada. La mía no; mi pasado era tan negro que no podía uno asomarse a él porque no se veía nada. Lo peor de todo es que hasta a mí me hizo sentirlo así, y yo trataba de complacerla y demostrarle que podía realmente comportarme “decentemente”, o como ella suponía que debía hacerlo.

Después de algunos meses, cuando pasé la prueba de fuego, a Pilar se le ocurrió la flamante idea de que lo que necesitábamos para que yo no me sintiera tan sola y fuéramos enteramente felices era un hijo. Pero como

Pilar no tenía semen y no estaba dispuesta a adoptarlo, lo ideal era que yo me embarazara de su hermano —que “genéticamente era lo más cercano y parecido” a ella—, y así no dudaría de si era o no su hijo, ni andaría pensando en que le había puesto los cuernos con cualquier cabrón. Al principio acepté sumisa y hasta con gusto; pero después empecé a tener mis dudas. Por una parte su hermano era el último hombre con el que a mí se me habría ocurrido acostarme y, por la otra, me daba un poco de hueva embarazarme. Sin embargo, ¿quién era yo para decidir? ¡Si hay algo que me dé más flojera es eso, y siempre termino haciendo las cosas tal y como me las ordenan! De esa manera, el hermano de Pilar se vino a vivir un tiempo con nosotras durante sus vacaciones de la universidad. Realmente, como no me gustaba, le sacaba la vuelta todo lo que podía. Era una situación, ¿cómo te diré?, como la de la chava de *Rosemary's Baby*, porque Pilar actuaba igual que el marido de la Mia Farrow, escabulléndose todo el tiempo, pero a la vez vigilante, esperando que su hermano cumpliera con su función de semental.

Una noche, salimos los tres a cenar y nos encontramos a Pedro en La Copa de Leche. Pilar y su hermano solo vigilaban mi comportamiento al saludarlo, buscando un indicio que les dijera si había sido mi amante, mi amigo o qué. Cuando el hermano de Pilar me lo preguntó, contesté que ¡no, acaso, acababa yo de nacer! A Pilar, obviamente, no le gustó mi respuesta y su hermano no entendió ni jota, pero sí me pidió que le mostrara la tarjeta de presentación que acababa de darme Pedro.

Pasaron los días sin que yo mostrara el más mínimo interés por acostarme con el hermano de Pilar, y ésta empezó a ponerse neurótica y a chantajearme con que

no la amaba y a cantarme la cancioncita esa de que la estaba utilizando y que solo quería que me mantuviera, y que su hermano ya se tendría que ir. Por fin, tres días antes de su partida, terminé haciendo el amor con él, y luego, por aquello de las dudas, le seguimos los días siguientes porque él ya no podría regresar. Pues bien, el hermano se fue y yo me quedé picada. Las primeras noches no lo extrañé porque en realidad estaba agotadísima; pero después de unos días empecé a sentir el vacío y no me conformaba con Pilar y hasta llegué a pensar en hablarle a Pedro. Quince días después, nos dimos cuenta de que no me había embarazado.

Las semanas pasaron rápidas y lentas a la vez. La casa cada día se volvía más pequeña y empecé a hablar sola; a pedirle a la Plaza de las Tres Culturas que subiera a darle amplitud a mi cuarto. Pilar me encerraba todo el día porque se daba cuenta de la vacuidad en la que había quedado después de hacer el amor con su hermano. Yo hablaba de suicidio y Pilar de la frustración porque no le daba un hijo, y a verme como a una inútil que había desperdiciado tanto tiempo mientras su hermano estuvo aquí. De repente, me celaba y azotaba la puerta y me encerraba y se iba quién sabe adónde ni con quién, y regresaba borracha en la madrugada. Yo empecé a buscar la manera de escaparme mientras Pilar se iba a trabajar, y descubrí que una de las ventanas de la sala daba hasta el pasillo del elevador, y cuando Pilar se despedía por las mañanas, yo me escapaba sin que se diera cuenta. A Pedro lo vi varias veces hasta que Pilar me cachó en el estacionamiento. Nunca la había visto tan furiosa. Yo le dije que la culpa era de ella por quererme tener todo el tiempo encerrada. Al día siguiente, a pesar de que me dejó la puerta abierta, no

me atreví a salir; el temor de ser encontrada me asfixiaba y empecé a ponerme paranoica, como si Pilar fuera a aparecer frente a mí en cualquier momento y fuera a suceder lo inconcebible. Empecé a sentir miedo hacia Pilar. Al principio me daban risa sus actitudes; pero en ese momento me daban pavor. Su obsesión por dominarme y olvidarse aparentemente de mi pasado me daban, te repito, muchísimo miedo. Y su obsesión porque tuviéramos un hijo me parecía diabólica, enferma y morbosa. De momento, llegué a pensar que solo se trataba de un pretexto para el chantaje, y que Pilar en realidad no había olvidado nunca mi pasado y solo actuaba para hacérmelo creer y poder vengarse de mí. ¿Y qué mejor manera de hacerlo, sino subyugándome con el embarazo y el encierro? Me sentí atrapada: Pilar sabía que no podía vivir sin ella y estaba aprovechándose de ello. Mi pánico aumentó cuando Pedro empezó a llamarme por teléfono para preguntar por qué no había vuelto a buscarlo; la idea de que Pilar llegara y me encontrara hablando con él, o de que Pedro hablara cuando ella estuviera en la casa, empezó a martirizarme, y cada vez que el teléfono timbraba, yo temblaba de miedo. Pedro siguió hablando a pesar de que le dije varias veces que ya no me interesaba salir con él. Pero tú sabes cómo son los hombres de tercicos. Parece como si se picaran más cuando los rechazas. No te pelan durante mucho tiempo y te tratan mal, y cuando no les haces caso, insisten. Es como una actitud de revanchismo: luego te convencen y es entonces cuando ellos te dan el ramalazo; cuando ellos te cortan a la brava para desquitarse de todos tus desprecios, para demostrarte que son ellos a quienes les corresponde decidir hasta cuándo duran las cosas, hasta dónde puedes actuar y hasta dónde no.

En ese sentido, Pedro y Pilar se parecían. No sé si Pedro llegó a olérselas sobre mi relación con Pilar; pero empezó a llamar a todas horas preguntándome por ella, insistiéndome en hablarle. Afortunadamente, por un lado, Pilar llegaba, como te dije hace rato, tarde, muy tarde, y generalmente borracha, maldiciéndome por lo del hijo. Y caía en la cama como idiota. Otras veces llegaba muy violenta y tiraba los objetos al piso y escupía en la alfombra y hasta quiso pegarme. Mi pánico aumentó cuando empecé a sospechar que ahora sí estaba embarazada, porque entonces ella se daría cuenta de mi traición. Yo, además, no quería tener ningún hijo; ¡si con trabajos me soportaba a mí misma y a Pilar! Por otra parte, si era ella quien lo quería, ¿por qué no se embarazaba ella? Fue entonces cuando decidí definitivamente suicidarme y me tragué un frasco completo de aspirinas; pero Pilar regresó al departamento ese día por unos papeles y me encontró toda dompeada y me metió al baño y me hizo vomitarlas. ¡Me pareció todo tan absurdo!; eso solamente sucede en las películas; ¡solamente en las películas se dan las casualidades! ¿Te das cuenta? ¿Por qué nunca me podría salir nada bien?, me preguntaba. ¿Por qué yo tendría que sobrevivir?: ¿para que ella se diera cuenta de mi felonía? ¿Por qué no sería ella la que quedara como la cabrona? Lo peor de todo sucedió entonces: con mi intento de suicidio envenené al feto y a los tres días se me vino la hemorragia y Pilar se dio cuenta de todo. En realidad no me importa ya lo que haya pensado ni lo que haya sucedido cuando se enfrentaron ella y Pedro; yo solo le hice saber que ella era la culpable de todo por su actitud machista. Porque te digo que es un macho. Y bueno, tal vez por eso me guste, ya ves cómo somos de masocas las mujeres.

Para no hacerte el cuento largo, mi relación con Pilar no cambió mucho. Alguna vez llegamos a viajar juntas después de que salí del hospital; pero en general la veo poco; cada vez menos. Nuestras broncas siguen siendo las mismas: cuando salimos con las amigas nos seguimos haciendo las mismas escenitas de celos, aunque nos demos cuenta de que ya quiere deshacerse de mí, y todo se ha convertido en una lucha por ver quién domina a quién. Yo a veces no sé si quiero seguir con ella o no; pero en general me doy cuenta de que sigo aquí porque tengo ganas de chingarla; de cobrarme todas las que me ha hecho y sigue haciéndome; porque ni siquiera tendría adónde ir, y finalmente, esta es mi casa. Así me lo hizo saber ella cuando se apoderó de mí; así me educó desde un principio para que no me le fuera; para asegurarse de que me tendría aquí, como uno más de sus bellos y lustrosos muebles, esperándola y sirviéndola y desvestiéndola cuando llega borracha por las madrugadas y acostándola y mirándola dormir...

## *Señora Nina*

*Para la Carlolina*

— **L**os actores no son otra cosa sino títeres, ¡entiéndelo, Nina, me vale madre si les da calor con los trajes o no! Tú acolchónales las piezas con confianza, sobre todo las mangas. ¡Lo mejor de la obra va a ser el vestuario! ¿Te das cuenta? Vamos a figurar en todos los periódicos cuando se hable de su realización; así que olvídate de los actores y haz lo que yo te digo. Ellos tendrán que ponerse lo que yo decida. Se trata de mantener la estética y no la comodidad de los actores. ¿Cuándo has visto un vestido de novia fino y, a la vez, cómodo? ¿O de reina...? Las novias siempre se quejan de que no pueden ni abrazar a sus invitados; pero..., ¿cuándo has visto tú a una reina abrazando a su corte? ¡Ellos!, ¡son ellos quienes la abrazan a ella! Pero..., ¿qué estoy diciendo?, ¡si ni siquiera la abrazan: la saludan besándole la mano!, o con una leve inclinación indicando respeto. ¿Por qué crees que andan siempre rígidas y sin poderse mover?, ¿no te has dado cuenta de que, cuando quieren voltear la cabeza, tienen que voltearse completas, con todo y el tronco? ¡La estética siempre está por encima de todo! ¡La comodidad nunca se toma en cuenta en estos casos, Nina, sobre todo, si se trata de actuar! Y la actuación nunca ha sido un pri-

vilegio... ¡En fin...!, ¿qué sabes tú de teatro?: nada, no sabes nada. ¿Qué puede saber una modistilla sobre teatro? Si seré bobo. Bueno, tú sigue cosiendo y no te preocupes por los actores: aquí mando yo.

—Dígame qué tanto algodón le pongo a esta manga, señor Ron. Sólo deme un ejemplo para poder guiarme con las demás piezas.

—¿Es que no tienes imaginación? ¡A ver, tráeme el rollo de algodón!

—Sí, sí, señor.

—No, ¡no me lo des, bruta!, me vas a llenar de pelusa; sólo acércalo para poderlo ver. Bueno..., ponle dos tantos.

—¿Cómo “dos tantos”, señor?

—Sí, dos tantos, Nina... No me digas que..., en fin, a ver, acércamelos más. No, Dios mío, no, creo que voy a tener que levantarme. A ver, ven, querida Nina, pon aquí tu rollo de algodón. Ahora, dame el molde de la manga... Bien, Nina, vas muy bien.

—Me da gusto complacerlo, señor.

—Gracias, Nina, así me gusta. Ahora, estira el algodón sobre la mesa. Muy bien. Ahora, dóblalo a la mitad y pon el molde encima. Bien, Nina, muy bien. Ahora, préndelo con alfileres y: ¡córtalos!

—Sí, señor.

—Muy bien Nina, repite todos los movimientos.

—¿Cómo “todos los movimientos”, señor?, si no estoy tonta.

—Entonces, para qué me preguntas que cómo “todos los movimientos”, ¡claro que es obvio que estiras el algodón, lo doblas a la mitad, pones el molde de la manga sobre el algodón, lo prendes con alfileres y cortas! ¿Acaso no es obvio eso?

—Sí, sí, señor, sí, discúlpeme, lo que pasa es que estoy

un poco nerviosa, ¿sabe?, tengo al niño muy enfermo y..., después, ¿qué hago?

—¿Cómo que qué haces?, ¡no es posible, no es posible...! Contesta el teléfono. ¡No!, tú sigue con tu trabajo, yo contesto.

—Sí, señor.

—¿Bueno?, Catalina, mi amor, ¿cómo estás...? ¡Claro que sí!, mi vida, aquí te espero. ¡Adiós...! Bueno, Nina, ¡en qué estábamos? ¡Ah, sí! Bueno, ahorita te reviso las mangas..., ¿en dónde dejé la llave de mi escritorio?, tengo hambre. “Fue en un cabaré, donde te encontré bailando...” ¡Aquí está!, larilalilá, larilalilá, “vuelve allí cabaretera, vuelve a ser la que antes eras...” ¿Qué me miras? Sigue trabajando, esta manzana es mía, Nina, que no se te antoje porque se me va a caer, Nina, o me va a hacer daño.

—Es que..., ya son las cuatro, señor, y no he salido a comer.

—¿Cómo?, ¿es que tú también comes, Nina? Ja, ja, ja... ¡Estás muy lenta! ¡Termina con tu trabajo! De perdida las mangas por hoy.

—Pero, señor, cada manga se llevará, ¡mínimo!, tres horas.

—¡No me importa! ¡Yo no tengo la culpa de que seas tan lenta! Yo no te dije que te tardaras tanto.

—Es que...

—Es que nada, Nina.

—Señor...

—Dime, Nina.

—Quería pedirle un favor.

—Dime, Nina, dime; tú sabes que yo siempre he tratado de ayudarte.

—Bueno, señor, quería ver si es posible que me pague lo que me debe.

—¡Qué!, pero..., ¿no te das cuenta de que no tengo dinero, Nina? Eres una desconsiderada. ¿No viste que tuve que pagar la luz y la renta? ¿De dónde quieres que saque dinero ahorita?

—Bueno, señor, es que yo creía que..., bueno, más bien: usted me dijo que me iba a pagar el día veinte y ya es veinticinco.

—¿Cuándo te dije que te iba a pagar el día veinte?, te dije que en la quincena, Nina, y apenas es veinticinco.

—Bueno, señor, es que yo creí...

—Pues no andes creyendo, Nina. Cuando tenga dinero, yo te voy a pagar sin que tú me lo cobres. ¿Cuándo te he quedado a deber?, ¿eh?, a ver, ¿cuándo?

—Pues, es que siempre me debe, señor, pero ahora...

—¿Cómo que siempre te debo? Pero si toda la vida me andas sacando dinero.

—El mío, señor, además, tengo al niño enfermo y...

—Mira, Nina, no me vengas con chantajes.

—No, señor, no es chantaje...

—Sí, Nina, eso se llama chantaje. ¡Guárdate tus chantajes, Nina! Si no te gusta el trabajo, no tienes por qué seguir viniendo. Sobra quien me cosa.

—Bueno, señor, yo sólo quería...

—Sí, eso, chantajearme y nada más. Bueno, y, ¿cuánto te debo?

—Tres quincenas, señor.

—¿Qué?, ¡estás loca! ¿Qué te pasa, Nina? Ahora resulta que te debo tres quincenas. ¡Eres el derroche! No conforme con chantajearme con tu niño enfermo, ahora me quieres sacar tres quincenas. ¡Olvídate si crees que te voy a pagar todo eso!

—Pero, señor...

—¡Sigue con tu trabajo y no me molestes más!, me va a hacer daño la manzana. Mi novia va a llegar de un momento a otro y me va a encontrar de mal humor por tu culpa. Eres una desconsiderada y una malagradecida, Nina. Si no fuera por mí, estarías en la calle.

—Bueno, señor, no es que sea desconsiderada ni malagradecida, simplemente, necesito el dinero. Además de que no es justo que siempre me pague mi sueldo atrasado...

—Pero si tú eres mujer, Nina, ¿para qué necesitas dinero?

—Señor, ya le dije que mi niño está...

—Sí, sí, Nina, ya me lo dijiste una vez y con eso basta. ¡Con una vez que me lo digas es más que suficiente!, ¿entiendes?, no estoy sordo, ni tarado como tú crees. No en balde soy el mejor modisto de la ciudad, ¡y uno de los mejores del mundo! Mira que no es cualquier cosa trabajar conmigo, Nina, ¡sábelo!

—¡Claro que lo sé, señor!, si no cualquiera lo aguanta.

—¿Qué dices?

—Nada, señor, que si me va a pagar o no.

—Sigue trabajando, Nina, si quieres que te pague... Tú no sólo quieres chantajearme y engañarme, sino robarme. Andas muy altanera el día de hoy.

—¡No, señor, yo...!

—Sigue con tu trabajo, pues..., ya veré qué se me ocurre.

—Se le ocurre de qué, señor.

—Pues, de lo de tu pago, Nina.

—Ya están cortados los algodones, señor.

—Bien, ahora préndele a cada manga dos piezas de algodón e hilvánelas por las orillas y el centro; luego, vas a coser en la máquina sobre los dibujos de la tela para hacer el acolchado.

—Insisto en que van a quedar demasiado gruesas, señor.

—No me interesa que insistas, Nina.

—Sí, señor.

—Bueno, Nina, y, ¿qué tiene tu niño, eh?, ya me pusiste a pensar.

—No sé, señor, desde ayer tiene mucha calentura; pero no lo he podido llevar al médico porque no tengo di...

—¡Sólo te pregunté qué tiene tu niño! No me quieras hacer sentir culpable.

—No, señor, yo...

—Bueno, bueno, ¿y cómo está eso de que desde ayer tiene calentura y no lo has llevado a un médico, eh? Eres una madre desnaturalizada: la calentura es bien peligrosa; sobre todo, en temperaturas muy elevadas y prolongadas. Es tan peligrosa que no sólo mata las neuronas, sino que puede producir meningitis, Nina. Pero..., ¿qué sabes tú de eso? ¡Por algo no lo has llevado al médico! Si yo fuera tú, yo ya habría hecho algo.

—Es que no tengo nada de dinero, señor Ron, usted siempre me paga con tres quincenas de atraso..

—Pues haz algo, Nina, has algo. No puedes dejar a tu niño morir por una irresponsabilidad. Si yo fuera tú, ya me habría ido a una esquina o habría hecho cualquier cosa; pero ya hubiera llevado a mi hijo al médico.

—Pues sí, señor, pero si yo tengo trabajo, no sé por qué tendría que irme a una esquina.

—¡Ah!, ahora yo tengo la culpa de que no tengas dinero. ¡Ahorra, Nina!, ¡ahorra para las emergencias como ésta! Tú tienes la culpa por ser tan irresponsable. Si fueras cuidadosa con tu niño, no se te habría enfermado.

—Es que también lo recojo bien tarde, señor...

—Bueno, ya está bien; ya déjame en paz que no tarda en llegar Catalina. Apúrate con esas mangas.

—Sí, señor.

—¡Ron!, ¡mi amor, mi vida!, perdona que tardara tanto; pero es que había un tráfico terrible.

—No te preocupes, Catalina, si yo no tuviera otra cosa que hacer, sino esperarte, quizás me enojaría; pero no, no te preocupes. Afortunadamente, tengo mucho trabajo y puedo estar sin pensar en ti.

—¡Ay, mi amor!, no seas rencoroso. ¿Estás enojado? No te enfades conmigo, mi vida.

—Déjame la cara, Catalina, ya sabes que no me gusta que me toquen cuando estoy enojado.

—No te enojés, mi cielo, no seas así conmigo.

—No, no, discúlpame, Catalina, es que Nina me ha hecho enfurecer. No te sientas culpable, en realidad, no fuiste tú.

—Pero..., ¿cómo que Nina te ha hecho enfurecer? ¿Qué le hiciste a mi Ron, Nina?

—Yo nada, señora.

—¡Nina!, ya te he dicho que no le digas “señora” a Catalina. Bueno, en realidad, ella no me ha hecho nada a mí; pero me saca de onda que sea tan irresponsable. ¿Qué crees?

—¿Qué?

—Que desde ayer tiene a su hijo con fiebre y es hora que no lo ha llevado al médico.

—¡Pero eso hace enojar a cualquiera! Pero, mujer..., ¿cómo puedes...? No es posible que estés allí tan campanante cosiendo..., ¿qué esperas para ir a buscar un médico?

—No tengo dinero, señora.

—¡Nina!, ¡sé más respetuosa: ya te he dicho que no le digas así a mi novia! ¿Ves, mi amor, cómo no me voy a enojar con ella si es una altanera?

—No te preocupes, Ron, a mí no me molesta que me diga “señora”, en realidad, ya no soy ninguna niña.

—¿Lo ve?

—Bueno, Nina, ¿cuánto necesitas?, a ver, dile a mi Ron cuánto necesitas para que te preste algo.

—No sé.

—Pero cómo no vas a saber. Algo deben cobrar los médicos de tu colonia, ¿no?

—Sí, señora.

—Te he dicho que no le digas “señora” a Catalina.

—Perdón, *señorita*.

—¿Ya ves, Catalina?, ahora te lo dice con tono de reproche; si yo no sé por qué nos preocupamos por ella, esto es lo único que sacamos por ocuparnos de su hijo. ¡Y luego se quejan de la sociedad! ¡Luego andan diciendo que los patrones somos unos malvados explotadores!; ¡luego, con eso justifican su resentimiento social!

—No, señor, discúlpeme. Lo que pasa es que estoy muy nerviosa por lo del niño y en ocasiones no me escucho cuando hablo.

—Sí, sí, Nina, te disculpamos. Mira, te voy a dar lo de una quincena de tu sueldo. ¿En dónde dejé la llave de mi escritorio?

—En la bolsa de su pantalón, señor.

—Qué bien te fijaste, Nina. Bueno, gracias. A ver, vamos a ver... Toma, Nina, aquí tienes lo de una quincena.

—Gracias, señor..., pero, ¡solo me está dando diez mil!

—¿Cómo que “solo”?

—¡Quedamos en que iban a ser quince mil desde el mes pasado! Además, ahorita tiene usted mucho dinero, y bien me podría pagar las tres quincenas que me debe.

—¿Cómo que tres quincenas? Además, este dinero lo necesito para comprar el material que falta para la

obra de teatro. ¿Cómo crees que te podré dar trabajo, entonces? ¡Ay, Catalina!, ¿te das cuenta? Dime si no es una malagradecida. ¡Después de que me preocupo por ella, que le doy trabajo y todavía le pago, ahora me sale con que son tres quincenas las que le debo, y con que son quince mil por cada una, y con que tengo dinero suficiente como para pagarle todo. ¡Contéstame!, ¡contéstame si no es una malagradecida! ¿Qué se puede hacer con una persona así? ¡Fíjate, nada más, el tono con el que me habla: exigiéndome después de que le estoy haciendo el favor!

—¡Ay, querido Ron!, eso nos pasa por considerados, si ya sabemos que la gente así es...

—¡Ay de mí!

—Ya, ya, pues, discúlpeme. Entonces, ¿cuánto me va a pagar, finalmente?

—Luego hablamos de eso, Nina. Termina tus mangas para que te vayas a ver al médico con tu hijo. Vámonos de aquí, Catalina, vámonos de aquí...

—¡Estoy harta...! ¡Harta!, ¡y otra vez esta náusea abominable por el cansancio; este tedio espantoso hacia el trabajo!, que sí, para muchos es muy creativo, sí, pero sin un fin en sí o un gusto determinado. Coser y coser, sin parar durante el día, las enormes telas que al señor se le ocurre que podrán ser muy bellas sobre el cuerpo de los actores, quienes tendrán que parecer muñecos porque así se le ocurrió a Él; o bordar y bordar perlititas en un encaje o un chantillí de Francia, ¿para qué?, para que una linda muchachita se pavonee desde el altar frente a una bola de imbéciles, que la mirarán extasiados pensando en los miles de pesos que invirtió solamente en las perlititas, sin contar con el encaje. Encajar-

selo debían. Meter cinco, diez o quince perlas en cada una de las flores, según el bolsillo o la cursilería de la novia, o extender la tela a la medida exacta de diez o treinta pliegues, porque el actor tendrá que girar sobre sí mismo, y veinticinco le podrían hacer perder el equilibrio... ¡Estoy harta! Y todo para qué..., para que yo termine en la madrugada, con la espalda deshecha, cansadísima, con los ojos ardiendo y completamente idiota, y que, además, nunca tenga un quinto porque el señor Ron "no tiene para pagarme". "¡Ay, Nina!, ¿cómo quieres que te pague si tengo muchos gastos? ¿No ves que tengo que comprar muchas telas y encajes y todo lo demás? ¿Cómo te voy a dar trabajo, entonces?" Y luego cree que con decirme que vamos a aparecer en todos los periódicos, me voy a conformar. ¡Si estará loco! ¿De qué me sirve a mí salir en todos los periódicos, si mi hijo y yo nos estamos muriendo de hambre? ¡Además, nunca vamos a salir en los periódicos...!, cuando menos, yo no. "¡Ay, Nina!, pero tú para qué necesitas dinero si eres mujer. ¡Eres una madre desconsiderada, Nina!", digo, "desnaturalizada", que es peor. "Si yo fuera tú, ya me habría ido a una esquina." ¡Ja!, ¿por qué no me paga si tiene dinero, a ver, por qué no me paga? "¡Nina!, no te das cuenta de que tengo muchos gastos?" ¡Uf!, ya no puedo más, estoy rendida. Además, eso de tener que pasar por imbécil todo el tiempo para mantenerlo contento me tiene harta. Nunca acepta ningún comentario o sugerencia mía, y, si lo hace, nunca lo reconoce. Estoy enfadada de tener que ser la bruta todo el tiempo para que el señor no se moleste... ¡En fin!, si ya tengo dinero, ¿qué hago aquí? Ahora sí que se me está pegando lo bruta. ¡Si serás tonta, Nina, si serás tonta!: ¿qué esperas que no te has ido?

—¿Cómo?, ¡no está y no terminó las mangas! ¿Ves, ves?, eso me pasa por pendejo; mira las mangas en dónde están. No conforme con no terminarlas, las aventó al suelo. Eso lo hizo para ofenderme, ¿te das cuenta?, ¿te das cuenta? Y todo por hacerte caso y darle dinero.

—¡Ah, no!, ahora no me vas a echar la culpa a mí.

—¿Cómo que no? Estás viendo que la señora no quiere trabajar y pone de pretexto a su hijo enfermo para largarse sin terminar de coser. ¡Si antes de que tú llegaras yo ya le había dicho que no le iba a dar nada hasta la quincena; pero a ti, con tantito que te chantajeen, te sacan lo que quieren. No sirves para mi esposa, Catalina.

—¡Ay, Ron! ¡Perdóname, mi amor!, yo no pensé...

—Pero si ya sabemos que tú nunca piensas, mi vida. ¡Tú no pensaste! ¿Cómo se te ocurre creer que en realidad tiene al niño enfermo? Lo que pasa es que Nina se ha vuelto muy floja y ya no quiere trabajar como antes. Desde hace tiempo que me quiere agarrar la medida; ¡pero está equivocada!, porque yo no se lo voy a permitir. Vas a ver mañana cómo la pongo...

—¿...?

—...le voy a recordar todo lo que he hecho por ella. Vas a ver. Y si no la pongo de puntitas en la calle es porque..., porque sería su ruina y no pretendo eso.

—Ya no te enojas conmigo, Ron, mi vida, te juro que no me vuelve a suceder.

—Eso espero.

—¡Oye!; pero si yo nunca te dije que le dieras el dinero. Fue idea tuya el hacerlo.

—¡Ah!, ahora resulta que estoy loco, Catalina, ya estás igual que ella pidiéndome que le pague tres quincenas.

Ahora me vas a echar la culpa a mí porque le pagué. A poco crees que no vi tu mirada recriminadora cuando empezó a decirte..., más bien, a acusarme porque no le había pagado.

—No, no, mi amor, no te enojés; si yo no te estaba echando la culpa de nada.

—Bueno, Catalina, no nos vamos a pasar toda la vida peleándonos por culpa de esa floja. Déjame sacar más dinero para irnos a bailar. Hay que bajar la cena.

—¡Ay, sí, mi vida, cené tanto! Me encanta como cocinan en ese restaurante: la langosta y el abulón son de lo más delicioso. Deberíamos ir más seguido, mi cielo.

—Cuando tú quieras, cariño; cuando tú quieras.

—¡Ay, Ron!, mi amor, cómo te quiero; tú siempre tan atento, tan caballeroso, tan preocupado. Me tratas como a una reina.

—Eres una reina.

—¡Ay, Ron!

—Vas a ver, cuando nos casemos, tendrás todo esto y mucho más. Tu vestido va a ser el mejor de todos los que se han hecho en el siglo veinte. Vas a ver, vas a parecer una muñeca.

—¡Ay, no, muñeca no!

—Pero..., ¿por qué no?

—Estoy harta de las muñecas, mi vida. Desde niña parezco muñeca. Mi madre siempre me vestía igual a ellas; ¡con decirte que nos hacía la ropa igual!

—Bueno, mi cielo, entonces te vestiré como hada.

—No, no, tampoco me gustaría como hada.

—Entonces, ¿qué te parecería un vestido de flor de azahar?

—¿Y, qué es eso?

—Nada, Catalina, olvídalo, ¡vámonos a bailar!

—¿Se puede saber por qué te fuiste ayer sin terminar las mangas?

—¡Ay, señor Ron!, ¡es que ya era tardísimo y el niño me tenía preocupada!, y, en efecto, cuando llegué, lo encontré ardiendo en calentura.

—Otra vez lo del niño, Nina; por qué no me hablas de frente y aceptas que no tenías ganas de seguirle, que ya no te gusta mi trabajo, que ya...

—No, señor Ron, no diga eso, es en serio lo del niño. Si no me cree, pregúntele al doctor. Si hasta él me regañó por no habérselo llevado antes. Creyó que eran mentiras lo del dinero; pensó que lo estaba chantajeando para no pagarle.

—¡Ah!, así que ahora hasta el médico se tiene que enterar de que no tengo dinero. Todos han de pensar que soy un muerto de hambre, Nina. ¿Qué necesidad tenías de decirle a todo el mundo que no te había pagado? ¡A ver, a ver, dímelo!

—Discúlpeme, señor Ron, no era mi intención...

—Prométeme que no volverá a suceder, Nina.

—Se lo prometo, señor.

—Bueno, ¿y qué tenía tu hijo que se hizo tanto escándalo?

—Anginas, señor.

—¿Anginas?, ¿y por eso tanto irigote?

—Sí, señor. Dice el médico que si no lo hubiera llevado ayer, se me habría deshidratado por la temperatura y la diarrea; ¡si le digo que hasta me regañó!

—¿Y quién es él para regañarte, Nina? ¿Te mantiene, acaso?, ¿te da trabajo? Le hubieras dicho que te mantuviera para que pudieras darle explicaciones. Luego lo quieren tratar a uno como si fueran nuestros padres, y

más a ti por ser mujer, Nina. No te dejes, no te dejes de los demás. Tú contéstales con energía, Nina; no permitas que te regañen.

—Sí, señor, así lo haré.

—Bueno, Nina, olvidemos el asunto y vamos a ponernos a trabajar, si no, no vamos a terminar nunca y solo nos queda un mes para entregar el vestuario.

—¡Un mes! ¿Ya qué horas piensan que vamos a terminar?

—Por eso te lo digo, Nina, porque tenemos que darle duro.

—¿Y por qué no contrata más gente, señor?

—¿Estás loca? ¿no te das cuenta de que ya no hay dinero? Tendremos que darle entre los dos.

—Pero..., si de todos modos usted nunca hace nada, señor, se la pasa tirado en el cheislón viéndome coser y gritándome.

—¡Oye, Nina!, ¿qué te pasa?, yo necesito dirigirte. Imagínate si yo me pusiera a coser, ¿a qué horas pensaría cómo hacer los trajes; cómo conseguir telas y adornos más baratos? Yo necesito concentrarme y pensar. Mi imaginación nunca está sin trabajar. ¿Cómo crees que estaría el mundo si no hubiera quienes pensáramos? Si todos trabajaran con las manos, estaríamos en el atraso más absoluto, Nina: no habría inventos, no habría ciencia, no habría arte...

—Entonces...

—¿Qué, Nina? Dime.

—Entonces, lo voy a hacer todo yo sola.

—¡Claro que no! Yo te voy a ayudar en lo que se pueda. No todo lo vas a tener que hacer tú sola... Oye, Nina, a propósito de pensar..., ¿cómo crees que sería bueno hacer el vestido de la princesa?

—¿Cuál de todos, señor?

—¿Cómo que cuál de todos? Pues el de la princesa, Nina.

—Usted dijo que iban a ser varios, creo que dijo tres.

—¡Claro, Nina!; pero es obvio que si te pregunto cómo hacerle el vestido a la princesa, se entiende que el principal. Los demás no me interesan ahorita, esos serán comunes y corrientes, sencillos, como cualquier vestido de princesa. ¡Pero el efectivo tiene que ser algo excepcional, magistral, señorial, algo...!, ¿cómo describirlo?, quizás más bellos que el de la reina Crimilda cuando se casó con Sigfrido.

—Pero eso le va a salir muy caro, señor, ¿no me platicaba usted que el de la reina Crimilda le había salido carísimo?

—¡Ay, Nina...!; pero, ¿qué puedes saber tú de eso? Si yo no sé por qué te hablo de esas cosas..., pero, ¡en fin!, un vestido no tiene por qué salir muy caro. No es necesario invertir en él como si fuera un vestido de verdad. Se trata de camuflagear desde el escenario, y para eso, no hay necesidad de invertir en telas, ni muy caras ni muy finas. El caso es que sea espectacular; con un buen diseño y una muy buena hechura. No necesitamos meterle ni muchas piedras ni muchas lentejuelas ni nada de eso. Podríamos...

—¡Claro, señor, podría hacerle un dibujo!

—¡Ay, Nina!, pero, ¿cómo se te puede ocurrir eso?

—Pues podría pintarlo como si fuera un óleo. ¡Ya sé!: ¡como los de los terciopelos de la avenida Revolución!

—¡Ay, Nina!; pero, ¿qué te pasa?: esas pinturas son chafisimas y se ven por donde quiera. Es más, es lo que compran los gringos como obras de arte.

—Sí señor, pero es que de lejos, dan el gatazo. La idea sirve. Mire: el terciopelo requiere de muy poca pintura, y si utilizáramos dorado con azul rey sobre negro o guinda, podríamos obtener un buen efecto. Ya verá, usted

confíe en mí. Incluso, hasta un rojo le quedaría bien. Además, no se trata de hacer un cuadro o un gobelino, sino de dar el efecto de un brocado o, ¿por qué no?, de un gobelino muy fino, y con su trabajo, subiría mucho de precio. También podríamos tratar de dar la idea de un tapete persa o un diseño mozárabe..., bien dice usted que a los príncipes les gusta mucho ese tipo de cosas...

—¡Pero tú qué sabes, Nina...! Bueno, voy a intentarlo, aunque no me convence mucho tu idea.

—¿Y por qué no, señor? Usted no dibuja mal, le podría salir algo muy bueno.

—¡Pues claro que no dibujo mal, Nina! ¡Qué bien se ve que no aprecias mi talento! Se te olvida que soy el mejor diseñador mexicano. Ya te he dicho que no es cualquier cosa trabajar conmigo.

—Sí, sí, señor, ya lo sé, y por eso mismo le digo que a usted le podría salir algo muy bueno si experimentara con el óleo en el terciopelo.

—No, no; no vale la pena dedicar tanto esfuerzo en un simple vestido.

—Pero, ¿no dice que tiene que ser algo espectacular, que es el vestido principal, que...?

—Cuántos ques, Nina. Procura no ser tan repetitiva cuando hables.

—Bueno, señor, ahorita estamos hablando del vestido.

—Sí, Nina; pero trata de ser menos enfadosa cuando hables conmigo, eso solo demuestra tu falta de creatividad.

—Sí, señor.

—Es increíble que me estés hablando de diseño con un lenguaje tan poco inventivo.

—Sí, señor.

—Date cuenta de que lo hago por tu bien, Nina. Imagínate en el estreno de la obra, cuando tengas que pla-

ticar con tantos artistas y personalidades de la cultura mexicana, vas a necesitar un lenguaje a la altura de lo que estás confeccionando. ¿Tú crees, con qué cara les vas a decir a Ignacio Flores de la Lama, a Edward Coward, a Luis Humberto Crosthwaite, a Regina Swain..., que tú hiciste el vestuario?

—¿Es que acaso piensa llevarme, señor?

—¡Claro, Nina! ¿A poco no pensabas ir a ver tu obra en el escenario?

—Es que usted nunca me había invitado, señor. Es más, ni siquiera tengo fotografías de los vestidos que he hecho con usted.

—Bueno, eso es lo de menos. Pero esta vez, sí vas a ir. Nos darán invitación para la inauguración en el Cecut, y pases para que vayamos con nuestra familia después.

—Qué bueno, señor, así podré llevar a mi hijo a verla.

—Oye, Nina, ¿y si le pusiéramos el brocado que nos sobró de la señora Landín en las mangas?, ¿cómo crees que se verían? Quizás le dieran un buen efecto al terciopelo.

—No, señor; no creo que ese brocado le alcance para las mangas. Mejor dicho, le alcanzaría, pero si fueran entalladas, y ese brocado está muy rígido para unas mangas entalladas. La pobre actriz no podría ni moverse.

—Tú siempre pensando en los actores, Nina: no importa si no se puede mover, ¡ya te he dicho que las reinas no se mueven!

—Bueno, sí, pero sería mejor si las mangas fueran vaporosas, y en realidad, el brocado es muy poco. Sería mejor que esa tela la utilizara en el cuello. Sí, tal vez un cuello ancho y rígido se vería bien, además de que estaría adecuado para la rigidez de la tela.

—Sí, Nina, quizás tengas razón. Apúntame lo que necesitas para una falda de terciopelo muy ancha, incluyendo las pinturas y el hilo y todo lo demás. Ahora que venga Catalina la voy a mandar a comprar las cosas.

—¿Y la blusa, señor?

—¿Qué tiene la blusa?

—¿De qué la va a hacer?

—¡Ah!, eso lo veremos después. A lo mejor con el mismo terciopelo. Ahorita, lo que me preocupa es la falda.

—¿Y las mangas, señor?

—Ya te dije que con el brocado.

—No creo que le queden bien, señor. Yo sé lo que le digo.

—No me importa lo que me digas, Nina: ya dije que se harán con el brocado.

—Pero, señor..., los actores...

—¡Los actores son de trapo! ¡Ellos tendrán que ponerse lo que yo les diga! Ya no me contradigas, no vamos a empezar a discutir, ni nos vamos a enojar tú y yo por culpa de los malditos actores.

—Está bien, señor.

—Hazme la lista del material, pues.

—Sí, señor.

—Señor Ron.

—No, no, no, Nina, no me grites. Date cuenta, por favor, de que me duele mucho la cabeza; anoche estuve trabajando hasta la madrugada.

—¿Sí?, ¿y en qué estuvo trabajando?

—Me la pasé pensando cómo hacer el vestido de la princesa; pero creo que tienes razón: lo vamos a hacer como tú dices. Tal vez, resulte tu idea.

—¿Usted cree?

—Sí. He estado meditóndola toda la mañana. En cuanto llegue Catalina la voy a mandar por el material. ¿Ya me hiciste la lista de lo que necesitamos?

—Sí, señor, está en su escritorio.

—A ver, dámela.

—Aquí tiene, anoté también lo de la blusa.

—¿Cómo? Si te dije que la blusa todavía no. Eso lo veremos después..., aunque, a ver, ¿qué anotaste para la blusa?

—Un metro y medio de raso negro, señor.

—Quizás tengas razón, Nina, déjalo..., quizás lo utilizemos.

—Bien, señor. También le anoté agujas y alfileres, ya casi no hay.

—¿Cómo que casi no hay? Pues en qué te los acabas...

—Usted sabe que se les achata la punta o se pierden, señor.

—Procura ser más cuidadosa con ellos, Nina, ya sabes que no estamos en la abundancia. Bueno, pues, a ver, déjame ver qué tanto te falta para terminar la blusa del bufón.

—Los acabados, señor.

—Bueno, supongo que para cuando llegue Catalina con el material, ya habrás acabado, ¿no?

—No creo, señor, los acabados llevan tiempo. Aún tengo que terminar el forro, luego, unirlo a la blusa, rematar el cuello, hacer los ojales y coser los botones...

—Te has tardado mucho con ese traje, Nina, ya deberías haberlo terminado.

—Pero, señor, ¡si apenas lo corté antier por la mañana!

—Pues, sí, pero tres días son demasiados para un traje tan insignificante.

—Óigame, señor Ron, ya se le olvidó que había que acolcharlo por completo. Apenas terminé las mangas hace una hora...

—Pero también antier te fuiste y las botaste al piso. Eso sólo demostró tu falta de responsabilidad y tu pereza. ¿Así es como tratas las cosas que te dan de comer?

—Pero...

—No me grites, Nina.

—No le estoy gritando, señor.

—Bueno, no hables tan golpeado, entonces; ya te dije que me duele mucho la cabeza por la desvelada.

—¿Hasta qué horas se acostó, señor?

—Hasta las cuatro.

—¡Ah!

—Bueno, ya está bueno, ¡a trabajar, Nina, a trabajar! Deja la lista en mi escritorio y sigue con la blusa, si no, va a salir muy cara con tantos días de trabajo.

—Sí, señor... ¿A qué horas cree que venga la señora Catalina?

—Nina, ¿cuántas veces te tengo que decir que a mi novia no le digas “señora”?

—Perdón, señor, ¿a qué horas va a venir la señorita Catalina?

—Ya no debe tardar. Bueno, sigue con tu trabajo y déjame descansar un rato, a ver si se me quita el dolor de cabeza... Cuando llegue mi novia me despiertan.

—Sí, señor.

—Otra vez a dormir... Y tú, a joderte Nina. Lo peor del caso es que no puedo renunciar porque no me ha pagado... Además de que sería emocionante ir a la inauguración de la obra. Es bien mala onda trabajar tanto y no ver nada de lo que una hace. ¡Ojalá, de veras, esta vez me lleve! Es más, creo que desde niña, no he vuelto a ir al teatro; solo recuerdo las funciones que daban en

el circo, cuando iba con mi papá... El niño se va a divertir mucho y por primera vez va a poder ver lo que hace su madre. Hasta ahorita no ha visto nada de lo que hago: los vestidos siempre se terminan unas cuantas horas antes de la boda, o de la función..., y siempre andamos a las carreras con ellos de un lado para otro... ¡Ja, ja, ja!, no se me olvida la vez que el señor Ron quemó la falda de un vestido que acababa de entregar, mientras lo planchaba en la casa de la novia. Ya todo el mundo esperaba en la sinagoga, y la novia lloraba y lloraba porque el señor Ron corría de su casa al taller y del taller a la mercería a comprar más encaje para taparle..., je, je. Y luego, para colmo, había que bordarlo, y ahí va Nina con el bastidor y los ganchos y las perlas a la casa de la novia, a esperar que el señor Ron llegara con el encaje para ensartarle las perlititas. ¡Eran cientos...! Creo que fue lo único que me valió, porque la novia me veía maravillada mientras tejía y eso la relajó muchísimo, y luego me dio una buena propina. ¡El padre de la novia casi lo mata! Yo creo que no lo hizo nomás porque la casa estaba llena de gente, y parece que la sinagoga también, porque todos apuraban al padre, hasta que éste mejor se fue a tranquilizar al novio. ¡No se le fuera a rajarse! Lo que no le puedo negar al señor Ron es que es muy bueno para sus diseños: la novia, a pesar de que era gordita, se veía mucho muy delgada con el corte... Ahí tocan... Debe ser la señora Catalina. Perdón, *señorita*, je, je. Ya me tienen harta con sus distinciones vaginales. Total, ¿a mí qué me importa?, de cualquier forma, está bien ruca... Buenas tardes, señora, pásele. El señor Ron está bien dormido, así que ni se moleste en despertarlo... Aunque dijo que lo hiciera en cuanto llegara; pero no lo creo...

—Buenas tardes, Nina. Así que dormido, ¿eh? ¿Hace mucho que se acostó...? ¡Pobrecito...! Anoche llegamos bien tarde..., y con eso de que nos pasamos dos días de parranda...

—¿Eh..., de parranda?

—Fueron dos noches maravillosas, ¿sabes? Me llevó a un restaurante lujosísimo y luego nos fuimos a bailar a San Diego. Por cierto que lo hiciste enojar, Nina. ¿Cómo te atreviste a aventar las mangas al suelo? Está bien que no quisieras trabajar, pero..., no tenías necesidad de hacerle eso. Lo ofendiste, ¿sabes? A ti no te gustaría que te aventaran tu trabajo, ¿no? ¿Cómo puedes despreciar así a mi Ron?

—Así que de parranda...

—¿Qué dices?

—Nada, señora, nada.

—Me pareció que hablabas.

—No, señora, no hablaba.

—Bueno, tú te empeñas en hacer enojar al señor, ¿verdad?

—¿Por qué, señora?

—Tú insistes en decirme “señora”, Nina, y ya sabes que eso a él no le gusta. A mí, realmente, no me molesta, Nina, te lo aseguro, pero luego te malacostumbras y me sigues diciendo “señora” delante de él, y, lógicamente, lo haces enojar.

—No se preocupe, señora, en realidad, lo utiliza como pretexto.

—¿Pretexto?, ¿para qué?

—No, para nada, olvídalo. ¿No lo va a despertar?

—¡Ay, no!, ¡pobrecito!, ¡si hasta parece un angelito dormido!

—Él dijo que lo hiciera en cuanto llegara.

—Sí, pero de todos modos, déjalo. Le hace falta dormir. ¡Anoche bailamos tanto...!

—Ya lo creo.

—Procura no hablar tan fuerte, lo vas a despertar... ¿Ves?, te lo dije: ya despierta.

—¿Qué hora es?

—¿...?

—¡Nina!, ¿por qué me dejaste dormir tanto? Mira nada más la hora.

—Es que la señora Catalina no quiso despertarlo, señor.

—¿Catalina? ¿A qué horas llegaste? ¿Por qué no me despertaron?

—¡Ay, mi amor! Es que te veías tan cansado, que preferí dejarte otro rato.

—Pero si yo le dije a Nina que me hablaran en cuanto llegaras.

—Sí, mi cielo, pero dormías tan profundamente que no quisimos molestarte.

—Bueno, ya estuvo suave de discutir. Necesito que vayas a la mercería a comprar unos materiales.

—¿Y por qué no va Nina?

—Porque ella está ocupada, ¿no te das cuenta?, necesito que termine el traje del bufón para que siga con el de la princesa.

—Y tú, ¿por qué no vas tú?

—No, yo no puedo, tengo que trabajar también; si no, no vamos a terminar nunca y ya solo nos queda un mes para terminar el vestuario.

—Bueno, ¿en dónde está la lista?

—Ahí está sobre mi escritorio.

—¿Y el dinero?

—Ahorita te lo doy; sólo deja que encuentre la llave... A ver... Aquí está...

—¡Ay, mi vida!, le contaba a Nina lo mucho que nos divertimos anoche en la discoteque.

—¿Cuál discoteque?

—¿Cómo que cuál?: pues a la que fuimos.

—No seas mentirosa, Catalina, ¿por qué te empeñas en despertar la envidia de Nina? Lo que pasa es que no quieres aceptar que te la pasaste toda la noche encerrada conmigo haciendo diseños.

—Oye, ¿qué te pasa...?

—Sí, sí, no seas mala, acéptalo: le mentiste.

—Pero...

—Claro, di que le mentiste, que todo fue un sueño.

—Oye, Ron, ¡cuál sueño...! ¡Ahora resulta que alucino!

—Mira, Nina, vas a tener que ir tú a la mercería. No sé qué le pasa a Catalina, yo creo que se ha de sentir muy mal por el calor.

—Pero si yo no me siento mal.

—¿...?

—¡Catalina...!

—Deme el dinero, pues, para ir a comprar las cosas.

—Ven, Nina, ven, aquí tienes. Procura no tardarte, si no, nos vamos a atrasar más de lo que ya estamos.

—Sí, señor.

—¡Cómo eres imbécil!

—¡Ay, Ron, nunca me habías hablado así! ¿Qué te pasa?

—¿Cómo “qué me pasa”? ¿No te das cuenta de que a Nina no hay por qué decirle lo que hicimos anoche?

—¿Qué tiene?

—¿Cómo que qué tiene? ¿No ves que yo le dije que me había pasado la noche trabajando, y que por eso estaba desvelado?

—Bueno, ¿y yo cómo iba a adivinar? ¿Yo qué culpa tengo de que seas tan mentiroso y que le tengas miedo?

—No es que sea mentiroso, Catalina, ni que le tenga miedo. Date cuenta de que no hay necesidad de con-

tarle a los esclavos lo que hacemos con nuestras vidas privadas. Ellos no tienen necesidad de saber nada sobre nosotros, luego se les antoja hacer lo mismo y se rebelan. Además, tú bien sabes que Nina no está muy conforme con su posición de esclava y eso la hace sentirse con derechos para reclamar.

—Y, ¿por qué no la corres?; ¿no dices que ya te tiene hartos?

—¿Estás loca? ¿En dónde crees tú que voy a conseguir otra mujer igual?

—¡Ay, sí!, ¿y qué tiene Nina de especial, si tú mismo te la pasas quejándote de ella?

—¿Que qué tiene de especial...? ¡...! ¿Que no la has visto coser? ¿En dónde voy a encontrar una modista que corte y que además cosa? ¿En dónde voy a encontrar a una persona que, además de cortar y coser, barra, planche, haga mandados..., y que además platique conmigo de teatro, y me ayude con los diseños...? ¡Imagínate!: tendría que contratar una persona para cada cosa.

—Conmigo puedes hablar de teatro, Ron, y de diseños.

—Pero..., ¿qué sabes tú de teatro y de diseños?

—¡Ah!, ahora resulta que no sé nada de eso.

—No, desgraciadamente, no. Además, tú no me ayudas a coser. A la primera provocación, te vas a pasear. Si te mando a la mercería, te metes a la tienda de al lado y sales con alguna cosa para ti. Nina, aunque le deba, siempre gasta lo necesario y me trae el cambio exacto: ni un centavo más, ni un centavo menos.

—Oye, Ron, a mí se me hace que...

—A ti se te hace, ¿qué, Catalina?

—¡Que estás enamorado de ella!

—¿Enamorado de Nina? ¿Estás loca, mujer? ¿Pero cómo se te ocurre que voy a estar enamorado de una es-

clava? Lo que pasa es que me quieres chantajear con tus celos; pero a mí no me vas a hacer escenitas, ¿sabes? Si crees que no te quiero...

-No, mi amor, no te enojas...

-¿Te parece poco lo que gasto en ti?

-Mi cielo, yo...

-¿No te basta con lo que te doy para creer que te quiero?

-Yo...

-Lo que pasa es que tú nunca estás satisfecha, Catalina; nada te complace, nada te conforma. ¿Qué voy a hacer, Dios mío, qué voy a hacer...? Me defraudas, Catalina, me decepcionas. Nunca pensé que me pagarías de esta manera...

-Ron, perdóname, yo...

-Cómo puedo confiar en ti, si me celas a cada momento... ¿A poco crees que no me di cuenta de tus acechanzas anoche?

-¿Cuáles...?

-“¿Cuáles?” Con eso lo solucionas todo, Catalina, con preguntar “cuáles” haciéndote la disimulada.

-¿Cuáles acechanzas, Ron?, a ver, ¿cuáles acechanzas?

-Te la pasaste espiándome la mirada, Catalina.

-¿...?

-No lo niegues.

-Ron, no te pongas así, mi vida. Tú sabes muy bien que no te celo.

-Si hay algo que no soporto es una mujer celosa.

-Pero si yo...

-Sí, tú: eres celosa, posesiva, egoísta...

-¡Ay!, Ron, ¿cómo puedes decir eso de mí?

-¿...?

-¡Cómo es posible, si tú sabes que te amo, que te respeto! ¿Cómo puedes decir eso si me la paso contigo, siguiéndote, atendiéndote, contemplándote...?

-No, no, Catalina, no llores; me quiebras con tus lágrimas, por eso abusas... Perdóname, pero es que de pronto creí que..., olvídale, Catalina. Por favor, perdóname, mi cielo, mi dulcecito, mi cuchicuchi...

-Sí, Ron, ya pasó, no te preocupes.

-Ten en cuenta de que trabajo mucho; que tengo todas las presiones para entregar ese vestuario dentro de un mes. Además, no he podido lograr que Nina venga a trabajar los domingos, así que, quítale los domingos al mes, y sólo me quedan veintiséis días para terminar. Y ahora, con esto, ¡Dios mío!, me descontrolo. Ya ves, por todo lo que sucedió ahorita, Nina tuvo que ir a comprar el material y va a tener más pretextos para retrasarse. Por eso me descontrolo, Catalina, porque luego no puedo manejar las situaciones y la gente se me sale de su carril. Ahora, cuando Nina regrese, se va a sentir con más derechos para reclamar y flojear... ¡Y cómo no quieres que se sienta así, si tú le das pie para ello!, ¡si tú la orillas con tus actos! Con eso de que tú me gritas delante de ella y le cuentas todo lo que hicimos después de dejarla trabajando sola, se siente con el derecho de hacer lo mismo. ¿No oyes con qué tono te dice “señora”? Te lo dice con tono de burla, Catalina, y eso solo lo has conseguido tú por no darte a respetar con ella; porque te compadeces si la ves cansada, y si te dice que su niño está enfermo, y si te dice que no le he pagado, y si...

-¿Ya cállate!

-¿Cómo?, ¿me gritas?

-Es que...

-¿Me gritas? ¿Se te olvida...?

-Sí, sí, se me olvida... Es más..., ¿se me olvida qué?

-Eso, todo eso que tú ya sabes.

-Sí, fíjate que ya se me olvidó.

—¡No es posible, Catalina, no es posible que seas tan malagradecida! Bueno, es por demás. Si ya se te olvidó, no hay problema. Déjalo, entonces: no habrá boda.

—¡Qué!, ¿qué dices?

—Eso, Catalina, si ya se te olvidó, pues entonces, no habrá boda y punto, problema resuelto.

—¡...!

—Ya vas a llorar otra vez, Catalina.

—¡Eres un cabrón!

—No, Catalina, ni creas que me vas a doblegar otra vez con tus lágrimas. No vas a lograr nada con tus chantajes.

—No, Ron, no...

—Ahora, hasta “cabrón” resulté...

—No, no...

—Ven, ven, Catalina, no llores. ¿Qué necesidad tenemos de pelear?

—¡Hip, hip!

—No llores, Catalina, no llores: te perdono.

—¿Sí?

—Sí, Catalina, sí.

—Entonces..., ¿sí habrá boda?

—Sí, mi vida, sí..., ven, vamos a diseñar tu vestido de una vez.

—...

—¡Pinche viejo!, ¡así que se fueron a bailar y a mí me dijo que estuvo trabajando toda la noche!, pensando cómo hacer el traje de la princesa... ¡Ja!, y ahora, la muy idiota de mí le dio la receta de cómo hacerlo, y él me concedió el honor de aceptar mi sugerencia. ¡Imbécil! ¡Y todavía me hizo creer que me hacía un favor pagándome la miseria que me dio! Eres una bruta, Nina, una

bruta... ¡pero me las va a pagar el pinchi viejo ese! Esto sí ya no se lo soporto. Hasta ahora me doy cuenta de que siempre se ha estado burlando de mí... ¡Ya llegué!

—Hola, Nina, ¿conseguiste todo?

—Sí, señor.

—¿Por qué no saludas a Catalina?

—¡Hola!

—¡Hola, Nina! ¡Mira!, ven a ver qué lindo vestido de novia me diseñó mi Ron... ¿No es hermoso?

—Divino.

—¿Qué te pasa, Nina, estás enojada?

—No.

—¿Y por qué estás tan seria? ¿No te emociona ver un vestido tan bello, acaso?

—Sí.

—No se te nota.

—Qué raro, si estoy muy contenta con su vestido.

—No parece... Deberías ser más alegre, Nina, más optimista, más conciliada con la vida. Siempre estás con tu cara de palo y...

—¡Catalina!

—Dime, amor.

—¿No tenías que ir a comprar algo?

—No. ¿Qué cosa, mi amor?

—Lo que quedamos en que ibas a comprar hoy por la tarde.

—Pero..., ¿por qué me pellizcas...?

—Porque más vale que lo compres desde ahorita, si no, no vamos a terminar el vestido a tiempo. Acuérdate que, además, hay que hacer los de la obra.

—¿Cuál vestido?

—¿Cómo que cuál vestido? El tuyo, por supuesto, amorcito. Nina, ponte a trabajar.

- Sí, señor.  
 —¡Ay, Ron!, ¿te refieres al mío? ¿Estás hablando en serio?  
 —Claro que hablo en serio, Catalina, anda, ve a comprar tus cosas. Ten, te doy el dinero...  
 —¿Todo eso me vas a dar?  
 —Sí, idiota.  
 —No te escuché, mi cielo, hablaste muy quedo... Pero, ¿por qué me pellizas?  
 —Por nada, Catalina linda, es un cariñito, solamente. Vete a comprar las cosas y regresas mañana, ¿sí...? Adiós, mi amor.  
 —Adiós, mi vida.  
 —Cierras la puerta por fuera.  
 —¡Qué!  
 —Que no vayas a dejar la puerta abierta, mi amor, se mete el calor.  
 —¿Desde cuándo dejo la puerta abierta?  
 —Olvidalo... Adiós, mi cielo.  
 —Adiós, mi amor; hasta mañana, Nina.  
 —Hasta mañana, señora.  
 —¡Nina!, estás muy altanera el día de hoy. ¿Qué te pasa?  
 —¿A mí?; pero si no me pasa nada, señor.  
 —Te disculpo, pues, Nina, te disculpo..., hoy he estado muy dadivoso, por eso abusan tú y Catalina... Y pensar que le di cien mil pesos para el material de su vestido...  
 —¿Cien mil?  
 —Sí, ¿tú creés?, me sacó cien mil pesos. ¡Soy un mártir, Nina, soy un mártir!; está viendo que no tengo dinero y todavía me saca cien mil pesos para el material de su vestido.  
 —Bueno, señor, en otros ha invertido más.  
 —Sí, Nina, pero no en los de mi novia.

- ¡Pues cuánto esperaba invertir, señor!, ese modelo implica como trescientos...  
 —¡Cállate, Nina!, ¡ni se te ocurra decirlo delante de ella!, ¿entiendes?  
 —Sí, señor.  
 —Tú y ella sólo abusan de mí porque saben que con sus artes femeninas me doblegan. ¿Qué voy a hacer, Dios mío, qué voy a hacer?  
 —Aguantarse, señor.  
 —¿Cómo te atreves a contestarme así?  
 —Bueno, qué quiere que le diga, señor; usted mismo está diciendo que es un mártir, que abusamos de usted, que...  
 —Ya vas a empezar con tus “ques”, Nina. ¡Cállate y sigue trabajando!, Yo no sé por qué te hago partícipe de mis intimidades.  
  
 —Señor.  
 —Dime, Nina.  
 —Ya terminé la blusa de la princesa y usted no ha pintado la falda; acuérdense que no podré unirla al resto del vestido hasta que seque.  
 —Sí, sí, Nina, tienes razón; pero he andado muy ocupado y no he podido dedicarle tiempo.  
 —Pues más vale que se apure, señor, porque si no, no va a estar lista, y ya sólo quedan tres semanas para el estreno.  
 —Sí, sí, Nina, no te preocupes, en menos de una semana se seca.  
 —Pero el problema no es ése, señor. El problema es tenerla a tiempo, y esa falda le llevará, de menos, cinco días.  
 —Sí, Nina.  
 —Tampoco me ha dado el de la reina.  
 —Sí, Nina, qué bueno que...

- Ni el de las damas de la corte.
- Sí, Nina, qué bueno que lo dices porque aún no termino los diseños. Voy a tener que dedicarles toda la tarde. No, mejor los hago mañana, Nina, porque hoy tendré que ver al jefe de producción de la obra para que me complete el anticipo.
- A propósito de dinero, señor, necesito que me pague.
- Hoy en la tarde te doy un adelanto.
- ¿Adelanto? Pero si necesito que me pague lo atrasado, señor. No le estoy pidiendo prestado.
- Sí, Nina, tienes razón. No te enfades conmigo. Hoy en la tarde te daré una parte, Nina. Cuenta con ella.
- ¿Una parte?
- Sí, Nina, fíjate que todavía me falta comprar material para el vestuario.
- Pero si ya compré todo, señor; ya compré material como para un batallón.
- Es que son muchos los personajes de la obra, Nina.
- ¿Y a qué horas los vamos a vestir, señor?
- A propósito, Nina, ¿ya te comenté de qué trata la obra?
- No me cambie el tema, señor.
- No, Nina, si no te cambio el tema.
- Usted cree que yo voy a hacerlo todo sola, ¿verdad?
- No, no, Nina, vamos a contratar quien te ayude.
- ¿Y qué espera, señor?
- ¿Cómo que qué espero?
- Hay que poner un anuncio en el periódico, si no, nunca va a venir nadie a buscar trabajo.
- El anuncio ya se puso, Nina.
- ¿Sí?, ¡qué bueno, porque yo ya me estoy cansando!
- No, Nina, no te desesperes.
- Bueno, señor, ¿y de qué trata la obra?
- ¿Cuál obra?

- Pues la de teatro, señor.
- ¡Ay, sí!, tienes razón. Pues fíjate que..., ¡Ah!, Nina, antes de que se me pase, déjame ver cómo quedó la blusa de la princesa. Luego te cuento la obra.
- Sí, señor, ahorita la saco... Aquí está, pero déjeme ponérsela al maniquí para que la aprecie mejor.
- Oye, Nina, ¿en dónde dejé la llave de mi escritorio?
- En la bolsa de su pantalón, como siempre, señor.
- Sí, sí, tienes razón. Oye, Nina.
- Dígame, señor.
- Desde mañana vamos a tener que llegar más temprano, si no, no vamos a terminar el vestuario.
- ¿...? ¿No dijo que iba a contratar más gente, señor?
- ¿...?
- Porque no quiero que vaya a...
- ¡Oye!
- Dígame.
- ¿Que no dijimos que las mangas se iban a hacer con el brocado?
- No, señor.
- Quedamos en que...
- No quedamos...
- Pero yo dije...
- Usted dijo, señor, pero yo nunca acepté lo que usted dijo, además, el modelo es mío. Como usted nunca me dio el diseño, tuve que hacerlo a mi modo.
- Pero, ¿qué está pasando?, ¿desde cuándo decides tú...?
- Usted nunca me entregó ningún diseño, señor..., y así nunca vamos a terminar.
- Bueno, sí, Nina, tienes razón; pero aun así quedamos en que las mangas las íbamos a hacer con el brocado de la señora Landín.
- Usted dijo.

- ¿Entonces?
- Tocan a la puerta, Ron.
- ¿Qué...?, ¿desde cuándo nos tuteamos, Nina? ¿Qué esperas para abrir?
- Luego se enoja cuando yo abro, señor.
- Pero..., ¿no te das cuenta de que estoy haciendo cuentas?
- Conste...
- ¿Conste qué?
- ¡Hola, señora!
- ¡Hola, Nina!, ¿y mi Ron?
- Usted no ha traído ninguno, señora.
- ¿Qué bromas son éstas, Nina? ¿Y tú, por qué no me abriste, mi vida?
- Está haciendo cuentas, señora, ¿no se da cuenta?
- Hola, Catalina.
- ¿Qué les pasa a los dos?
- Nada.
- ¿Y por qué esas caras?
- No tenemos otras, señora.
- ¿...?
- ¡Nina, te prohíbo que le vuelvas a decir “señora” a Catalina!
- Olvidalo, Ron..., ¡pero qué blusa más preciosa, mi vida! Te felicito, mi amor.
- ¿Te gusta?, quedó bien, ¿verdá?
- Sí, amor mío: de lujo. ¡Ese cuello quedó divino!
- ¿Ves, Nina?, te lo dije... ¡Espérate a que le pongamos la falda! ¿No te gustaría ese cuello en tu vestido de novia?
- ¡Sí, claro que sí! Bueno, ¿y cómo será la falda?
- Pues..., muy sencilla.
- ¡Ay, cariño!, tú siempre tan modesto.
- Bueno, en realidad..., tú sabes que en la sencillez está el gusto.

- En realidad eres muy modesto, Ron; deberías hacerle una falda muy *fancy*, muy llamativa, muy..., ¿cómo te diré?, algo que contraste con ese cuello tan regio.
- Sí, Catalina, tienes razón; en realidad va a ser una falda así como tú dices, pero a la vez muy sencilla. ¿Comprendes?
- Pero, ¿cómo va a ser?, me muero por verla.
- Es que no sé cómo explicártelo para que me entiendas.
- Explícamelo como tú puedas, mi amor. En realidad, no necesitas darle muchas vueltas a tu cabecita, mi vida.
- Mira, mejor que te lo explique Nina, al fin y al cabo, ella es quien la va a coser. Ella te lo podrá decir con palabras de mujer para que comprendas. Anda, Nina, dile a Catalina cómo será la falda.
- ¿Y cuáles son esas palabras de mujer, señor Ron? Yo a usted le hablo igual que como le hablo a ella, y los dos me entienden.
- Bueno, bueno, Nina, explícale como tú quieras.
- Estoy muy ocupada, señor, explíquesele usted, luego dice que nomás ando buscando pretextos para no trabajar.
- Te digo que le digas a Catalina cómo será la falda...
- Pues verá usted, señora. Corté dos piezas semicirculares de ciento ochenta grados cada una, con el terciopelo, mismas que el señor Ron, *su ron*, pintará de dorado, tratando de seguir las guías que ilustran el brocado, sólo que, a diferencia de éste, las guías, en lugar de ser doradas con fondo negro, serán negras con fondo dorado, con ligeros toques de bermejo en el centro...
- ¿...? ¿Qué clase de explicación es ésa, Nina?
- Después, cuando el terciopelo se seque, como la circunferencia interior de la falda mide tres veces lo de la cintura de la actriz, voy a hacerle veintidós pliegues...

—¿Y por qué no veinticinco, Nina?

—Porque ya todo está calculado para veintidós, señora.

—Sí, Nina, creo que Catalina tiene razón, deberías hacerle veinticinco pliegues de dos centímetros y medio.

—Pero, ¿de cuándo acá me dice usted cuántos pliegues tengo hacerle a las faldas, señor? La tela ya está cortada para veintidós, y si los hago de dos y medio saldrán muchísimos más, no veinticinco.

—Pues a ver cómo le haces para que salgan veinticinco con la misma tela, Nina, aunque no midan dos centímetros y medio. Yo creo que veintidós podrían hacerle demasiado bulto a la cintura de la princesa, que, por cierto, mi vida, es muy delgadita, y si le engrosamos la cintura...

—Pero es que se trata de eso precisamente, señor Ron. Esa mujer es una lombriz y usted quiere que, de alguna manera, se vea más llenita; por eso también le dije que no quedarían bien las mangas si se las hacíamos entalladas, y la única forma de que no se le vieran así, era haciéndoselas sueltas...

—Nina, te digo que le pongas veinticinco, ¿entendido? ¡Y ya no vamos a seguir discutiendo por eso...! ¡Ay, Nina!, no te pongas así; en realidad, para ti no es ningún trabajo aumentarle tres pliegues a una falda, ¡si tú eres una maestra para eso!

—Mi Ron tiene razón, Nina, no en balde lo han contratado a él para hacer este vestuario. Además, tú no puedes cambiar los modelos a tu antojo, por eso, él es el diseñador. Esa compañía de teatro tiene mucho prestigio y siempre se ha distinguido porque nunca ha escatimado un centavo, ni en sus escenografías, ni en sus vestuarios. Deberías estarle agradecida a mi Ron porque siempre te ha dado preferencia para que le cosas, Nina. Tú sabes que muchas pagarían por tal de decir que han trabajado con él.

—¿Y por qué no se trae unas cuantas de éstas, señor Ron?

—Lo que pasa es que Catalina exagera, Nina. El amor la tiene ciega y me sobrevalora.

—Tú siempre tan modesto, mi vida.

—Bueno, señores, me retiro.

—¿Cómo que te retiras, Nina; adónde vas?

—Yo también como, señor Ron.

—Pero tenemos mucho trabajo, no puedes irte, aún.

—Necesito que haga esos diseños. Sin ellos no puedo trabajar. Luego no le gustan los míos.

—Sí, sí, Nina, tienes razón; pero no hay necesidad de que me hables así.

—Bueno, espero que para cuando regrese ya estén listos.

—Está bien, Nina, no te preocupes, los tendrás.

—...

—Adiós, Nina, adiós, buen provecho.

—Está muy rara, ¿verdad?

—No sé qué le pasa, Catalina; tienes que ayudarme a contentarla. Trata de ser más amable con ella, ¿sí?

—Sí, mi vida.

—No sé qué haría si se me fuera.

—Contratar a otra, mi amor.

—Está difícil. Ya puse un anuncio en el periódico solicitando más costureras y no ha venido ninguna. Además, ya todas me conocen y casi nadie quiere trabajar conmigo. Las otras son muy malas y cobran caro. Nina me ha sido fiel durante mucho tiempo, y no es fácil encontrar una así... Bueno, vámonos a comer, Catalina linda.

—¿Por qué llegaste tan tarde, Nina? Ya tienes una semana así.

—¿Tarde?, pero si la hora de entrada es a las nueve, señor.

—Ya sé que es a las nueve; pero quedamos en que íbamos a empezar desde las ocho; ¿no te das cuenta de que sólo nos quedan dos semanas para entregar el vestuario?

—Usted y yo no quedamos en eso, señor.

—Yo te dije, desde la semana pasada, en que íbamos a empezar a trabajar desde las ocho.

—Sí, señor, usted dijo; pero yo nunca acepté.

—Tampoco dijiste que no, Nina.

—Eso no significa nada.

—¿Por qué me hablas así? Me desprecias, ¿verdad? Ya tienes más de una semana comportándote de esa forma: llegas y no me saludas; te hablo y me contestas de mal modo, o no me contestas, o te haces la sorda. ¿Qué...?

—¿..., me pasa? No me pasa nada, señor Ron.

—Mira nada más con qué tono me respondes.

—Bueno, discúlpeme, si quiere.

—¿...? ¿Eh?

—No me interesa si no lo hace.

—¿Ves, ves cómo no me quieres, Nina?

—Piense lo que quiera. Si sigo trabajando con usted es porque no tengo dinero y ya me debe mucho.

—No, Nina, no pienses que te voy a dejar sin dinero, ya te dije que cuando me liquiden te voy a pagar todo...

—¿Y usted cree que terminemos, señor?

—¿A qué te refieres? ¿No crees que puedas terminar?

—No señor, yo no creo: yo sé que no vamos a terminar.

—¿Qué quieres decir, Nina?

—Usted es muy pretencioso, señor, diseñé trajes como si tuviéramos todo un taller a su disposición para hacerlo.

—Ya te dije que todos vamos a colaborar en su confección, Nina. Confía en mí. Vas a ver como todo va a salir muy bien. Además, te vas a hacer famosa. Cuando sepan que tú realizaste el vestuario, se van a quedar per-

plejos, atónitos, mudos... ¿Cómo decírtelo? Mejor espérate al estreno y verás.

—No me interesa el estreno, señor.

—¿Cómo?, ¿cómo puedes ser tan desdeñosa, Nina? ¿Cómo puedes despreciar así tu trabajo, tu...?

—No me interesa, señor; yo sólo quiero salir de ésta y que me pague para irme a trabajar a otra parte.

—Nina, ¿cómo puedes decir eso? ¿Cómo que te quieres ir a trabajar a otro lado? ¿Ya se olvidó todo el tiempo que tenemos trabajando juntos?

—¡Déjeme trabajar, señor Ron!

—Pero no te enojas, Nina. Vas a ver cómo te voy a dar un aumento. Y vamos a seguir mucho tiempo juntos, haciéndonos famosos...

—Le dije que me dejara trabajar.

—Sí, sí, Nina, sí... Perdóname.

—¿Qué no tocan a la puerta?

—Sí, sí, Nina, abre, por favor.

—Está bien. ¿...?

—¡Hola, Nina! ¡Mira qué sombrero más maravilloso! ¿No te parece? Hola, mi amor, vengo contentísima, ¡mira!

—¿Que mire qué...? ¿Te refieres a ese sombrero de paja?

—¿No me notas nada raro?

—No, Catalina, no.

—¡Ay, mi cielo, no me digas que estás ciego!

—Pues no te noto nada. Perdóname, pero no te noto nada.

—Mírame, mírame bien... ¿No, no das?

—No. Nada.

—¡Ay, mi vida! el pelo, ¿no me notas nada en el pelo?

—¿Qué tiene tu cabello, Catalina?

—¡El color, mi amor! Pero si serás despistado, ¿no te acuerdas de qué color era?

—¿...?

—Me lo pinté.

—Sí, claro, te lo pintaste.

—Fíjate, mi vida, que necesito más dinero porque, en San Diego, vi un encaje precioso para el vestido de novia, solo que el metro cuesta ciento veinte dólares y obviamente no me va a alcanzar.

—¿Qué?, ¿ciento veinte dólares el metro?

—¿Por qué te asustas?, si tú ya sabes que los encajes son muy caros y...

—Cuánto necesitas.

—Seiscientos dólares.

—¿Piensas meterle cinco metros de encaje a tu vestido? Yo sólo te dije que compraras dos y del más barato.

—Sí, mi amor, ya sé; pero el resto pienso que se lo metamos al velo. También vi a una muchacha que me va a hacer el tocado con la otra parte del encaje.

—Nadie más que Nina va a tocar el encaje, ¿me entiendes?

—Pero, mi amor, Nina tiene muchísimo trabajo.

—Sí, pero ni creas que le voy a confiar ese encaje a otra que no sea ella, ¿entiendes? No me voy a arriesgar a que me lo echen a perder. Además, Nina sabrá cómo hacerlo rendir. En cuanto terminemos con el vestuario, seguiremos con tu ajuar.

—Seguiremos me huele a manada.

—¿Decías, Nina?

—Nada.

—Bueno, Catalina, compra los cinco metros. Total, si sobra, ya veré dónde lo meto o a quién se lo engancho por el doble. Con un buen bordado lo desquitaremos... Ven, te daré el dinero.

—¡Ay, mi vida!, ¡gracias, gracias! Luego que lo veas te vas a enamorar de él. ¡Está precioso!, vas a ver, te vas a maravillar con mis compras.

—Eso espero, Catalina, eso espero.

—Tú siempre dándome lo mejor, mi vida. Vas a ver cómo no te voy a decepcionar, Ron querido.

—Es más, te voy a acompañar.

—No, mi vida, no te molestes, yo puedo ir sola.

—¿Cómo, no te gustaría que te acompañara?

—No, mi vida, no es eso; lo que pasa es que te quiero dar la sorpresa. Por eso no quiero que me acompañes. ¡Déjame mantenerte en el suspenso por un rato!, ¿sí?

—Ándale pues, pero que no dure mucho tiempo el suspenso, ¿eh?

—Te lo prometo. Déjame darte un beso, te lo mereces.

—¿Me lo merezco? ¿Cuándo no me he merecido un beso?

—Nunca, querido Ron, nunca.

—¿Cómo que nunca...? Vamos, pues, te acompaño al carro.

—Adiós, Nina... ¿Qué le pasa?, ¿por qué no me contestó?

—Está enojada, por eso te quería acompañar, Catalina, porque tengo que comentarte algo... Mira: Nina está muy sentida conmigo y tenemos que ser pacientes con ella. Ya hace tiempo que la noto rara y parece que se quiere ir; por eso no le he pagado. Imagínate si se va, ¿qué haríamos sin ella? Tendríamos que conseguir otra modista y enseñarle todo lo que ella ya sabe, ver si se adapta a nuestro carácter, etcétera. Además, Nina, con eso de que tiene mucho tiempo trabajando conmigo, está medio desinformada de los sueldos y me cobra muy barato; es más, regalado: cualquier modistilla me cobraría como ochenta mil pesos mensuales, y como ves, no invierto nada en ella, así que procura tratarla con más tiento, ¿sí?, y nada de hablar de dinero enfrente de ella. ¿Oquey? Dame un beso...

- ¿Cómo amaneció, señor Ron?
- Pues ya ves, Nina: amanecí.
- ¿Por qué?, ¿se siente mal?
- Un poco cansado, solamente, Nina.
- ¿Sí...? ¿Y de qué está cansado, señor Ron? ¿Trabajó mucho también anoche? ¿Qué estuvo diseñando?
- Te pregunté cómo está tu niño.
- ¡Ah!, no lo escuché. Bien, señor, está bien. Y a propósito de mi niño, señor, necesito que me pague.
- Pero..., ¿por qué me hablas con ese tono, Nina? Ya sabes que te voy a pagar.
- Eso me ha estado diciendo desde hace mucho, señor, y ya no puedo esperar: tengo que inscribir al niño en la escuela, y en la guardería ya me dijeron que no me pueden seguir esperando con la colegiatura.
- Espérame a que me liquiden lo de la obra, Nina.
- Bueno, cuando le liquiden, avíseme; yo me voy a mi casa y allá lo aguanto, porque mientras no me pague, no me cuidan al niño.
- Pero, Nina, no puedes hacerme esto.
- Usted sí, así que yo también. Además, no puedo dejar al niño solo.
- Mira, Nina, si quieres, tráetelo para acá.
- ¿Usted nos va a dar de comer?
- ¿...?
- Mire, señor Ron, yo no puedo tener al niño sin comer. En la guardería me lo alimentaban, así que, si yo no comía, no había bronca; pero no puedo dejarlo a él sin comer por culpa suya, así que yo me voy a buscar otras costuras para llevarme a mi casa.
- Te juro que te voy a pagar en cuanto me liquiden.

- Liquidarlo debía.
- ¿Qué, cómo te atreves a hablarme así? ¿Desde cuándo los patos le tiran a las escopetas?
- Escuche, Ron...
- ¿Qué...? ¿Ron?, ¿ahora me dices Ron?
- Yo no voy a tener al niño dos semanas sin comer. ¡Ja, ja, ja! ¡Ya me imagino!: dentro de dos semanas le voy a dar al niño la alimentación de catorce días. Ya veo la mesa con catorce huevos, cuarenta y tantos vasos de leche, como tres kilos de carne guisados de diferente manera; como treinta piezas de pan; un kilo de frijoles; otro tanto de ensalada..., y, entonces sí: ¡atráncate cochi, que hay lodo!
- ¡Pero, Nina, cómo puedes ser tan vulgar!
- Imagínate la escena, Ron: un niño como loquito, tragando desesperadamente, en unos minutos, su comida de dos semanas, je, je.
- Nina, ¿te has vuelto loca? ¡Falta una quincena para la inauguración...!
- Se dice "estreno", Ron.
- ¡Ah, ah!, ahora resulta que tú me vas a enseñar a hablar a mí, a mí, quien tanto te ha cuidado. Si no fuera por mí...
- Si no fuera por ti, no estaría en la miseria.
- No, no, Nina, no te vayas, ahorita te pago. No puedes olvidar tanto tiempo trabajando juntos...
- ¿Trabajando juntos...? Pero si tú nunca haces nada, nomás te la pasas tirado en el cheislón, viéndome y gritándome y burlándote de mí. Bueno, y enseñándome a hablar..., y preguntándome cómo diseñar los vestidos, y cómo hacerlos para que salgan más baratos y...
- ¿Cuánto te debo, Nina?
- Tres quincenas, Ron, tres quincenas de diez mil pesos cada una.
- Pero, Nina, no tengo tanto dinero.

—Cómo no vas a tener: tuviste para comprar el material del vestido de Catalina; para ir a la langosta a Puerto Nuevo; para irte a bailar a San Diego... ¡Ya lo creo que no tienes!

—Nina, te juro que no tengo dinero; dame chance de conseguir prestado. Mira, ahorita le hablo al jefe de producción de la obra y te juro que le pido otro adelanto.

—No creo que te lo den, Ron: no has entregado ni la mitad del vestuario. Además, yo no pienso trabajar veinte horas diarias y matarme para terminar en una quincena lo de seis.

—Te prometo que te consigo una ayudante, Nina. Es más, hasta Catalina te puede ayudar.

—¡Catalina no sabe ni poner un botón!

—¡Cómo que "Catalina"! pero..., ¿qué clase de respeto el tuyo?

—No, Ron, si ya no hay valores, ya no hay valores en este mundo. Ahora, ya no se puede confiar en nadie. Ahora los patos le tiran a las escopetas.

—Me estás boicoteando, Nina. Esto se llama boicot, ¿te das cuenta?, boicot. Tú quieres destruirme, acabar con mi carrera. ¡Mira que hacerme esto a una quincena del estreno!

—Bien, bien, Ron, ahora sí lo dijiste bien.

—¿Sí?

—Sí, Ron, te felicito, muy bien, muy bien: estreno.

—¿Me...?

—Sí, Ron, te felicito.

—Ahora me hablas de "tú".

—¡Háblame de "usted", y de vez en cuando, si quieres que te respete!

—Nina, te juro...

—Señora Nina, porque yo sí soy señora, Ron.

—Señora Nina...

—Eso, Ron, así me gusta...

—Prométeme que...

—"Prométame", se dice, a ver, quiero oír ese "prométame".

—Prométame que...

—Completo, Ron. ¿O qué en tu casa no te enseñaron a hablar? A ver: "Señora Nina, prométame que..."

—Señora Nina, prométame que me va a ayudar a salir de ésta.

—Sí, Ron, sí, te voy a ayudar; sólo que te voy a cobrar quince mil.

—¿Quince mil?

—Lo que oíste, Ron: quince mil a la semana. Mi trabajo es profesional, no en balde soy la mejor modista de la ciudad. No es cualquier cosa trabajar conmigo, Ron.

—¡Pero, de dónde voy a sacar para pagarle quince mil por cada semana!

—¿Te parecen bien veinte?

—¿Qué, veinte?

—Sí, Ron, los precios han subido mucho y tú cobras muy caro. Con el anticipo que te dieron compraste todo el material del vestuario, el del vestido de novia de Catalina, y todavía te quedó para pachangueártelas a tus anchas con ella. Está bien, Ron, ¡te alcanzó hasta para comprar novia! Creo que es justo que me des los veinte.

—¡Ochenta mil por mes!

—Sí, me debes tres quincenas, más la quincena en curso, suman ciento sesenta mil. En realidad, no es caro, si consideras lo que gastaste en el vestido de novia de Catalina.

—Pero...

—No hay trato, entonces. Estaré en mi casa, por si cambias de parecer.

—¡Nina, no te vayas!

—Señora Nina, Ron, que no se te olvide.

—Señora Nina, no se vaya, por favor...

—Te espero en mi casa con el dinero, Ron, entonces vendré.

—Mire, le doy ahorita lo de una quincena, y mañana le doy el resto, pero no se vaya...

—Mi niño está solo, Ron. No me lo aceptaron en la guardería el día de hoy. Allá te espero con el dinero completo.

—¡Señora Nina!, señora Nina, no se vaya, por favor. Mire, le doy ahorita la mitad, pero no se vaya.

—¿La mitad?, ¡hum!, ver para creer.

—Mire, es todo lo que tengo. Le juro que mañana le consigo el resto. ¿En dónde dejé la llave de mi escritorio?

—En la bolsa de tu pantalón, Ron, como siempre.

—Sí, sí, tiene razón... Mire..., venga... Sí, aquí está.

—Te estoy esperando...

—Aquí está..., mire... diez, veinte, treinta, cuarenta, cincuenta, sesenta, setenta, ¡ochenta...!

—Gracias, Ron... ¿Así que..., hace unos minutos..., no tenía treinta mil mugrientos pesos para pagarme mi estúpido sueldo?

—No, no, señora Nina, no era eso, era que...

—Bueno, Ron, te espero en mi casa con el resto.

—Pero, si quedamos en que...

—Que yo recuerde, lo acordado fue que te esperaba en mi casa con el dinero completo, Ron, y aquí no está completo aún.

—¿Entonces..., se va? Señora Nina, no se vaya, por favor, se lo suplico!

—Ni creas que me vas a doblegar con tus lágrimas.

—No se vaya, señora Nina, ¡sería mi ruina si se marchara...! ¡Compadézcase de mí, señora Nina!

—Bien Ron, veo que has aprendido.

—¡Hola, mi amor!

—...

—¿Qué tienes?, ¿qué te pasa? ¿Por qué todo este desorden?

—Se ha ido.

—¿Que se ha ido..., quién?

—Nina, se ha ido Nina.

—Pero, ¿cómo que se ha ido? Pero si ya sabías que era una malagradecida... ¡Esa bruja!, si yo no sé como no te deshiciste de ella antes. ¡Después de todo lo que has hecho por ella!, ¡después de que la aceptaste siendo madre soltera! Pero va a regresar, Ron, ¡de mí te acuerdas! Ya verás cómo le va a ir sin ti, y entonces, podrás darte el lujo de correrla como debiste haberlo hecho cuando se embarazara.

—Es mi ruina...

—No seas ridículo, Ron. El mundo no se va a terminar sin ella.

—Pero, ¿no te das cuenta de que falta una quincena?

—¿Una quincena? Pero si falta todavía un mes, mi amor...

—¿Un mes...? No Catalina, estás equivocada, falta una quincena.

—Pero, ¿en qué estás pensando, mi cielo?

—¿Cómo que en qué?, pues en el estreno, ¡por supuesto!

—¿Y quién piensa en el estreno, mi vida?, yo me refería a la boda. ¡A mí qué me importa el estreno!

—¿La boda?, ¿la boda?; pero si...

—¡Ah!, a propósito, mi cielo, fíjate que me faltan treinta mil pesos para comprar el tul para el...

—Catalina, ¡no me amueles!, no tengo dinero...

—¿Cómo que no tienes dinero? Si apenas ayer tenías ochenta mil...

—¡No tengo dinero, Catalina!

—Ron, no mientas, ayer...

—Si te digo que no tengo dinero, es porque no tengo dinero.

—Pero, Ron..., si serás despilfarrador. ¿Qué hiciste con él?, ¿en qué te lo gastaste? Ya no faltaba material para la obra; si hasta compraste telas para otros proyectos.

—Se lo di todo...

—¿A quién?

—A Nina.

—¿Estás loco?, pero si...

—Es mi ruina, Catalina, ¿te das cuenta?, mi ruina...

—Cuál ruina, Ron, no seas pesimista, ahorita le hablas al jefe de producción y le pides un adelanto...

—No entiendes, Catalina, no entiendes que sin Nina no podré hacer nada. Se ha ido, ¿no ves?

—Ahorita ponemos un anuncio en el periódico y mañana mismo tendrás costureras por montones...

—Ya no hay tiempo. Aunque las consiguiera, sin Nina no estará el vestuario. Ella es la única que sabe como está todo...

—Pues ve por ella, Ron, ruégale, suplícale, oblígala a venir...

—No vendrá, Catalina; además, aún le debo dinero.

—Pues consíguelo, mi amor. Todo fuera como eso.

—No, Catalina, yo sé que no vendrá. Aunque le pague y me ayude a terminar con el vestuario de la obra, Nina ya no va a regresar...

—¿Quieres decir que no vas a pagarle?

—Ya hablé con el jefe de producción y me dijo que no me va a dar ni un centavo más hasta después del estreno. Eso fue lo acordado.

—¿Y la boda?

—Pero, ¿cómo puedes pensar en la boda en este momento, Catalina?, ¿qué no te das cuenta de la situación? Dentro de quince días voy a estar en la cárcel.

—Bueno, pues ese es *tu* problema, Ron, no el mío.

—¿Qué dices?

—Lo que oíste, Ron: que es *tu* problema. Quédate con él.

—Estás bromeando, ¿verdad?

—¡No!, ¡claro que no estoy bromeando!

—Ya se te olvidó todo lo que...

—Sí, Ron, ya se me olvidó.

—No puedes hacerme esto, Catalina. No lo puedo creer.

—Sí, sí, Ron, y ahora me vas a salir con que todas somos iguales... Pues sí, fíjate, todas somos iguales, aunque las habemos peores... Bueno, me voy: esta discusión no tiene ningún sentido. Si no te meten a la cárcel, llámame...

—No puedes dejarme solo, Catalina...

—¡Ay, Ron!, qué enfado, ¿no te cansas de gritar? Si este es el escándalo que haces porque se te fue una simple modistilla...

—No comprendes, ¿verdad? No comprendes lo que significaba Nina para mí.

—Siempre has estado enamorado de ella, Ron; pero así son todos: a la favorita la castigan por haberlos enamorado y la tienen abnegadamente trabajando, mientras ellos se divierten con otras. ¡Ay...!; pero que no los dejen, porque el mundo se les viene abajo.

—¿Cómo puedes pensar así?

—¡Qué enfado, Ron!, ¿no se te hace? Francamente, yo tampoco estoy enamorada de ti..., además, no pienso

tomar el lugar de Nina cuando nos casemos, así es que, seamos realistas y...

-Entonces... ¿te vas?

-Me enfadas, Ron. ¿Cierro la puerta por afuera...?, ¿no?

-Como quieras, Catalina..., de cualquier forma, Nina ya no va a regresar.

-No, Ron, Nina ya no va a regresar...

*En la tarima*  
se terminó de imprimir el 30 de marzo del 2001,  
en los talleres de Corporación Industrial Gráfica, S.A. de C.V.,  
Francisco Landino 44, Col. Miguel Hidalgo, Tláhuac, D.F.  
Se tiraron 2,000 ejemplares más sobrantes  
para reposición.



**O** riginaria de Baja California, México, Rosina Conde (1954) se ha dedicado a la loable profesión del multiusos. Durante su adolescencia se capacitó como taquimecanógrafa, y, a escondidas de su padre, tomó cursos de cocina y corte y confección. Estudió Letras Hispánicas en la Universidad Nacional Autónoma de México y actualmente cursa la maestría en Letras Españolas.

Ha sido cajera, recepcionista, secretaria ejecutiva bilingüe, costurera, traductora, editora, profesora universitaria, de preparatoria y secundaria, periodista y cantante. Actualmente, trabaja como correctora de estilo; canta con el grupo de blues Follaje, y realiza el vestuario de la multifacética cantante Astrid Hadad.

Tiene varios libros publicados en los que trabaja, entre otros temas, los problemas de la mujer en el ámbito laboral dominado por el hombre, especialmente, en el de la industria maquiladora: *El agente secreto* (1990), *Arrieras somos...* (1994) y *Embotellado de origen* (1994). Aun cuando su género predilecto es el cuento, también tiene algunos poemarios: *Poemas de seducción* (1981), *Textículos de amor gozoso* (1991) y *Bolereando el llanto* (1993). Asimismo, cuenta con una novela corta, *La Genara* (1998); una obra de teatro, *Cuarto asalto* (1991), y varias representaciones escénicas, en las que combina narrativa, poesía y canto: *Señorita maquiladora*, *Cilicios de amor* y *Those were the days (ensayo autobiográfico)*.

Desde hace siete años forma parte del grupo multidisciplinario Los Comensales del Crimen, con el que edita la revista de género negro *Biombo Negro*. En 1993, obtuvo el Premio Nacional de Literatura Gilberto Owen en la categoría de cuento, con su libro *Arrieras somos...*, mismo que fue traducido al inglés con el título de *Woman on the road*, y próximamente será publicado en francés como *Femmes en chamin*.



Desliz Ediciones

